

**Noni
García**



N .
necesito
verte

NO NECESITO VERTE

NONI GARCÍA

NO NECESITO VERTE

NONI GARCÍA

© Noni García

Todos los derechos reservados

© Diseño de portada: Fabián Vázquez

© Maquetación papel y digital: Fabián Vázquez

Primera Edición, Enero 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Después de dos años en África, en los que solo pisé España para la boda de Nuria y Pablo, llegó el momento de volver a mi país.

En contra de lo que mi familia creía, regresé a Asturias, me quedé en Andalucía, en la ciudad en la que conocí a la mujer que me hizo sentir que se puede querer a una persona sin estar enamorado.

Nuria fue lo más parecido que tuve a un amor, nunca había sentido con una mujer lo que con ella. Hasta el punto de dejarme arrastrar, de no usar protección en las últimas veces que follamos. Y no os voy a mentir: muchas veces deseé, mientras estaba en aquella recóndita aldea, que no volvería con Pablo, que no llegó a tomar la píldora del día después, que en una de nuestras videollamadas por Skype me diría que estábamos embarazados. Pero eso no pasó.

El día que me dijo que se casaba, muy en contra de lo que podía imaginar, no me sentí mal, me alegré mucho por ella y me di cuenta de que realmente no era amor, que seguía sin conocerlo.

Una mañana, a una hora y un día en los que Nuria no me solía llamar, ni yo estar conectado a internet en la ciudad más cercana, abrí Skype y me entró un mensaje desde su cuenta. No era ella, se trataba de Pablo. Me pidió que volara a España, que estaba seguro de que a su futura esposa le haría muy feliz que asistiera a su boda, y no tuvo que rogármelo, no me lo pensé. No podía faltar en un día tan importante para la que se había convertido en mi mejor amiga.

Hace un par de meses me reincorporé a mi trabajo en el hospital de Jerez, en Urgencias para ser más exactos. Por norma general, atiendo pacientes de mi especialidad, aunque también urgencias generales.

Desde que llegué, mi vida se resume en: trabajo, gimnasio, amigos y sexo sin compromisos.

«¿Qué más le puedo pedir a la vida!?»

1

Jerez es una ciudad bonita, con vida, con alegría. Los domingos que descanso, me encanta salir a pasear por el centro de la ciudad, parar en sus tabancos, tomarme una buena copa de fino y tapear con mis compañeros de trabajo.

Nuria me ha advertido que esto solo se vive en invierno, que en verano se queda muerto, y que entonces es momento de irse a la playa, aunque tengo que reconocer que a mí me gusta tanto en invierno como en verano.

A menudo quedo para comer con Pablo y con Nuria, sus tres mellizas son preciosas y, de vez en cuando, aparecen Gonzalo y Nadia. Otro que ha encontrado el amor cuando menos lo esperaba. Esa argentina ha hecho que su vida de un giro de ciento ochenta grados.

Hoy he quedado para salir a comer con dos compañeros del hospital. Tenemos la misma edad y compartimos la misma pasión por el senderismo, pero David está lesionado y no hemos podido salir a hacer ninguna ruta. Así que, Antonio propuso el plan.

Llegamos a la calle San Pablo y entramos en el tabanco que lleva su nombre. Tenemos suerte de que todavía no haya llegado mucha gente y cogemos la única mesa que queda libre.

Después de unos cuantos vinos, y alguna que otra tapa, me levanto para ir al baño. No puedo evitar tambalearme un poco, ya que el fino no tiene nada que ver con la sidra, a la que estoy más que acostumbrado.

Antonio me da una voz para que le diga al camarero que vaya a atender la mesa y, caminando imprudentemente hacia atrás, choco con alguien que está a mi espalda.

—Disculpe, ha sido culpa mía —digo a la vez que me giro para ver a la otra persona.

—Tranquilo, Jacky, no pasa nada. No se preocupe, estoy bien.

Miro hacia abajo y veo un perro lazarillo que se está sentando. Levanto la vista y me topo con unos ojos oscuros que no tienen vida. Soy oftalmólogo y estoy acostumbrado a verlos a diario, pero por alguna extraña razón, una desazón se apodera de mí.

—Iba caminando de espaldas y...

—No pasa nada, de verdad, peores golpes me doy yo sola —sonríe al decirlo y lo hago con ella.

—Mi nombre es Fernando.

—Encantada, Fernando. Yo soy Helena.

Tres chicas la acompañan y me observan con esa mirada que siempre despierto en las mujeres. Sé que no está bien tirarse flores a uno mismo, pero es evidente que estoy bueno... ¡Qué digo bueno! ¡Estoy muy bueno!

—En nuestra mesa hay sitio. Si queréis, os podéis sentar con nosotros y no estar aquí de pie.

—Pues muchísimas gracias, guapetón. Más que nada porque aquí no paran de darnos golpes y Jacky se nos estresa —contesta rápidamente una de las chicas que están con Helena—. Mi nombre es Elísabet.

—Encantado, Elísabet. Os acompaño y me vuelvo. Los vinos de esta tierra salen igual que entran —le arranco una carcajada a Helena y me siento genial.

—Se nota que no eres de aquí, y no lo digo solo por el acento.

Me acerco a la mesa donde están David y Antonio y dejo que ellos mismos se vayan presentando mientras me abro paso entre la gente, que por minutos están llenando más el local.

Vuelvo rápidamente y cojo un taburete bajo para sentarme junto a Helena y Jacky, que descansa delante de ella. Su fiel guardián, su compañero, sus ojos en la calle.

La miro durante más tiempo del que debería, pero es tan bonita que no puedo dejar de hacerlo, hasta que gira la cabeza y me sonrío.

—¿Qué miras? Sé que es raro hablar con una persona ciega, pero no me como a nadie, soy tan normal como el resto de los mortales.

—Créeme que lo sé, y muy bien. Estoy acostumbrado a trabajar con personas que tienen problemas de visión.

—Eso es genial. ¿Colaboras en alguna asociación?

—No exactamente, yo...

—Helena, ¿tienes un pañuelo de papel? Adoro a Jacky, pero me da una alergia que me muero y hoy no me tomé la pastilla de la alergia.

—Sí, claro. Cógelos de mi bolso.

—Por cierto, Fernando, mi nombre es Puri, que antes no me presenté. Y soy la hermana mayor de Helena.

—Encantado, Puri.

La conversación fluye entre todos los que estamos en la mesa. Hablamos de todo un poco, nos reímos y se nos pasa el tiempo sin darnos cuentas hasta que Puri le comenta a Helena que se tienen que ir, porque un tal Pedro las viene a

recoger.

Helena le dice a su hermana que no le apetece marcharse todavía y que después cogerá un taxi para volver a su casa. Obviamente, eso es algo que no voy a permitir teniendo mi nuevo Audi a dos calles de donde estamos.

Puri se va y los demás nos cambiamos de bar, aunque, más bien, nos vamos a un restaurante que hay más a las afueras de la ciudad. Un sitio que conocí gracias a Nuria. Pakito Burguer, el sitio donde he comido las mejores patatas con queso y la mejor pizza del mundo. En África las eché mucho de menos.

Nos repartimos entre los tres coches y quedamos en vernos en la puerta del local. El primero que llegue cogerá mesa porque suele estar a reventar.

Helena y yo llegamos a mi coche. Le abro la puerta del copiloto y se va sentando mientras acomodo a Jacky en los asientos traseros. El perro está muy bien adiestrado y se queda inmóvil en el que está justo detrás de ella.

Me subo, me pongo el cinturón y arranco.

—Me encanta el rugir del motor del Audi A8.

Las palabras de Helena me dejan con los ojos como platos. Mi coche es muy silencioso, no se escucha el motor, pero ella lo ha escuchado. Aunque eso no es lo que más me ha impactado, sino que sepa marca y modelo.

—¿Cómo sabes...?

—Me encanta el mundo del motor. Vamos, que el Pakito siempre está lleno.

Me da la impresión de que ha querido cambiar el tema de conversación y no voy a ser yo el que la haga sentir incómoda. La conozco desde hace unas horas, no soy quién para exigirle que me cuente cosas que no quiere.

Por el camino hablamos de cosas de actualidad. Es divertida, inteligente y tiene una buena conversación. Me cae bien esta mujer. Además de que es muy guapa, tiene el pelo largo, castaño, suave y unas curvas bastante bonitas.

«¡Relájate, Fernando, que tienes que conducir y la sangre se está concentrando donde no debe!», me recrimino.

La cena ha sido de todo menos aburrida. Pili y Elísabet han propuesto ir a tomar una copa a uno de los locales de moda de la ciudad, pero van a tener que continuar sin mí. Mañana tengo guardia de veinticuatro horas y lo que menos necesito es irme de fiesta con mis colegas.

—Pues yo lo siento, pero me retiro.

—No seas aguafiestas, Fernando —me dice Antonio que es el más fiestero de los tres.

—Mañana tengo guardia, así que otra vez será.

—Está bien, no te insisto.

—Yo creo que también me retiro. Jacky necesita descansar, llevamos todo el día en la calle. Pili, ¿me pides un taxi?

—¿Un taxi? Si quieres, puedo llevarte.

—No te quiero molestar, Fernando.

—No es molestia.

—Si te vas con él, nos quedamos más tranquilas —dice su amiga guardando el teléfono móvil en el bolso.

Nos despedimos de todos, que nos acompañan a mi coche y, tras subirnos, introduzco la dirección que me da Helena en el GPS. Me coge de camino a casa y vivimos relativamente cerca.

En el camino no hablamos y noto que se genera cierta tensión en el ambiente. Pongo la música un poco más alta para intentar que el trayecto sea menos incómodo y voy pensando en el duro día de trabajo que me espera mañana. Las guardias me dejan mal cuerpo durante dos de los tres días de descanso que tengo después.

Llegamos a nuestro destino y cuando intento bajarme del coche, su mano agarra mi brazo haciendo que me quede inmóvil.

—¿Quieres subir? —su pregunta me deja fuera de juego, que no a mi polla que ha reaccionado como una campeona ante sus palabras.

—No sé si...

—Tu voz dubitativa, tu respiración entrecortada y olor a feromonas que desprende tu cuerpo me dicen que sí.

Con una mano, agarra mi camisa a la altura del pecho, tira de ella hasta tener mi cara frente a la suya y me muero de ganas por besar sus labios.

—Helena...

—No necesito verte para saber que me deseas tanto como yo a ti —me dice mientras su mano libre vuela a mi entrepierna—, y esto me lo confirma.

No lo dudo ni por un segundo y la beso. Sus tiernos labios y su lengua endiablidamente ágil hacen que el deseo se desate en mí. Ya no me queda ninguna duda de que sí quiero subir a su casa y de que le voy a dar lo que su cuerpo me pide a gritos...

«¡Relájate, Fernando! No la conoces y no sabes cómo le gustan las cosas a ella.»

Entramos en su piso mientras nos comemos la boca y, si no es porque ella se separa y vuelve tras sus pasos para encender la luz, ni me doy cuenta de que

está apagada.

—Lo siento. La falta de costumbre.

—No es algo que me importe mucho en estos momentos.

Helena atrapa una de mis manos y tira de mí. Es increíble cómo las personas ciegas conocen sus casas, cómo son capaces de recorrerla entera sin tropezarse con nada.

Llegamos a una puerta, la abre, enciende la luz y me hace entrar.

—Vuelvo enseguida. Voy a llevar a Jacky a la cocina, necesita agua y comida.

—¿Quieres que te ayude?

—No es necesario. Tú ve poniéndote cómodo que no tardo más de un par de minutos.

Vuelve a atrapar mis labios con los suyos y estoy a punto de no dejarla salir de la habitación, pero ella para el beso y se va dándome la espalda.

Miro a mi alrededor y me encuentro con una estancia sencilla. Una cama, un armario, dos mesitas de noche, un aparador y un galán de noche. En una de las paredes hay un gran ventanal y en el pasillo he visto otra puerta. Mi vena cotilla —que también la tengo— quiere mirar qué hay tras ella, pero me contengo.

Me quito la ropa y la dejo perfectamente colocada en el galán. Nunca he tenido ningún pudor en mostrar mi desnudo ante ninguna mujer.

Me acerco a la cama y me tumbo sobre ella justo cuando la puerta se abre y Helena entra completamente desnuda. Mi polla, que ya estaba empezando a decaer, reacciona al instante.

—Me has hecho caso. Te encuentro muy cómodo sobre mi cama.

—Es bastante cómoda.

—Pero tú no has venido aquí a descansar, ¿verdad?

—No era lo que pretendía, no.

Me levanto de un salto para ir a buscarla, pero ella avanza y me empuja para que vuelva a tumbarme. Rápidamente, se sube en la cama, a horcajadas sobre mí y me besa. Está tomando el control y eso es algo a lo que yo no estoy acostumbrado, así que hago que se gire y me coloco entre sus piernas, dejando descansar mi erección sobre su vulva.

Agarra con las dos manos uno de los barrotes del cabecero de forja y me da acceso a todo su cuerpo. Queda expuesta a mi merced.

Beso sus labios con la misma pasión que ella lo hecho unos segundos antes.

Abandono su boca y mi polla su vulva, cosa que hace que proteste. Mi lengua recorre su cuello hasta llegar a sus pechos. Cojo uno de sus pezones entre mis dientes, tiro suavemente sin apretar demasiado, está duro; lo lamo y soplo. Repito los pasos un par de veces más en cada pezón y bajo besando su vientre.

—Para —me dice mientras me agarra del pelo, tira de él y hace que levante la cabeza.

—¿Voy rápido? —pregunto, creyendo que estoy siendo demasiado brusco. Como suelo ser siempre que follo.

—Vas muy lento.

Eso es algo que nunca creí que escucharía de una mujer. Me habían dicho todo lo contrario en más de una ocasión, pero eso nunca. Estoy conteniéndome porque no quería escuchar que soy bruto y porque es la primera vez que estoy con ella. Si quiere más, le daré más.

—Tú lo has querido. —Vuelvo a bajar la cabeza para saborearla, pero no me lo permite.

—En el primer cajón hay condones.

—Ehhh. —Me estoy empezando a sentir nervioso, pero al menos sigo encima de ella, continúo teniendo el control.

—No pensarás que lo vamos a hacer sin protección, ¿no? Bastante tengo con ser la pobrecita ciega de mi familia, para que también sea la libertina que no toma precauciones.

—No, si me parece perfecto. Nunca salgo de casa sin condones.

—Pues ya estás tardando.

Estiro el brazo para abrir el cajón y cogerlo. Estoy abriendo el envoltorio cuando aprovecha para hacerme una llave de defensa personal y me tumba en la cama. Casi sin darme cuenta, la tengo encima de mí, me quita el condón que ya está abierto y me lo pone con una habilidad pasmosa.

Tengo la polla tan dura, y la veo tan delicada, que me da miedo hacerle daño. Y no puedo seguir pensando porque se ha dejado caer haciendo que no quede un solo milímetro de mi verga fuera de ella.

Comienza a cabalgar sobre mí, apoyando sus manos en mi pecho, y sé que he perdido esta batalla. Me agarro al cabecero de forja y la dejo disfrutar de su victoria. Verla botar de esa manera me pone tan cachondo que soy incapaz de quedarme quieto. Empujo hacia arriba cuando ella cae, una y otra vez, sin descanso. Hasta que se queda quieta con un último jadeo que le corta la respiración. La tomo de las caderas, la empujo fuerte hacia abajo y me hundo

tanto en ella que me corro sin poder controlarlo.

Alza su cuerpo haciendo que mi polla salga y se tumba a mi lado. Cierra los ojos y se queda en silencio mientras su respiración y su corazón vuelven a su ritmo normal. Es una leona, hizo que me confiara para después conseguir su propósito.

—Comprueba que no esté picado antes de tirarlo, por favor.

—Ya está comprobado. No es la primera vez.

—¿Por qué todavía no has salido huyendo?

—¿Huir? No te entiendo.

—Por mi problema ya es complicado que consiga subir a un hombre, que no sea un psicópata, a mi casa. Cuando los astros se alinean y lo consigo, salen corriendo tras del primer polvo.

—Pues no lo entiendo. Yo creo que los dos hemos disfrutado, ¿no?

—Por supuesto que sí. Quizás eres un poco rebelde en la cama, pero...

—Soy muy dominante.

—Pues tenemos un problema, porque yo también lo soy.

—Interesante. Creo que vamos a pasar una noche muy divertida.

—¿No tenías que trabajar mañana?

—No encuentro todos los días una mujer que me presente guerra, ni hay nada que la cafeína no solucione.

—¿Tiempo de recuperación?

—Increíblemente poco.

—Mientras eso sucede, haz lo que antes no te he permitido hacer.

Helena se acomoda en la cama y se abre de piernas. Sonrío y me cuelo entre ellas. Beso su depilado monte de Venus y antes de que mi lengua la lleve al séptimo cielo, me acerco a su oído y le susurro:

—Te voy a follar tan duro que ningún otro hombre que pase por esta cama podrá estar a mi altura.

Mis palabras le arrancan un gemido y hace que arquee la espalda rozando su cuerpo con el mío. Vuelvo al lugar que mi lengua está deseando saborear, abro un poco sus labios y su hinchado clítoris me llama a gritos. Lo lamo, lo succiono, juego con él e introduzco dos dedos dentro de ella. Está húmeda, mucho, perfecto para mi gusto.

Busco su punto G y hago presión sobre él constantemente mientras mi lengua sigue dándole placer. Jadea, gime, blasfema y todo ello es música para mis oídos, y para mi polla que empieza a despertar.

Hace mucho tiempo que una mujer no provoca en mí tanto deseo, probablemente desde Nuria, y estoy dispuesto a disfrutar de esta noche todo lo que dé de sí. Así tenga que vivir mañana a base de café en vena.

No necesito que me diga que ya está llegando al orgasmo. Sus gemidos, su cuerpo y los músculos de su vagina me lo gritan. Aumento el ritmo hasta que jadea una última vez y disfruta del placer que le estoy dando.

Saco los dedos de ella, me incorporo, cojo otro condón de la mesita de noche, me lo coloco y la penetro hundiéndome por completo en ella. Grita y lo entiendo, nunca había tenido la polla tan dura y tan gorda como en este momento, y por ello empiezo a entrar y salir suavemente. Hasta que sus piernas rodean mis caderas, una de sus manos agarra mi cuello y la otra mi cara, obligándome a mirarla.

—Domíname y haz que me vuelva a correr.

—Ni lo dudes.

2

Son casi las siete de la mañana y Fernando se acaba de ir. No hemos dormido en toda la noche, y no precisamente porque tuviéramos problemas de insomnio. Sabía que lo íbamos a pasar bien cuando lo invité a subir, pero ni en mis mejores sueños habría imaginado que la noche hubiera dado tanto de sí.

«Una lástima que no vaya a volver a saber de él», me digo a mí misma mientras salgo de la ducha.

Sé que pensaréis que estoy loca, que cómo puedo dejar pasar la oportunidad de disfrutar más noches con él. Es simple: no quiero un hombre en mi vida. Fue algo que decidí hace bastante tiempo y que va a seguir siendo así.

Además, Fernando tiene un peligro especial: es el hombre perfecto en la cama. También es inteligente, culto, tiene un cuerpazo de infarto e increíblemente guapo, aunque es bastante ingenuo. Ha grabado su número en mi teléfono, piensa que lo voy a llamar para volver a vernos.

«¡Iluso!»

Me tumbo en la cama y son tantos los recuerdos que tengo de esta noche que soy incapaz de conciliar el sueño.

Ahora mismo podría dibujar cada músculo de su cuerpo, cada facción de su cara y cada vena de su falo, porque mis dedos acariciaron cada centímetro de él.

Su olor es inconfundible. Usa Boss, pero huele de una forma muy diferente a como lo percibo en mis antiguos compañeros. Era el perfume más usado por ellos porque patrocina la escudería.

Me levanto de la cama —soy incapaz de estar tumbada sin dormir— y me voy a la cocina. Tanteo los cuencos de agua y comida de Jacky, pero todavía tiene suficiente para empezar el día.

Enciendo la cafetera y cojo de uno de los muebles una cápsula mientras hago la cuenta atrás. Contar hasta treinta es el tiempo que necesita para calentarse y poder usarla. Coloco la cápsula, bajo la tapa y pongo en su sitio la taza que siempre tengo al lado.

Suena el reloj del salón anunciando que son las ocho. En no más de media hora, Puri estará de vuelta de dejar Pedro en el trabajo. Había olvidado por completo que hoy íbamos a ir a comprar los regalos de Navidad de los niños de la asociación de ciegos con la que colaboramos. Eso significa que no voy a

poder dormir hasta que volvamos allá por las siete u ocho de la tarde.

—Mira que te quiero, Puri de mis entretelas, pero qué ganas tengo de que sea ocho de enero y vuelvas a trabajar al colegio —pronuncio en voz alta, pretendiendo que el cosmos me haga caso.

Apuro el café todo lo rápido que el calor que desprende me permite sin achicharrarme la lengua y voy a vestirme.

Abro el armario y busco la ropa que me quiero poner. Leo en braille todas las etiquetas de las perchas que voy pasando hasta, que llego al traje de cuello vuelto sin mangas e irreverentemente corto. Del primer cajón, saco una camiseta verde cacería y del tercero, unas medias del mismo color.

Me visto rápidamente y corro al cuarto de baño. No tengo tiempo de secarme el pelo antes de que llegue Puri y me arrastre a desayunar al bar de la esquina, así que he decidido cogerme una cola alta. Cuando termino, reviso con los dedos que no tenga ningún bulto y corro hasta el zapatero de la entrada, del que cojo unos botines negros de ocho centímetros. Si hoy me pongo los de doce, soy capaz de matarme. «Solo espero no quedarme dormida o tendré que dar muchas explicaciones.»

Y lo cierto es que no tengo explicaciones para todo, porque de Fernando solo sé su nombre y que tiene un Audi A8, lo que quiere decir que debe tener un buen trabajo, pero no tuvimos tiempo de hablar de mucho porque casi no me dio tregua. Cuando no estábamos follando, me estaba comiendo el coño.

No debo pensar demasiado en lo que ha pasado esta noche, por mucho que haya sido maravilloso, o querré volver a pasar otra con él y eso es algo que no estoy dispuesta a hacer.

Suena el timbre de casa y, por la forma en que lo hace, sé que es Puri.

—Entra con tu llave, estoy abrochándome los botines.

El día que entró sin llamar, y se encontró con que un mulato me la estaba metiendo en el sofá hasta la campanilla, me hizo caso y ahora toca el timbre dos veces antes de entrar con su llave. También le dejó claro a mamá que debía hacerlo, aunque ella no se hubiera asustado al ver esa escena. Es mucho más liberal que yo y, por supuesto, que mi hermana.

—Voy un momento al baño mientras terminas de abrocharte las botas.

Puri sale corriendo y me deja metiendo en mi bolso el móvil, la barra de labios, un paquete de pañuelos de papel y las llaves de casa.

—Tía, ¿qué le ha pasado a tu cama? ¿Pasó un huracán en mitad de la noche?

—He tenido una noche un poco inquieta.

—Pues a don Inquieto y a ti se os ha olvidado un condón encima de una de las mesitas de noche, pero tranquila que, con mucho asquito, lo he tirado a la papelera del baño donde no he querido contar cuántos más había.

Me río a carcajadas ante las palabras de mi hermana. No es una mojigata, hemos tenido muchas conversaciones sobre sexo y sé que voy a tener que hablarle de lo que ha pasado esta noche, pero tampoco es el tema con el que más cómoda se sienta hablando.

—Con decirte que esta noche no he dormido.

—¿Vas de empalme? —me pregunta mientras va a la cocina a revisar los cuencos de agua y comida de Jacky—. ¿Uno de los chicos de ayer? Los tres estaban muy buenos, pero Fernando te miraba con ojitos golosos.

—Sí, ha sido él el huracán que esta noche ha pasado por mi cama. Y déjame decirte que más que un huracán ha sido un temporal. Te lo cuento de camino al bar para desayunar. ¿Le has puesto el arnés a Jacky?

—Sí, pero lo dejamos aquí antes de irnos de compras, que al pobre me lo vas a estresar. Cuando mamá despierte, que lo recoja y nos lo lleve al centro comercial. Acaba de acostarse.

—Va a ser lo mejor. No recordaba que anoche tenía turno.

Salimos de mi piso y nos dirigimos al bar de Dani, donde desayuno cada mañana. Nos sentamos en la terraza porque, a pesar de ser diciembre, no hace frío y Jacky está más cómodo.

Mi teléfono suena cuando le estoy dando el último sorbo al café. Mi hermana lo coge del bolso y, tras decirme que es un número muy largo, descuelga y me lo da para que conteste.

—¿Sí?

—Buenos días. ¿Helena Sambruno Ruiz?

—Sí, soy yo.

—Le llamo del Hospital de Jerez, para decirle que su cita de revisión es el miércoles día veinte a las once y cuarto.

—¿Pasado mañana?

—Sí.

—Vale. ¿Con qué doctor? —pregunto porque mamá me ha dicho que Felipe ya se ha jubilado.

—Con el doctor Berenguer.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Cuelgo el teléfono, terminamos el desayuno, dejamos a Jacky en casa y nos

subimos al Ford Focus de Puri. Arranca el motor y nos vamos.

—Tienes que llevar el coche al taller. Los discos de freno están en las últimas.

—Lo tuyo es increíble, chochete.

—Voy a llamar a Rafa para que te lo recoja mañana y te deje uno de sustitución de los que tenemos en el taller.

Saco el teléfono y le pido a Siri que me busque el número. Tras darle instrucciones al jefe de mecánicos, lo vuelvo a guardar en el bolso y toco la caja de pastillas anticonceptivas. Lo que me recuerda que esta mañana no me la he tomado. Cojo una y me la trago sin agua, es tan pequeña que no tengo problema para hacerlo.

Aparcamos en uno de los huecos de minusválidos del Parque Comercial y empezamos nuestro día de compras. Lo mejor de todo es que como todavía los niños no están de vacaciones, se puede andar tranquilamente.

Me bajo del coche, extendiendo mi bastón y me agarro del codo de mi hermana.

—Siete pasos sube. Ahora cuéntame cómo pasó todo y cómo te ha durado toda la noche.

—¿De verdad quieres saberlo todo?

—¡Nooo! Todo no, que me acaba de venir a la mente el mulato. —Ya os he dicho que eso no se le olvidará en la vida.

—Pues fuimos a cenar todos y después decidieron ir a tomar algo, pero ni él ni yo quisimos seguir la fiesta. Él porque hoy tenía que trabajar todo el día y yo porque Jacky ya estaba cansado.

—¿En qué trabaja?

—Pues no tengo ni idea, no tuve tiempo de preguntarle. —Suelto una carcajada porque estoy imaginando la cara que debe estar poniendo mi hermana.

—Mejor me cuentas cómo empezó todo.

—No me dejó coger un taxi, y las chicas se quedaban más tranquilas si él me llevaba. Así que, nos subimos en su Audi A8 y, cuando llegamos a mi edificio, no dejé que se fuera sin decirle que subiera, besarlo y tocarle la polla que ya la tenía bastante alegre.

—¡Helena! No necesito tantas explicaciones.

—Y lo demás ya lo puedes imaginar. Eran las seis y media más o menos cuando se fue esta mañana.

—¿Vais a volver a veros?

—¡Uy, no! Ya sabes que una noche y el siguiente.

—Helena...

—Sabes lo que opino al respecto. ¿Cambiamos de tema?

—Valeee.

Continuamos la mañana de compras entre risas hasta que el móvil de Puri suena. Es mi madre, que ya está despierta y ha sacado a pasear a Jacky. Tenerlas a las dos viviendo en el mismo edificio es una gran ventaja, aunque hay veces que me dan ganas de salir corriendo.

Finalmente, no se va a traer a Jacky y hemos quedado para comer en media hora. Tenemos el tiempo justo de guardar el regalo que le hemos comprado en el coche de mi hermana, y volver sobre nuestros pasos para llegar al sitio donde la esperaremos.

Llegamos al punto de encuentro a la vez que mi madre y me achucha como si hiciera una eternidad que no me ve. Hay cosas que nunca cambiarán por mucho que pasen los años.

—Mamá, para.

—¿Cómo estás?

—Muy bien.

—Ya veo. Se nota en tu cara lo que me han contado tus sábanas, bonita. Lo has pasado estupendamente esta noche, ¿no?

—¡Mamá, por favor! —exclama Puri al escucharla.

—¡Ay, cariño! No te escandalices. Muchas veces me pregunto si eres hija mía, pero después recuerdo las cuarenta y seis horas de parto y se me olvidan las dudas.

—Sí, mamá, lo pasé increíblemente bien. ¿Recuerdas al mulato?

—Sí. ¿Has repetido con él?

—No, pero este lo ha dejado en pañales.

—Cuéntamelo todo con pelos y señales.

—¡Mamá!

—Mejor me lo cuentas luego que a tu hermana le va a dar un infarto.

Entramos en uno de los bares que no están a rebosar de gente y comemos como si no hubiera un mañana. Después de esto voy a tener una digestión bastante pesada y me va a entrar una modorra que me voy a querer morir.

Mi madre, que lo sabe, nos pide un café bien cargado a la vez que el postre. Ella no ha dormido mucho tampoco, porque la noche en el hospital ha sido bastante movidita, y esta mañana apenas ha descansado cuatro horas.

Terminamos las últimas compras que nos quedan y las cargamos en su coche porque no queremos que vea el regalo que tenemos para ella en el de mi hermana. La quiero mucho, pero es muy cotilla y no pararía hasta averiguar que hay dentro de todas las bolsas.

Nos subimos y vamos al de Puri, que se baja rápidamente y saca las bolsas de su maletero para guardarlas en el de mi madre. Ella se tiene que ir porque son las cinco y tiene que recoger a Pedro en el trabajo.

Doña Isabel y yo nos vamos a la asociación cargadas de regalos y por el camino me obliga a contarle mi noche loca con Fernando. Alucina al saber el aguante del muchacho y sé que ahora viene una conversación que no quiero tener.

—¿Habéis quedado para otro día?

—No, mamá —contesto de forma demasiado seca.

—Que no quiero decir que te vayas a casar, pero si lo pasas bien con él en la cama, podríais repetir.

—Sabes que esas cosas a la larga traen problemas.

—Hija, déjale las cosas claras desde el primer momento y siempre puedes recurrir a él cuando te apetezca.

—¡Que no! Cambiando de tema, hoy me han llamado del hospital. El miércoles tengo la revisión.

—¿Qué médico te ha tocado?

—Berenguer. ¿Lo conoces?

—Sí, aunque creo que te verá un sustituto. Su mujer estaba pariendo cuando me vine esta mañana.

—¡No jodas! Ya estoy cabreada porque Felipe se ha jubilado y ahora voy a estar de mano en mano.

—¿Quieres que hable para que te aplacen la cita?

—No, da igual. Para la próxima estará él.

—Ya te podrían haber puesto al nuevo.

—¿Al nuevo? ¿Quién es el nuevo?

—Bueno, no es nuevo, ya había trabajado antes en el hospital, pero ha estado dos años de excedencia. Se fue a África con una ONG y hace un par de meses que ha vuelto, aunque ahora está en Urgencias.

—¿Y por qué prefieres al nuevo?

—Por lo que me han dicho es bastante bueno y está como un queso.

—¡Ay, mamá! Nunca cambiarás...

Me arranca una carcajada y me alegra ver lo bien que está. Hace cuatro años que un accidente se llevó mi vista y también a mi padre. El primer año fue un alma en pena, pero ha sabido reponerse de ese duro golpe y a sus cincuenta años es la persona con más ganas de vivir que conozco.



Al fin estoy entrando por la puerta de mi casa después de sacar a pasear a Jacky con mi madre.

Son las nueve de la noche y ni tan siquiera creo que cene, estoy agotada y de lo único que tengo ganas es de dormir hasta mañana.

Me doy una ducha rápida y me tumbo tras ponerme el pijama. Mi madre ha cambiado las sábanas, pero todavía huelen a él. Por un momento, me planteo lo que me dijo en el coche camino de la asociación, pero lo descarto rápidamente.

Volver a tenerlo en mi cama puede conllevar un riesgo que no quiero correr.

3

El día de hoy está siendo un infierno. Urgencias ha estado a reventar hasta hace un rato y ahora acabo de salir de visitar a uno de los pacientes de planta. Después de la operación está teniendo muchas molestias y me temo que tendrá que volver a pasar por quirófano.

Estoy agotado, pero bien merecido sufrimiento por la noche que pasé con Helena. Espero que me llame para quedar otro día, tengo muchas ganas de saber cosas de ella, de su ceguera, de si tiene solución o no. Si hubiera averiguado sus apellidos, ahora podría estar viendo su historial, pero no tuvimos mucho tiempo de hablar que digamos.

No sé si trabaja, si no lo hace, si su ceguera es de nacimiento, si fue un accidente, una enfermedad. Lo único que sé es que no he parado de pensar en ella en todo el día. Nunca me he topado con una mujer que sea capaz de aguantar el ritmo de sexo que tuvimos y eso me gusta muchísimo.

Paso por el control de enfermería para despedirme del personal y volver a urgencias. Si tengo un poco de suerte, y no entra ningún paciente para mí, podré descansar un rato.

La más que apetecible Lola me saluda, con esa mirada y esa mordida de labios que siempre consigue que me la lleve al despacho de la supervisora de enfermeras y me la folle, pero hoy estoy tan cansado, y tengo tan metida en mi cabeza a Helena, que no creo que sea posible que se me levante.

Me despido ignorando todas sus señales y me vuelvo a mi lugar. Entro en mi consulta y, tras ver que nadie me espera, aviso en clasificación que voy a descansar un poco y me tumbo en la camilla. Si entra alguna urgencia, Andrés vendrá a buscarme.

Estoy a punto de quedarme dormido cuando la puerta de la consulta se abre. No, no es Andrés, es Lola y mucho me temo que no viene a saludarme.

—¿Qué haces aquí?

—Me preguntaba si necesitas algo de mí.

—Un café no me vendría nada mal.

Sé que estoy siendo un borde con ella, pero no lo puedo evitar, odio que interrumpen mi descanso. Si antes no le seguí el juego, es porque no me apetece.

—Conozco una forma mejor de mantenerte despierto.

—Hoy no.

—Si lo vamos a pasar muy bien...

—Necesito descansar.

—¿Descansar?

Se acerca hasta mí justo cuando me siento en la camilla. Abre mis piernas, se cuela entre ellas, se abraza a mi cuello y me besa. Lejos de sentir lo que debería de cintura para abajo, mi verga se queda inerte y la separo de mí.

—Basta ya, Lola. Cuando digo no, es no. Simple.

—Pero si sabes que te va a gustar, tonto.

—Se acabó. Sal de aquí, por favor. No me hagas ser más borde de lo que estoy siendo.

—Fernando... —Se vuelve a acercarse, pero me ando rápido y me bajo de la camilla avanzando hasta la puerta.

—Lola, llevo despierto treinta y seis horas porque la noche me la pasé follando. Si querías conocer al cabrón del doctor Ramos, aquí lo tienes. —Abro la puerta y le hago un gesto para que salga—. Así que, aquí se acabó todo. No vuelvas a buscarme ni vuelvas a insinuarte, porque desde este momento la relación que existirá entre nosotros será estrictamente profesional. Cuando los hombres decimos no, significa lo mismo que cuando lo hacen las mujeres.

—Eres un hijo de puta.

Lola sale de la consulta soltando fuego por la boca, pero lo cierto es que me importa un reverendo pepino.

Vuelvo a tumbarme en la camilla y mi móvil vibra. No le hago caso y cesa, pero vuelve a hacerlo de nuevo.

Estoy pensando que lo voy a ignorar de nuevo, cuando por mi mente pasa la idea de que pueda ser Helena, cosa que hace que dé un salto de la camilla y corra hasta la mesa para cogerlo.

Desilusión y alegría se mezclan al ver el nombre que hay en la pantalla. Es mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. No recordaba que hoy estás de guardia, perdona por molestarte.

—Tranquila, no tengo ningún paciente ahora. ¿Pasa algo?

—No, hijo, pero no sabía nada de ti desde el sábado y quería comprobar que estuvieras vivo.

—Estoy bien, mamá. Todavía no me acostumbro a que puedo llamar todos

los días.

—Bueno, pues te dejo que sigas trabajando.

—Vale. Mañana hablamos... Un momento, son las doce de la noche, tiene que haber pasado algo para que me llames a esta hora.

—De verdad, no te preocupes, mañana hablamos.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—Sal a la puerta de urgencias, estoy aquí.

Mi madre cuelga el teléfono y me deja totalmente descolocado. No entiendo qué demonios hace aquí. ¡Que vivimos en Oviedo, que ha cruzado toda España! Algo muy grave debe haber pasado.

Salgo del trance y corro a la puerta de urgencias. Me está esperando con una maleta no muy grande en la mano y el rostro lleno de lágrimas... Aunque lo que más me extraña es que mi padre no esté con ella.

La abrazo porque sé que es lo que ahora mismo necesita y espero a que se calme para poder hablar con ella.

—Entremos, que te vas a morir de frío aquí. ¿Qué ha pasado?

—Nada, hijo. Solo quería pasar la Navidad contigo. Sé que te debería haber avisado antes, pero fue un impulso.

—Mamá, tus lágrimas no son de la emoción por verme. No me tomes por tonto.

—No te voy a mentir... Tu padre...

—¿Qué le pasa a papá?

—Me ha pedido el divorcio, se ha enamorado de otra.

Esperaba escuchar la mayor catástrofe del mundo, pero esto no. Ha sido como si me tiraran encima un jarro de agua fría, estoy en *shock*.

No sé qué está pasando, por qué mi padre ha actuado así, cómo consolar a mi madre, no entiendo que haya venido hasta aquí teniendo allí a mis hermanos.

—Ven, siéntate.

—¡Ay, mi rey! ¿Estás bien? No debí presentarme así aquí, pero fui a tu casa y no había nadie. Luego pensé que estarías de marcha, y sin saber por qué, cogí un taxi y me vine al hospital. Cuando te he llamado por segunda vez, he sabido por qué mi instinto me decía que tenía que venir, he recordado que tenías guardia.

—No te preocupes, has hecho bien, pero necesito que me expliques por qué has cruzado España en vez de acudir a mis hermanos.

—No lo sé, Fernando. Ni tan siquiera me he planteado acudir a ellos. Es más, no recuerdo nada desde el momento en que papá habló conmigo.

—Bueno, tranquila. Probablemente hayas estado en un momento de *shock*. Voy a pedirle a un compañero que te examine y te haga algunas pruebas para ver que estás bien. Así nos quedaremos tranquilos y te darán algo para que te relajés un poco, ¿vale?

—Lo que tú digas, cariño.

—Y voy a llamar a mis hermanos. Aunque si no me han llamado todavía, es porque no son conscientes de tu ausencia.

—Diles que estoy bien, Fernando. No les cuentes nada de mi confusión.

—Mamá, no les voy a contar que no recuerdas nada, pero sí que estás conmigo por lo que ha pasado con papá. Ellos se merecen una explicación.

Acompaño a mi madre hasta el box de uno de los compañeros de urgencias con los que tengo más confianza. Le cuento lo sucedido y la dejo con él. Me dirijo a la zona de observación y le ruego a las enfermeras que me inviten a un buen café y me regalen un Burn de su nevera. Está visto y comprobado que hasta mañana no duermo.

Vuelvo a la consulta y llamo a mi hermano, que, como siempre, está ajeno a todo lo que ocurre en la familia; y después llamo a mi hermana, a quien la noticia de mi padre no le coge por sorpresa. Era algo que estaba viendo venir de un tiempo a esta parte. Había cambiado de vestuario, siempre se afeitaba, salía a horas que no era normal en él, incluso avisó a mi madre de que veía algo raro, pero ella jamás le hizo caso.

Voy a buscar a mi madre, pero no está. Una enfermera se la ha llevado para sacarle sangre, coger muestra de orina y hacerle un TAC de la cabeza, que han aprovechado que había un hueco libre.

Regreso a mi consulta porque Andrés me dice que tengo un paciente. Una lasca de vidrio en un ojo consecuencia de una pelea de borrachos. El otro va con una raja en un brazo.

Al menos el vidrio no estaba muy profundo y lo he podido quitar sin problema. Lo he derivado a consulta en un par de días y lo he mandado a su casa tras ponerle la medicación.

Me dirijo de nuevo al box de Rodrigo cuando veo a mamá sentada en la sala de espera.

—¿Qué haces aquí?

—No te quería molestar, estabas con un paciente y todavía queda un rato

para que me llamen.

—Ven conmigo. Voy a ver si hay algún hueco en Sala de Tratamientos o en Observación para que estés más tranquila.

La dejo con las enfermeras de Observación que, al saber que es mi madre, la tratan con ese cariño especial que solo ellas tienen. Vuelvo a mi puesto y Andrés viene a buscarme por el pasillo.

«Esta guardia va a terminar conmigo.»

Un niño de unos cinco años con el ojo irritado. Chillando y pataleando por el escozor y el dolor. Nunca se me han dado bien los niños y mucho me temo que este no me lo va a poner fácil. El padre consigue tranquilizarlo y deja que lo examine mientras me cuenta lo que ha sucedido. El crío había tropezado volcando una vela y la cera le había caído en el ojo.

Podría ser un accidente más, le podría pasar a cualquiera, pero cuando sabes que es porque a una familia le han cortado la luz por no tener para pagarla, ni tan siquiera para comprar las gotas que el niño necesita, se te encoge el alma.

Ver a esa madre llorar es más de lo que mi corazón puede soportar y hago lo que debo hacer.

—Estas son las gotas que deben ponerle cada cuatro horas. Déjeme su número de teléfono para decirle qué día estoy en consulta de guardia y ver cómo va progresando el niño.

—De acuerdo, doctor. Si no lo cojo, insista. No tenemos saldo para llamar.

—Está bien, no se preocupe. Otra cosa más, por una casualidad... ¿tienen ahí las facturas que deben de luz?

—Sí, ¿por qué?

—Colaboro con una asociación y voy a intentar que no pasen la Navidad a oscuras.

—He empezado a trabajar ahora y todavía no he cobrado para poder pagarlas, pero le prometo que en cuando pueda, devolveré el dinero a esa asociación de la que usted habla.

—Estoy seguro de que así será... —Miro el ordenador para saber su nombre —. Antonio, ¿verdad?

—Sí, Antonio.

—¿Viven muy lejos?

—No, frente al Materno Infantil.

—Perfecto.

Salen de la habitación y guardo las facturas en mi maletín. Sí, soy un

mentiroso, no colaboro con ninguna asociación, pero se les ve buenas personas. Si me fui dos años a África con una ONG..., ¿cómo voy a permitir que una familia pase la Navidad a oscuras?

El teléfono de la consulta suena. Rodrigo ya tiene todos los resultados y quiere que vayamos a verlo.

Le robo a las enfermeras a la mujer que me dio la vida y vamos a ver qué ha mostrado el TAC. No os voy a negar que me pone un poco nervioso lo que ha pasado, que no recuerde nada, pero espero que todo esté en orden.

—Ya estamos aquí.

—Sentaos. Esto está perfectamente. Por lo que Fernando me ha contado ha sufrido un impacto emocional bastante grande y es normal que haya pasado por un momento de *shock*. Le voy a recetar unas pastillas para que esté tranquila y pueda descansar y sería conveniente que un psicólogo o un psiquiatra la viera.

—Le toma las manos a mi madre que llora como nunca la he visto llorar—. Esto no va a ser fácil, Marina, pero de todo se sale.

La vuelvo a dejar con las enfermeras de Observación mientras recojo mis cosas. Son casi las ocho y mi relevo está entrando por la puerta.

Creí que esta guardia nunca se iba a terminar, pero en poco más de una hora, estaré duchado y tumbado en mi cama.

Salimos por la primera puerta de urgencias y escucho mi nombre. «Esto es una puta pesadilla», pienso mientras pongo los ojos en blanco y miro al techo.

—Doctor Ramos, tiene un momentito.

—Sí, claro.

—Soy Noelia, la enfermera de la consulta de Berenguer. Fue padre ayer y quería preguntarle...: Le importaría cubrir su hueco de mañana en Consultas Externas. Así no habrá que buscar otro médico.

—Sí, claro. Mañana vendré temprano para echar un ojo a los expedientes antes de empezar.

—Muchas gracias, doctor Ramos.

Tiro rápidamente de mi madre, y de su maleta, y no paro hasta llegar al coche. Todavía es capaz de salir alguien corriendo a buscarme y ya no puedo más.

«¡Necesito descansar!»

4

Esta noche he vuelto a soñar con él, pero para nada ha sido algo placentero.

El recuerdo de aquella mañana me atormenta en forma de pesadilla cada cierto tiempo. La única diferencia es que esta vez no era mi padre quien conducía el coche, era Fernando.

Recuerdo que llegué en el vuelo de las once y, cuando salí por la puerta de llegadas, estaba esperándome para llevarme a casa, donde nos aguardaban mi madre y mi hermana.

Era miércoles y el vuelo de Madrid llegó con un poco de retraso. El día anterior había estado en Cheste probando un par de coches; las mejoras aerodinámicas y de motor harían que mis compañeros pilotos tuvieran más probabilidades de ganar el mundial.

No llegamos a la autovía que nos conduciría la ciudad. En el puente que hay a la altura de la Escuela de Pilotos, un coche invadió nuestro carril y tuvimos un choque frontal.

Lo siguiente que recuerdo fue oscuridad y mucho ruido. Sirenas, voces, algo que cortaba el metal del coche... Llamaba a mi padre, pero no contestaba, y entonces lo escuché claramente: «No hemos podido hacer nada por el hombre.»

Sabía perfectamente que hablaban de él. El coche que chocó con nosotros lo conducía una mujer.

Es normal que haya soñado con el accidente que me jodió la vida porque hoy tengo que ir a revisión, lo que no entiendo es por qué esta noche conducía Fernando nuestro coche. Hubiera preferido tener el sueño de la noche anterior, fue mucho más placentero y desperté tan caliente que tuve que echar mano de uno de los juguetes que habitan el segundo cajón de la mesita de noche.

Sacudo la cabeza para dejar de pensar en Fernando y en el accidente, y termino de cogerme la cola alta. Reviso que no tenga ningún bulto y salgo rápidamente de mi casa para ir a la de mi madre, que está una planta por encima.

Sí. Mi hermana, mi madre y yo vivimos en el mismo edificio.

Estoy saliendo del ascensor cuando el torbellino de cincuenta años que tengo por madre sale de su casa. Evito que se cierre la puerta con el bastón y bajamos al garaje del edificio.

Mamá conduce hasta el hospital y, tras veinte minutos buscando aparcamiento porque se le ha olvidado coger mi tarjeta de minusválidos, lo metemos en el parking privado. Por cuatro euros no vamos a seguir dando vueltas.

Agarrada de su codo y tanteando con mi bastón, llegamos al edificio de Consultas Externas. Subimos a nuestra planta en el ascensor acompañadas por un par de personas más, salimos, escuchamos cómo una mujer pregunta por la consulta a la que nos dirigimos y mamá la llama.

—Oiga, nosotras vamos a esa consulta. Acompáñenos.

—Muchas gracias. Es la primera vez que vengo y no doy pie con bola.

—No se preocupe, es normal. Mi nombre es Isabel y esta es mi hija Helena.

—Encantada, yo soy Marina.

Las tres avanzamos hasta nuestro destino y nos sentamos en la sala de espera. Marina entabla conversación con mi madre, pero yo estoy pendiente del ambiente que se respira allí, hay algo que me resulta muy familiar, es un olor, aunque no consigo saber qué es.

La enfermera sale de la consulta, mi madre le entrega el papel de la cita tras darle dos besos y la señora que nos ha acompañado le pide que le diga al doctor que Marina está aquí.

Se vuelven a sentar a mi lado y nos cuenta que el médico es su hijo. Al parecer había ido a hacerle unos recados y venía para que supiera que se volvía a casa.

El acento de la buena señora me resulta muy familiar, es clavado al de Fernando Alonso.

La espera se me está haciendo eterna. No entiendo por qué sigo viniendo a estas revisiones, no voy a tener más problemas de visión que los que ya tengo. Soy ciega, lo mío no tiene cura, mis nervios ópticos murieron junto a mi padre en aquel accidente. ¿Qué más se supone que voy a tener? Es más, ¿hay algo más que pueda tener?

Sigo viniendo porque en mi familia son bastante pesaditos y lo hago por no escucharlos.

La puerta de la consulta se vuelve a abrir y tras el paciente que había dentro, sale alguien que hace que mi corazón se acelere de una forma bestial. No necesito que hable, no necesito verle, con solo su olor sé que es él y una duda me ronda.

«¿Es el paciente o es el médico?», respuesta que se contesta sola al escuchar

su voz.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—Ya fui al cajero y pagué los recibos. También hice una recarga de cincuenta euros en el número de teléfono.

—Pero para eso no tenías que haber venido.

—El banco está cerca de aquí. Me voy al mercado que hay por donde vives, que te voy a hacer un cachopo que te vas a chupar los dedos.

—Eso me va a costar unas cuantas horas de gimnasio, pero no sabes lo a gusto que me lo voy a comer, madre.

Sé que ahora mismo está abrazando a esa mujer que nos ha hecho compañía, puedo sentir su ternura, el amor que le profesa.

—¿Estaría mal que me acercara a la dirección de la factura de la luz y les llevara unas cosas para pasar la Navidad?

—Pues no sé, mamá. Los conozco desde hace un par de días. Si quieres, llámalos, diles que eres de la asociación de la que les habló el médico, les cuentas que la luz ya está pagada y que vas a llevarle unas cosillas. No creo que te digan que no.

—Está bien, Nandito...

—¡Mamá, por favor, que tengo ya treinta y cuatro años!

—Pero eres mi niño chico. Me voy que tienes gente en espera.

Se vuelven a abrazar y se despiden. Nandito... Ni en sueños hubiera creído que Fernando es el médico que me va a ver en unos minutos. Necesito salir rápidamente de aquí, pero corro riesgo de que mi madre me mate por la estampida. Voy a ir al baño, a ver si así dejo de temblar.

—Mamá, necesito ir al baño.

—¡Ay, Helena, hija! Que te va a tocar ya.

—Es urgente. Sabes que los nervios hacen que tenga incontinencia urinaria.

—Está bien. Quince pasos rectos, a la izquierda y siguiente puerta a la derecha. Me quedo aquí por si salen a buscarte.

—Vale.

—Menos mal que la enfermera es amiga mía...

La dejo protestando y sigo lo mejor posible las indicaciones que me ha dado, Al menos las primeras. Si me pierdo, puedo preguntar a cualquiera, pero de aquí tengo que salir bien para que no me interrogue sobre qué me pasa.

Es una auténtica locura. No le pregunté en qué trabajaba, él tampoco me lo dijo. «¡Joder, estoy ciega! Hubiera estado muy bien que me dijera que es

oftalmólogo», protesto para mí mientras camino.

Respiro hondo y llego hasta los baños sin perderme. Entro, cierro la puerta y tanteo hasta encontrar el lavabo. Pulso el botón del grifo, me mojo las manos y agradezco no ir maquillada porque me puedo mojar la cara sin temor de llevarla a parches.

Me tengo que tranquilizar, aunque saber que un completo desconocido va a tener en sus manos mi historial, que va a saber lo que pasó... No, lo que me preocupa no es que sea un desconocido, todo médico que ha cogido mi expediente por primera vez, no me conocía de nada, lo que me preocupa es que este médico ha pasado por mi cama y no quiero que vuelva a pasar. Me dio su número de teléfono, no lo he vuelto a llamar y ahora tiene en sus manos todo sobre mi salud... y, por supuesto, mi número de teléfono.

Debí haber venido sola, pero mi madre no lo iba a consentir. Ya ni discuto con ella cuando llegan los días de médicos.

No temo tanto encontrarme con Fernando como que esté ella presente. Me conoce demasiado bien, se va a dar cuenta de que algo pasa y solo va a necesitar conocer el nombre del médico para atar cabos. Ayer no debí decírselo por mucho que me insistiera, aunque qué iba yo a saber que hoy nos íbamos a encontrar, ¡y en estas circunstancias!

La puerta del baño se abre y temo que sea mi madre, pero no, no lo es, es todavía peor, es Marina. No creo que en la vida vuelva a vivir un momento tan surrealista como este.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, señora, estoy bien.

—Es que te veo un poco nerviosa. ¿Es por la consulta? Mi hijo es buen médico.

—Es la primera vez que me ve él.

—Normal, ha estado dos años en África con una ONG.

De pronto siento curiosidad por conocer más de él. El hecho de saber que ha estado colaborando como médico con una organización, tan lejos y durante tanto tiempo, dice mucho de su forma de ser.

—Estará orgullosa de él.

—No sabes cuánto, hija.

Siento que está aguantando las ganas de llorar. Podría ser por su orgullo de madre, aunque hay algo que me dice que no es así.

—¿Se encuentra bien, Marina?

—Sí...

—¿De verdad?

—Pues no, pero no te voy a contar mis penas, vas a pensar que estoy loca por ir promulgando mis cosas a alguien que no conozco de nada.

—Tranquila. A veces es más fácil hablar con un desconocido que con la gente cercana.

Sin pensármelo, me acerco a ella y la abrazo. Percibo que lo está pasando mal, que hay algo que la ahoga, un sentimiento de tristeza la invade, aunque también liberación.

Se ofrece a acompañarme a la sala de espera y no puedo negarme. Entro agarrada de su codo y escucho a mamá metiéndome prisa. Ya no queda nadie por entrar antes que yo, ya no puedo seguir evitando el momento.

La puerta de la consulta se abre. Mi madre está hablando con Marina y me dice que entre, que ahora lo hará ella. Casi que lo agradezco, porque el momento que se avecina va a ser de lo más incómodo.

—Siéntate, Helena. En seguida viene el doctor.

—Ya estoy aquí.

Lo escucho sentarse en su silla y teclear en el ordenador.

—Doctor, ella es la hija de una compañera.

—A ver, Helena Sambruno Ruiz. ¿Qué tal te encuentras, Helena?

—Pues sigo viendo lo mismo de siempre: Nada.

Siento cómo se le acelera la respiración al escuchar mi voz, y titubeando le pide a su enfermera que le traiga de recepción un papel que había pedido. Sé que es una excusa, le da tiempo de bajar antes de que los administrativos se vayan.

—No esperaba encontrarte aquí.

—A ver, ¿cuántas Helenas ciegas piensas que hay en Jerez?

—Pues no sé, pero esto es muy grande y no me dijiste que tu nombre se escribe con H.

—Tú tampoco me contaste ese dato tan importante de que eres oftalmólogo.

—Lo escucho reírse y mis nervios desaparecen.

—Es que no tuvimos mucho tiempo de hablar.

—Tienes razón.

Me río yo también y los dos nos obligamos a tranquilizarnos antes de que entre mi madre y vuelva su enfermera.

—¿Cuándo vamos a volver a vernos?

—Fernando, yo no... No suelo repetir con el mismo hombre dos noches.

—Lo pasamos muy bien juntos, no veo por qué no podemos volver a vernos.

—Porque, ni yo busco algo más allá de una noche de sexo, ni quiero que pienses que puede haber algo más.

—Ven, siéntate aquí. —Me lleva hasta la lámpara de hendidura—. Asienta la barbilla y pega la frente. Yo tampoco busco nada más, pero no entiendo por qué no podemos repetir. ¿O acaso no lo pasaste bien conmigo en la cama? — me lo susurra al oído y deposita un suave beso en mi cuello.

—Sabes que lo pasé muy bien, pero...

—Lláname mañana.

—No...

Tengo que guardar silencio porque escucho entrar a mi madre. Ni loca pienso llamarlo. Sí, lo pasamos de maravilla, es un fuera de serie en la cama y de solo pensar en sentirlo de nuevo dentro de mí, llenándome, tengo que juntar las piernas con fuerza, pero repetir sería una locura.

Sigo las indicaciones que él me va dando y en un par de minutos hemos terminado la consulta. Salimos y noto que Marina sigue allí, estará esperando a Fernando, que nos sigue y acaricia mi cintura sin que nadie lo vea... O eso espero, porque podría generar una situación bastante comprometedor.

—Mamá, ¿aún no te has ido?

—No, hijo. He llamado a esta familia y no estaban en casa. Así que, la compra y el cachopo tendrán que esperar a mañana.

—Vale. ¿Nos vamos?

—Espera un momento. Isabel, mañana te llamo y vamos juntas al mercado.

No puedo creer lo que mis oídos están escuchando. La madre de Fernando y la mía no solo han compartido un rato de charla, sino también teléfonos. Y lo peor de todo es que mañana se van a llamar, se van a ver.

—Sí, que me tienes que enseñar a hacer esos cachopos. Seguro que a mi yerno le encantan, y no te haces una idea de lo mucho que le gusta comer mi Helenita.

—Yo sí lo sé —me susurra Fernando, mientras nuestras madres caminan unos pasos delante de nosotros—. Aunque para estar seguro de ello, debería volver a llamarme y comerme la polla.

—¡Joder, Fernando! Que te van a oír.

—Van pendiente a lo suyo

Aprovecha que nuestras madres giran hacia el siguiente pasillo, me atrae

hacia él y me besa. No puedo oponer resistencia, mi cuerpo no responde, es más, se entrega a ese beso, lo devuelve con ansia, con ganas, y sé que no debo hacer lo que estoy a punto de hacer. Lo aparto de mí y le sello los labios con mi dedo.

—Mañana te llamo.

Siento cómo una sonrisa se dibuja bajo mi dedo, lo aparto rápidamente, le doy un último beso que casi nos deja sin respiración y continúo mi camino.

«Sé que me voy a arrepentir, pero es que folla demasiado bien.»

5

Me encanta tener a mamá en casa, aunque lo que más me gusta es la buena amistad que mantiene con Isabel. Desde que ayer se conocieron en el hospital, han hecho planes para esta tarde y los próximos días.

Sé que puede ser un arma de doble filo. Por un lado, Helena puede tomarse bien el hecho de que un día decida dejar de acostarme con ella; por otro, podría tomárselo a mal y afectar a mi madre...

«Total, mamá se irá en unos días.»

Mi teléfono empieza a sonar y en la pantalla se refleja un nombre que, a priori, no debería estar en mi agenda, pero que grabé ayer antes de cerrar su expediente. Aquí está la llamada que llevo toda la mañana esperando.

—¿Sí?

—Hola. No te hagas el tonto, tu voz delata que sabías quién te estaba llamando.

—Me has pillado. ¿Qué tal estás?

—Como todos los días. ¿A qué hora quedamos?

Me gusta mucho el tonito borde y de sobrada que le he escuchado varias veces, pero hoy noto una sensación de desgana e incluso de obligatoriedad, como queriendo salir rápido de la situación.

—A ninguna. Si algún día te apetece quedar sin que suponga para ti un compromiso, vuelve a llamarme.

—Eres tú el que me acorraló...

—Tienes razón. Adiós, Helena.

Cuelgo el teléfono y lo tiro contra la cama. Sí, me gusta esa mujer, me encanta y quiero volver a estar en su cama, pero no de la forma que ella me lo está haciendo ver.

Vuelve a sonar y su nombre aparece de nuevo, aunque no pienso cogerlo. No quiero escuchar una disculpa que no sea sincera y... «¡Qué demonios! Voy a hacerme de rogar un poquito.»

Deja de sonar, lo pongo en silencio y lo guardo en la bolsa del gimnasio. Las cuatro de la tarde es la hora perfecta porque suele haber poca gente.

Me despido de mi madre y estoy dispuesto a salir cuando me frena.

—Hijo, ¿te importaría dejarme en casa de Isabel? Vamos a ir juntas a un centro comercial. ¿Esto no es un pueblo? Se referirá a que iremos a Cádiz,

¿no?

—Esto de pueblo tiene poco, mamá. ¿Tienes la dirección?

—Sí. Te la doy en el coche.

Salimos juntos de mi piso y bajamos al garaje del edificio. Me dice la dirección y veo su intención de meterla en el GPS del coche, pero la freno diciéndole que un amigo vivía en esa calle, porque saldrá en direcciones recientes y me pillará.

En un primer momento he pensado que Helena vive con sus padres, aunque no es la sensación que me dio su piso aquella noche. Así que, probablemente, viven en el mismo edificio.

—¿Has hablado con...? —Casi doy un volantazo porque no sé por qué mi madre sabe que estaba esperando la llamada de Helena.

—¿Con...?

—Con tu padre, hijo... Con el sinvergüenza de tu padre. —Una sensación de alivio extremo se apoderó de mí.

—No, mamá. Lo llamé ayer un par de veces y ni contestó ni me las devolvió.

—¿Qué va a ser de mí?

—Mamá, eres una mujer joven, independiente, tú eres la que sustenta nuestra familia. Tienes tu propia consulta, eres odontóloga y tu agenda siempre está llena. La pregunta es: ¿qué va a ser de él?

—¡Ay, mi niño! Tienes razón.

—Aquí puedes estar todo el tiempo que quieras, pero no pares tu vida.

—No lo voy a hacer. Sabes que estoy de vacaciones y por eso me voy a permitir el lujo de estar aquí unos días más, pero el veintiséis me vuelvo. Voy a pasar el fin de año con tus hermanos.

—Haces bien. Si no tuviera que trabajar el día uno, también iría.

—Mira, ahí está Helena paseando a su perro. —Y baja la ventanilla haciendo algo que consigue despertar en mí esa sensación de salirse el corazón por la boca—. Hola, Helena, soy...

—Hola, Marina. Mamá te está esperando en su casa. Hola, doctor Ramos.

Paro el coche y veo cómo mi madre entra en el edificio. Una vez la pierdo de vista, vuelvo a arrancar con la intención de irme, pero una cabeza se mete por la ventanilla del copiloto que mi madre ha dejado abierta y me lo impide.

—Te he vuelto a llamar.

—Si no te importa, tengo prisa.

—Lo siento.

—¿De verdad? Porque lo dudo.

—¡Joder, Fernando! Eres un poco cabezota.

Esas palabras me sacan de mis casillas y no dudo ni por un instante en bajar del coche para dejarle las cosas claras a esta niña mimada que no quiere el mismo hombre en su cama más de una noche. Si es lo que quiere, así será. Puedo tener a la mujer que quiera.

—Escúchame bien. Si no quieres volver a disfrutar del mejor sexo que has tenido en tu vida, perfecto. Borra mi número y si te he visto no me acuerdo.

—Volví a llamarte porque sé que mi actitud fue un poco... La situación se me fue de las manos, ya te dije que nunca... Lo siento, no debí hablarte así.

Su disculpa suena realmente sincera, sus labios se emperran en invitarme a besarlos y, aunque sé que hay muchos peces en la pecera, algo me pide a gritos que vuelva a disfrutar de ella.

—Disculpas aceptadas. Ahora me voy a gimnasio, tengo que mantener este cuerpo.

—¿Te duchas en el gimnasio o en casa?

—Extraña pregunta. En el gimnasio.

—Pues la ducha de mi casa te estará esperando encantada.

—¡Coño, Helena! Que voy a levantar pasiones en el gimnasio con la erección que provoca tu sucia lengua en mí.

—No tardes en volver.

Se va y me deja allí, mirando mi polla erecta que desea disfrutar de la calidez de su excitación. Ni qué decir tiene que no voy a pisar el gimnasio, prefiero mil veces quemar calorías con ella.

Me subo al coche, arranco y entro en un parking que está a un par de calles. Saco el teléfono y grabo un audio.

***Avísame cuando se vayan nuestras madres. No pienso pasarme dos horas haciendo deporte en un gimnasio cuando puedo pasarlas follando contigo.*

Lo envío y espero a que lo abra, a que lo escuche, y es algo que no se hace esperar. La doble aspa se vuelve azul y aparece el cartelito: *grabando audio...*

***Me las acabo de cruzar en la puerta. No tardes.*

Salgo del aparcamiento y me dirijo a toda velocidad a la calle de Helena. Freno en seco cuando estoy llegando a una de las esquinas porque mi madre va en un coche con Helena. Me meto en un bar ante la atenta mirada de los allí presentes, y pido un café para llevar.

Cinco minutos después, vuelvo a la calle con un café que no pretendo tomarme, mi mochila y unas ganas locas de disfrutar de esa ducha prometida.

Llego al edificio, llamo al telefonillo, me dan acceso sin que nadie hable, subo hasta su planta y la puerta se abre cuando estoy justo delante de ella.

Tira de mí agarrando mi camiseta por el pecho, cierro la puerta con el pie y me arrastra hasta el baño. Me besa mientras se deshace de su albornoz, quedando completamente desnuda.

Me separo de ella, la miro de arriba abajo e intento no caerme cuando me quito los zapatos de deporte. Entra en la ducha mientras yo termino de desvestirme y regula el calor del agua. Así estuviera helada, estoy tan caliente que no lo notaría.

Entro en la ducha, me sitúo detrás de ella y deja caer su cabeza sobre mi hombro. Rozo el culo de Helena con mi erección, haciendo que un suspiro salga de su boca y que yo piense en cómo será estar dentro de él.

Beso su cuello, sus hombros, acaricio sus brazos y noto una terrible quemadura en el antebrazo de uno de ellos. Ayer por la mañana, antes de que supiera quién era, leí su expediente de cabo a rabo y supe de la existencia de dicha cicatriz, y algunas más que tiene por resto del cuerpo, aunque lo más grave fue la pérdida de la visión. Algo permanente y que no tiene posible solución.

Tengo que despejar mi mente, dejar de pensar en todo eso y centrarme en disfrutar de la mujer que tengo delante de mí. Estaba decidido a hacerme el duro, a no claudicar, a hacerla esperar un poco, pero no he podido decirle que no. Con pocas palabras ha conseguido que todos mis planes se vayan al traste.

Una de mis manos no tarda en colarse entre sus piernas, ni mis dedos en encontrar su clítoris. Lo acaricio suave y sé que esto es una tortura para Helena. Ella es más como yo, le gustan las cosas rápidas, directas, y me lo hace saber frotando su culo descaradamente con mi más que erecta polla.

—No te recordaba tan sutil.

—Y no lo soy, pero no pienso empezar algo que no voy a poder terminar aquí.

—¿Por qué no puedes terminarlo aquí?

—Porque lo que más deseo en este momento es metértela tan hondo que duela y...

—Pues hazlo.

Estas dos palabras me han dejado descolocado. En ningún momento he

pensado en tener sexo sin protección, solo lo he hecho con una persona en mi vida y fue maravilloso, aunque lo que sentía por ella en ese momento, no era lo que siento por Helena. El sexo siempre debe hacerse con seguridad.

Y mientras estoy metido en mis pensamientos, no me doy cuenta de que se ha girado, hasta que abarca con sus manos mi erección. Acaricia mis testículos mientras imprime presión en mi polla. Si no para de hacer eso, estoy seguro de que no duraré un suspiro.

Besa mi pecho, mis abdominales, y se arrodilla ante mí. Tiene su precioso pelo castaño recogido y me han dado ganas de soltarlo, pero el hecho de poder tirar de esa coleta cuando esté a punto de correrme, es superior a mí.

Lame mi erección de abajo arriba, sigue masajeando mis testículos, la punta de su lengua se entretiene jugando en el orificio del glande y eso hace que me ponga más duro de lo que ya estoy. Gimo con fuerza, quiero que sepa lo mucho que estoy disfrutando. Y mi gemido le da vida.

Succiona la punta y se introduce mi falo por completo en la boca. Hasta el punto de golpear su campanilla con la punta y sentir una arqueada. Esto no está bien, no podemos hacer estas cosas sin protección.

—Helena, para. —Salgo de su boca—. Esto no está bien, así también hay riesgo de contagios.

—Hace años que no le hago una mamada a nadie, precisamente por eso, pero no creo que un médico me vaya a contagiar nada.

—Por supuesto que no, estoy completamente limpio de todo.

—Pues cállate y disfruta.

Y no dice más nada. Su boca vuelve a tragarse mi polla y es la mejor felación que me han hecho nunca, y eso que la boca de Nuria era portentosa, pero la de Helena...

Estoy a punto de reventar y creo que es justo que lo sepa. Una cosa es que me esté haciendo una mamada y otra es que me corra en su boca. Es algo que a no todo el mundo le gusta.

—Helena, estoy a punto de correrme, para.

Pero lejos de hacerlo, aumenta el ritmo y no aguanto más. Exploto en su boca y puedo sentir cómo traga hasta la última gota de mi semen.

Hago que se levante, tomo su cara con mis manos y la beso. Nuestras lenguas juegan y el sabor de mi deseo invade mi boca. Si estar dentro de su boca sin barreras ha sido algo maravilloso, no quiero pensar cómo será...

«¡Echa el freno, Fernando!», me recrimino a mí mismo. Follar sin condón no

solo puede traer enfermedades. A ver, que sé perfectamente que eso no sucederá porque ya vi la medicación que toma, pero no pienso hacerlo a pelo con una mujer con la que llevo acostándome dos días y con la que dudo mucho que vaya a tener una relación. Entre otras cosas, porque ella tiene muy claro que solo me quiere para follar como conejos hasta que se canse. Y tampoco es que yo busque algo estable.

Terminamos de ducharnos entre besos y juegos. Mis dedos vuelven a buscar lo que antes estaban acariciando y le doy lo que me pedía. Dos orgasmos después, salimos directos a la cama porque cierta parte de mi cuerpo ya vuelve a tener ganas de fiesta. Estaría las veinticuatro horas del día disfrutando con ella, pero lo cierto es que no tenemos mucho tiempo esta tarde. En no más de tres horas, mi madre me estará llamando para que venga a recogerla o Isabel la dejará en mi casa directamente.

Helena se tumba en la cama y se abre de piernas. Saco de la mesita de noche un condón que me pongo con rapidez y destreza, y en menos de treinta segundos estoy dentro de ella. Está húmeda, caliente, y en cada embestida se apodera de mí más y más esa necesidad de sentirla sin barreras. Aunque corra el riesgo de enamorarme en silencio como lo hice de Nuria, a pesar de saber que nunca sería mía porque su corazón solo tenía cabida para Pablo.

Recobro la cordura y continúo con lo que estoy haciendo. Tengo que olvidarme de tonterías, de enamoramientos. Soy un hombre libre, sin ataduras, que piensa volver a África en un par de años y que no piensa hacer nada que lo obligue a desistir de la vida que quiere llevar.

Disfrutaré de Helena el tiempo que ella me permita o hasta que yo me canse, que también puede ser, aunque, no sé muy bien por qué, la duda de que eso no sea posible se pasea por mi cabeza.

«Sí lo sabes, capullo, es porque nunca has dado con una mujer que sea capaz de seguirte el ritmo en la cama y exigirte más.»

6

Esto no puede traerme nada bueno. Se acaba de ir y ya estoy pensando en cuándo nos volveremos a ver. Sabía que no debía permitirme verlo de nuevo, que era un error, pero es tan bueno en la cama que he sido incapaz de resistirme.

—Céntrate, Helena. Todavía no te has enamorado e imagino que él tampoco, así que será fácil terminar con esto.

Un mensaje suena en mi teléfono. Lo abro dispuesta a escuchar el audio que contiene. Estoy segura de que serán Pili o Elísabet, o incluso mi hermana, pero no, no es ninguna de ellas.

***Una lástima que tenga a mi madre aquí unos días. Podría haber estado follando contigo hasta mañana.*

Estos mensajes no ayudan nada a que quiera mantenerlo alejado. Tengo que reconocer que a mí también me apetecía no haber dejado que saliera de la cama.

Respiro hondo y me digo a mí misma que esto no es tan grave. Podemos seguir disfrutando mientras a los dos nos apetezca, y dejarlo cuando ya no sea así.

***Eso tiene fácil solución. Avísame cuando ya no esté y te haré en la cama las 24 horas de Le Mans.*

Imagino que estará en el coche esperando a que lleguen nuestras madres y estoy por bajar a pasear a Jacky, pero no, tengo que resistirme... ¿Resistirme a qué?

Le pongo el arnés a mi pequeñín, cojo el bolso, las llaves y salgo directa al ascensor. En menos de cinco minutos estoy en la puerta y sigo el camino de las ondas que hace el ruido del motor de su coche. Es inconfundible, me encanta esa marca, ese modelo, pero ese extraño sonido... Golpeo la ventanilla y sé que no me espera allí.

—Deberías llevar el coche al taller, tiene el embrague un poquito flojo.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado, doctor. —En ese momento mi oído detecta el motor del coche de mi madre—. Ya están aquí, pero antes de que lleguen, déjame decirte que lo he pasado muy bien y que no me importaría volver a repetir.

—Me debes esas veinticuatro horas.

—Las tendrás...

Deposito un suave beso en sus labios y me retiro para que pueda bajarse del coche.

Nuestras madres no tardan más de un par de minutos en salir del garaje y llegar hasta donde estamos. Marina guarda las bolsas en el maletero y mi madre le da dos besos y un abrazo a Fernando.

La conozco y, si no se huele que hay algo entre nosotros, pretende que lo haya. Y no me equivoco.

—Doctor Ramos, le estaba diciendo a su madre que son casi las nueve de la noche. ¿Por qué no os quedáis a cenar?

—No queremos causar molestia, Isabel. Ya la has llevado de compras, viene cargada de bolsas. No podemos abusar de su hospitalidad.

—¡Anda ya!

Espero que Fernando no dé su brazo a torcer. Si se queda, me tocará cenar con ellos esta noche y eso es algo que sí que no entra en mis planes. Una cosa es follar cada vez que nos apetezca y otra que asistamos a reuniones familiares, aunque no tengan ni idea de lo que hay entre nosotros.

—Hacemos una cosa. Nosotros aceptamos la invitación a cenar si vosotras dejáis de tratarme de usted y de doctor. Mi nombre es Fernando, como mi abuelo materno, que en paz descanse, y bien bonito que es.

—¿Te llamas Fernando?

Sé que mi madre me está mirando y tiene razón en lo que debe estar pensando, pero tengo que hacer que se disipen esos pensamientos.

—El segundo Fernando que conozco en cinco días. Pues nada... Marina, Fernando, acompañadnos a casa. ¿En la tuya o en la mía, mamá?

—En la mía. Y avisa a tu hermana para que suba también.

¿Mi hermana? Ella conoce a Fernando. Tengo que contarle lo que ha pasado y pedirle que no le diga nada a mamá. Si se entera de que este hombre hecho para el pecado es el que pasó el domingo por mi cama, buscará la forma de tenerlo aún más presente de lo que ya lo tengo... Y la entiendo porque supongo que será un buen partido el chico, pero mi vida es estar sola y sola estaré.

Subimos en el ascensor y paramos en la planta de Puri. Mi madre casi obliga a Fernando a bajar conmigo, cosa que me toca la moral porque ya está intentando hacer de celestina, y lo que ella no sabe es que ya va tarde.

—¿Vivís todos en el mismo edificio?

—Sí. Después del accidente, me vine a vivir aquí. Mi hermana compró el piso a la vez que mis padres.

—A pesar de que no tenemos ninguna relación, y mucho menos a los ojos de tu madre, me impone conocer tu padre.

—No... Mi padre murió en el accidente en el que perdí la vista.

En ese momento se abre la puerta de Puri y puedo adivinar su cara de asombro. Eso me hace sonreír, y lo agradezco, ya que un nudo se había formado en mi garganta al decirle a Fernando que aquel día perdí a mi padre.

—¡Vaya sorpresa!

—No empieces a montarte historias que esto no es lo que parece. A ver, Fernando ha resultado ser oftalmólogo, ayer pasó visita en mi consulta, nuestra querida progenitora hizo amistad con la suya y los ha invitado a cenar esta noche. Mañana te cuento todo lo que quieras saber, ahora nuestra santa madre me ha dicho que subáis a cenar, irá a pedir unas pizzas.

—Está bien. Le digo a Pedro que se vista y subimos.

—Y, otra cosita más, ni se te ocurra decirle a mamá que él es el Fernando del que hablamos el lunes, que la conozco y ya está con la mosca detrás de la oreja.

—Normal, si se nota a leguas la conexión que tenéis.

—Para ya, Puri, que nos conocemos.

—Id subiendo que ahora vamos nosotros.

Volvemos al ascensor y ascendemos la planta que nos queda. Sé que quiere preguntarme muchas cosas, que las últimas palabras que hemos cruzado le deben haber dejado impactado, que la conversación con mi hermana le habrá sorprendido, pero ahora no tenemos tiempo de hablar.

La puerta se abre e intento salir, aunque una fuerte mano me lo impide, hace que se cierre el ascensor y pulsa el botón de mi planta. No me hace ni pizca de gracia lo que acaba de hacer, no me apetece hablar con él en este momento, sin embargo, entiendo que debe querer respuestas.

Avanzamos hasta mi piso al llegar a mi planta y entramos sin hablar. Llevo a Jacky a la cocina para que beba agua, le quito el arnés y vuelvo al salón.

—Deberíamos subir antes de que lo haga mi hermana.

No obtengo respuesta por su parte. Simplemente se acerca a mí, me abraza, me besa el pelo y me acuna. Por primera vez desde hace mucho tiempo, me permito llorar. No entiendo muy bien el porqué, pero es lo que necesito en este momento y no me siento incómoda por hacerlo con él.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea de que... En realidad, no tengo ni idea de nada. Solo nos hemos visto tres veces y dos de ellas las hemos pasado

follando. —Me arranca una sonrisa, aunque tenga el rostro lleno de lágrimas —. No te rías que sabes que es verdad.

Me abrazo a él. Por alguna extraña razón, necesito esa muestra de cariño que me regala. Me acaricia la espalda y apoya su cabeza sobre la mía —es lo que tiene medir un metro sesenta y poco, que cualquiera es más alto que tú—.

—Bueno, ya está bien de ñoñerías, que vas a pensar que hasta tengo corazón. ¿Subimos? —le digo para intentar romper este momento que se está convirtiendo en algo demasiado íntimo.

—Todos tenemos corazón, aunque no se note. Por cierto, me tienes que explicar eso de que tu madre sepa de mi existencia. Porque que lo sepa tu hermana, vale, pero ¿tu madre? —me dice mientras cierra la puerta de mi casa

—Nos lo contamos todo. Es más, sabe perfectamente cuando un hombre ha pasado por mi cama... Y si le unes que entró en mi habitación el lunes por la mañana, y vio el amasijo de sábanas que dejamos... Como solemos decir por aquí: Blanco y en botella.

—¿Piensas decirle que soy yo?

—¡Uy, no! Así que, aprende a disimular. Estoy segura de que, si se entera, querrá que nos casemos. Le has caído muy bien.

—¿Casarnos? Deja, deja, que eso no entra en mis planes. Estamos bien como estamos.

—Tú no quieres compromisos y yo tampoco. Al final podremos seguir viéndonos.

—¿Pensabas dejar de verme después de lo de esta tarde? —Se acerca a mí haciendo que el calor suba a mis mejillas.

—Sí, por supuesto...

—Si es lo que quieres, yo...

—¡Ah, no! Ya hemos dejado las cosas claras, ni loca voy a dejar de verte. —Acerco mis labios a los suyos y le beso. Estaba sonriendo por mis palabras. Es un hombre seguro, que sabe lo que despierta en las mujeres, que suele conseguir todo lo que se propone, pero de mí solo va a obtener lo mismo que yo quiero de él. Sexo y mucho placer.

Me separo bruscamente de él al escuchar pasos que conozco muy bien por las escaleras. Mi hermana y mi cuñado ya están llegando.

Llamo al timbre de la casa de mi madre y no tarda más de quince segundos en abrir. Lo que me lleva a pensar que he sido una descuidada. Si hubiera estado cerca, habría escuchado el ascensor, habría mirado por la mirilla y nos

habría pillado besándonos, pero seguro que estaba en la cocina con Marina.

Pasamos y le digo que no cierre la puerta. Unos segundos después aparece mi hermana con Pedro, se efectúan todas las presentaciones pertinentes y, a pesar de que Puri no suele ser la discreción personificada, hace una actuación magistral.

Mañana me va a matar a preguntas, o esta misma noche cuando los invitados se vayan. Le tendré que contar que nos hemos vuelto a ver, que nos seguiremos viendo, pero que entre nosotros no habrá un cuento de hadas, no nos vamos a enamorar, ni a ser felices y comer perdices. Lo nuestro es lo que es y punto.

La cena, como ya imaginaba, consiste en encargar cuatro pizzas en el restaurante que hay en la calle de atrás. Pedro y Fernando se encargan de recogerlas y nosotras cuatro nos quedamos hablando en el salón y preparando la mesa. Mi madre cierta alguna que otra puyita, a mi hermana se le escapa alguna risita y Marina es el mismo encanto de mujer que conocí la mañana anterior.

No he escuchado la puerta porque estaba en el baño, pero al volver al salón sé que Fernando está aquí, su olor delata su presencia y tengo que reconocer que me encanta, que me excita y que me dan ganas de dejar aquí las pizzas y arrastrarlo a mi casa.

Vuelvo a tomar el control de mis deseos y me siento a la mesa. Como era de esperar, las dos alcahuetas que tengo por hermana y madre hacen que me siente junto a Fernando, cosa que provocará que me sienta excitada toda la cena.

La verdad es que estamos echando un buen rato. Marina nos cuenta muchas anécdotas de mi compañero de mesa, haciendo que se sienta avergonzado con algunas de ellas. Mi madre le devuelve el guiño contándole cosas de mi hermana y de mí, que protestamos para que se callen de una vez por todas ambas progenitoras.

Pedro ríe a carcajadas con la situación y es cuando mi hermana y yo empezamos a sacar sus trapos sucios.

Y tanta risa provoca que nos atoremos, que tosamos y que pasemos una estupenda noche que no teníamos planeada.

Tras el postre, Fernando y Marina se despiden y se van. Sé que no voy a recibir esta noche ningún mensaje suyo, no creo que se arriesgue a hablar por temor a que su madre lo escuche, pero no se va a librar de un mensaje bien caliente por mi parte cuando llegue a mi piso. Cosa que será después de sufrir las preguntas de Puri... Y no me equivoco. Aquí me lleva a rastras a la

habitación de mi queridísima madre.

—Creo que tienes cosas que contarme, ¿no?

—Sí. Siéntate conmigo en la cama. —Me hace caso y se sienta a mi lado—. Ayer, cuando llegamos a la consulta, casi me da un infarto. Fernando es oftalmólogo en el hospital y estaba cubriendo la baja por paternidad del doctor Berenguer.

—¿Y qué tiene que ver la madre en todo esto?

—Pues que la buena señora estaba allí para decirle algo al hijo, mamá y ella entablaron amistad, hoy han ido de compras, Fernando ha pasado la tarde en mi casa...

—¿Has vuelto a acostarte con él otra vez?

—Sí, pero no te montes historias. Los dos tenemos claro que lo nuestro es solo sexo.

—Sí, claro.

—La cuestión es que cuando ha recogido a su madre en la puerta para irse, mamá ha tenido la feliz idea de invitarlos a cenar.

—Sabes que no es solo sexo, ¿verdad? Sonríes como una tonta cuando habla y él te mira con unos ojitos que derrochan ternura como mínimo.

—Por favor, Puri, para ya.

—Si no lo quieres ver, no lo veas, pero te digo yo que entre vosotros habrá algo más que sexo.

—A ver, petarda, es complicado que lo vea —me río y me gano una colleja.

—Sabes a qué me refiero y tarde o temprano me darás la razón.

Tras contarle que nos volveremos a ver, y escuchar de nuevo su cuento de hadas, doy la conversación por zanjada, volvemos al salón y nos despedimos de nuestra queridísima madre hasta el día siguiente, aunque no la veremos hasta por la noche porque le toca turno de doce horas y empieza a las ocho de la mañana.

Entro en mi casa, Jacky me saluda, nos sentamos en el sofá y saco el teléfono del bolsillo de mi sudadera.

—Espero que descanses. Después de tenerte toda la cena a mi lado, creo que tendré que sacar algún juguetito para conciliar el sueño, me has dejado muy caliente. Mañana hablamos.

Mando el audio y me voy a la cama a jugar y descansar, que buena falta me hace.

Voy a tener que ducharme otra vez porque el mensaje que me acaba de mandar Helena precisa de un cinco contra uno urgentemente. Si mi madre no siguiera despierta, podría mandarle un audio, pero estando ella no me atrevo a decir lo que me apetece. Las paredes de este piso son de papel de fumar y se enteraría de todo.

Mi teléfono vuelve a sonar, aunque esta vez no es un mensaje, es una llamada. Miro la pantalla y me sorprendo al ver quién me llama; ya era hora de que lo hiciera.

—Creí que ya no te acordabas de que tenías un hijo.

—Fernando, no me hables así, que soy tu padre.

—Deberías haber recordado eso cuando te llamé ayer y no contestaste.

—Lo siento, estaba ocupado.

—Ya lo sé, estoy al tanto de tu nueva vida.

—¿Ya te lo ha contado tu madre?

—¿Esperabas que no lo hiciera?

—Ya, bueno... Llevo dos días buscándola y no doy con ella. En casa no está y tus hermanos no me hablan.

—Papá, es normal. No has hecho las cosas bien.

—Es muy complicado, Fernando. Yo...

—No puedes decirle a mamá que quieres el divorcio, que estás enamorado de otra y desaparecer sin más.

—Las cosas entre nosotros hace tiempo que no estaban bien.

—Pero hay formas y formas de afrontarlo.

—Sé que he actuado mal, pero en algún momento tendremos que hablar. Además... —Se hace el silencio al otro lado del teléfono.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada. Es mejor que las cosas sean así, hijo. Créeme, vais a estar mejor si no estoy cerca de vosotros.

—Papá, ¿qué pasa? —Me levanto de mi cama y me dirijo al salón, donde mi madre está viendo la tele. Sé que algo grave está pasando y creo que ella debe estar al tanto.

—No es nada, de verdad.

—Papá, soy el que mejor te conoce y sabes que tarde o temprano me enteraré. —Mi madre se pone en alerta al escuchar que estoy hablando con mi

padre y me pide que ponga el altavoz. Algo que no he dudado en hacer en ningún momento.

—Esto tengo que solucionarlo solo. No puedo salpicaros.

—¿En qué lío andas metido?

—Tengo que dejarte.

—No te atrevas a colgarme. Ahora mismo me vas a contar lo que está pasando si no quieres que vaya y te lo saque a la fuerza.

—Está bien, pero no vayas a contarle nada a tu madre. —Mi madre me hace un gesto para que no se me ocurra irme en ese momento—. No hay otra mujer, nunca la ha habido y nunca la habrá porque, por muchos problemas que hayamos tenido tu madre y yo, ella es a la única mujer que podría amar... Y por eso he tenido que alejarme.

—Suéltalo ya, papá. —Mi madre llora en silencio al escuchar sus palabras.

—Soy adicto al juego. Las noches que llegaba tarde a casa no las pasaba en la cama de nadie, estaba en timbas clandestinas, y... debo mucho dinero, hijo. Me amenazaron con haceros daño a vosotros y por eso me he ido.

—¿Cuánto dinero debes, papá?

—Treinta y cinco mil euros, pero te juro que los voy a conseguir.

—¡Gabriel, por Dios! ¡Eres tonto! ¿Por qué no has hablado conmigo? Lo hubiéramos solucionado sin hacerme pasar estos días tan malos.

—¡Fernando! Te dije... Bueno, da igual, ya lo sabéis. No te dije nada porque no merezco tener a mi lado una mujer como tú. Soy una escoria.

—¡Mira, Gabriel! Delante del cura dije que para lo bueno y para lo malo hasta el fin de los días. Me duele que no me lo hayas contado, pero te quiero más que te odio en este momento. Esto también es culpa mía, hace mucho tiempo que sé que algo raro estaba pasando y me negaba a verlo. ¿Cuándo tienes que pagarlo?

—En un par de días.

—Está bien. Mañana te voy a hacer un traspaso, lo vas a pagar, y cuando el día veintiséis llegue a Oviedo, no vamos directos a un psicólogo.

—Marina, yo no puedo...

—Eso sí, como vuelvas a hacerlo, seré yo quien te mate con mis propias manos. ¿Entendido?

Lo escuchamos llorar a través del teléfono y no puedo evitar que las lágrimas salgan de mis ojos. Acabo de presenciar lo que es el amor verdadero, el incondicional, el que perdura para siempre, pase lo que pase.

Los dejo hablando en el salón y voy a mi habitación para coger el portátil. Abro el navegador y compro un billete de avión para que mi padre venga mañana mismo. No quiero que se meta en más líos durante los días que mi madre esté aquí.

Vuelvo al salón tras enviarle un correo electrónico con los datos del vuelo y siguen hablando. Me siento junto a mi madre y le quito el teléfono.

—Papá, te acabo de mandar un correo con un billete de avión. Mañana a las siete de la tarde te vienes para Sevilla y allí te recogemos.

—Pero hijo...

—No hay discusión posible. No te vas a meter en más líos antes de que mamá llegue. Pagas y te vienes. Así pasamos unos días juntos.

—Te prometo que te devolveré el dinero. Te lo prometo...

—Bueno, llama al móvil de mamá que este se está quedando sin batería. Así podréis hablar tranquilos.

Cuelgo y abrazo a mi madre. Lloro sin parar, pero sé que está tranquila. Suena su móvil y sale corriendo a su habitación.

Me alegra saber que el día veinticuatro no lo va a pasar sola porque yo tengo que trabajar. Pensaba que estaría solo y le cambié la guardia a un compañero que quería pasar el día con su familia. Lo bueno es que voy a poder estar con ellos hasta el sábado, disfrutando de su compañía.

Me dejo caer sobre en el sofá y miro los mensajes que tengo en el Whatsapp. Vuelvo a escuchar el audio de Helena y veo que está en línea. Mi madre está ocupada y no se va a enterar de lo que le diga si le hablo. Solo de pensarlo mi polla se pone dura.

***Hola, preciosa. Siento no ser yo el que juegue contigo, seguro que conseguiría darte más placer que ningún juguete.*

Lo ha escuchado y está grabando otro, pero para y no lo envía. Eso me decepciona un poco, hasta que veo su nombre reflejado en la pantalla. Me está llamando.

Descuelgo, le pido que espere un momento y me encierro en mi habitación. Por suerte, el baño se interpone entre la de mi madre y la mía y, a menos que vaya al salón, no escuchará nada.

—Ya estoy. Con mi madre aquí tengo que hacer filigranas para que no me oiga.

—Lo imagino —dice mientras se ríe.

—Ahora está entretenida hablando por teléfono. ¿Qué tal se ha portado tu

juguetito?

—No ha estado mal, pero esta tarde dejaste el listón muy alto.

—Me halagas, aunque no necesito que me lo digas, ya lo sé.

—¿Siempre vas tan sobradito?

—No es ir de sobrado, es una realidad. Soy consciente de que soy muy bueno en la cama.

—Estoy segura de que ahora mismo te estarás tocando.

—¿Has puesto una cámara en mi cuarto?

—Aunque la pusiera, no podría verte, ¿lo olvidas?

—Perdona, yo...

—¡Anda ya, tonto! Sé que es una forma de hablar. Lo sé porque mis dedos están ahora mismo acariciando mi clítoris. No somos tan diferentes.

—¿Vas a tocarte mientras hablamos?

—¿Es lo que quieres?

—Sí, quiero escuchar tus gemidos mientras te das placer.

—¿Tú vas a hacer lo mismo?

—¿Lo dudas?

Dejamos de hablar y durante los siguientes minutos solo se escuchan nuestros jadeos. Los de ella son más altos, los míos más sutiles porque no quiero que mi madre se asuste y aporree la puerta.

Está siendo la mejor paja de mi vida. No sé si es porque me siento un adolescente al tener a mi madre a pocos metros, si es porque estoy muy excitado o si es porque Helena saca mi lado más salvaje. Lo único que sé es que hace mucho tiempo que no disfrutaba tanto masturbándome.

—Córrete, Helena. Necesito escuchar tu silencio tras el orgasmo.

Sus jadeos aumentan hasta que nada más se escucha. Aumento el ritmo de mi mano y me corro manchando la ropa interior y el pijama. Casi no puedo hablar y, si no tuviera que limpiarme, caería ahora mismo en un profundo sueño.

—¡Joder, Fernando! Eres bueno hasta por teléfono.

—Tú tampoco te quedas atrás, aunque hubiera preferido correrme dentro de ti.

—Si tu madre no hubiera estado, ahora estarías en mi cama.

—Y mañana llega mi padre... Creo que les voy a reservar una habitación de hotel, ellos también necesitan intimidad y estar solos en este momento...

—¿Ha pasado algo? —No esperaba que Helena me hiciera esta pregunta. No sabemos nada el uno del otro más allá de nuestros nombres y mi profesión,

pero lo cierto es que me apetece hablarlo con alguien.

—Sí, bueno. Imagino que tu madre te habrá dicho que mi madre está aquí por culpa de mi padre.

—Sí, me ha contado la historia.

—Pues nada es lo que parecía. No hay otra mujer.

—¿Cómo?

—Dijo eso para apartarla de su lado porque tiene una deuda de juego, y lo habían amenazado con hacernos daño.

—¡Vaya! Entonces... ¿qué vais a hacer?

—He conseguido sacárselo tras insistirle. Mi madre va a pagar la deuda y, como tiene el vuelo de vuelta para el veintiséis, he sacado un billete para que venga. No quiero que se meta en más líos en estos días.

—Fernando, si necesitas ayuda..., nosotras podemos ayudaros económicamente.

—No es necesario. Mamá es muy buena en su trabajo, lo gana muy bien y tenía dinero en otra cuenta a la que mi padre no tiene acceso.

—¿A qué se dedica tu madre?

—Es dentista. En casa todos tenemos sonrisas perfectas.

—Mi lengua da fe de tu perfección dental.

—De la tuya dan fe mi lengua y mi polla.

—Si sigues por ese camino, tendré que volver a tocarme antes de echarme a dormir.

Su sinceridad me hace reír a carcajadas. Tengo que reconocer que es una mujer única y muy especial.

—Creo que ya va siendo hora de descansar. Mañana me espera un día muy largo... Menos mal que cambié la guardia.

—¿Mañana no trabajas?

—No, pero toca ir al banco y a eso de las diez de la noche tengo que recoger a mi padre en Sevilla.

—Y los vas a llevar a un hotel, ¿verdad?

—Sí, también tengo que buscarles mañana hospedaje.

—Vale. ¿Te espero a eso de las doce?

—Solo si me esperas desnuda y con el condón en la mano. En cuanto cruce la puerta te la voy a meter y te voy a estar follando toda la noche.

—No lo he dudado ni por un segundo.

—Bueno, te dejo descansar y yo voy a limpiarme un poco.

—Mañana hablamos.

—Una cosa más, Helena. Gracias.

—¿Por qué?

—Por escucharme, por ofrecerme tu ayuda y por el orgasmo, por supuesto.

—Ya me lo agradecerás mañana, doctor Ramos.

Cuelga el teléfono y me deja con una sonrisa en los labios. Me quito la ropa, me asomo al pasillo, escucho que mi madre sigue en su habitación y me meto rápidamente en el baño. Si me doy un poco de prisa, me dará tiempo de dejar la ropa en la lavadora y dejarla preparada para ponerla a primera hora. No quiero que mi madre vea la consecuencia de mi orgasmo.

El agua cae sobre mi cabeza, esa que solo sabe pensar en cada momento que he disfrutado con Helena. Me ha venido muy bien que me llamara, lo ha hecho en el momento que más necesitaba hablar con alguien, me ha escuchado, se ha preocupado por lo que nos estaba pasando...

—Fernando, necesito usar el baño.

—Enseguida salgo, mamá.

Ni ducharse puede uno tranquilo. Mañana se van a un hotel sí o sí.

Termino de enjuagarme rápidamente y salgo del cuarto de baño con la toalla anudada a la cintura y la ropa sucia debajo del brazo. La miro y su rostro me dice que todo va a estar bien.

—Dame esa ropa y ve a vestirte, que vas a coger un resfriado.

—No te preocupes, yo la llevo.

—¡Anda ya, hijo!

—¿Tú no te estabas meando? Corre antes de que la lées, que a tu edad la incontinencia...

—¡Serás sinvergüenza!

La dejo relatando mientras avanzo por el pasillo. Adoro hacerla rabiar y escucharla blasfemar. En momentos así, me dan ganas de volver a casa, a Asturias, a mi tierra... Aunque a día de hoy no sé adónde pertenezco.

Dejo la ropa en la lavadora, vuelvo a mi habitación, me pongo el pijama y me tumbo en la cama. Estoy agotado, no voy a tardar mucho en dormirme y me da un poco de miedo el hecho de que mis últimos pensamientos sean para Helena.

8

Esta noche, la maldita pesadilla me ha vuelto a atormentar. De nuevo no era mi padre el que conducía, volvía a ser Fernando. Lo que más me ha impactado es que he visto su rostro, ese que nunca conseguiré ver más allá de mi tacto.

El timbre de casa me devuelve a la realidad. Puri me va a acompañar al taller como cada mañana que mi madre trabaja, hoy le toca turno hasta las ocho. Cuando termine todo lo que tengo que hacer esta mañana, me voy de compras con mi hermana antes de la comida de empresa. No entiendo muy bien por qué, pero me apetece estar especial esta noche. Sé que Fernando quiere que lo espere desnuda... «¿De verdad piensa que se lo voy poner tan fácil?»

Abro la puerta y cojo el bolso mientras Puri le pone el arnés a Jacky. Desayunaremos en el bar de la esquina y cogeremos un taxi porque su coche está allí.

Salimos a la calle y el frío del mes de diciembre nos deja sin aliento. Esperamos a que Jacky haga sus necesidades y nos dirigimos al bar de la esquina. No hace falta que le digamos lo que vamos a tomar, simplemente nos sirven lo de cada mañana.

Tras un desayuno que resucitaría a un muerto, un taxi nos recoge y nos deja en nuestro destino.

Al entrar en el taller, suelto a Jacky para que ande por allí a sus anchas. Puri se queda recogiendo el coche y yo me dirijo a mi despacho seguida de Rafa. Para él también fue duro todo lo que pasó, mi padre lo quería como a un hijo y siempre apoyó mi carrera profesional.

—Buenos días, Rafa.

—Buenos días, jefa.

—Rafa...

—Lo siento, me encanta chincharte.

—¿Cómo vamos de trabajo?

—Saturados, y ahora con las vacaciones, va a ser una auténtica locura.

—Contrata a alguien. Sabes que tienes potestad para hacerlo.

—Y tú sabes que nunca lo haría sin consultártelo antes.

—Bueno, contrata a un par de personas hasta que todos hayáis cogido las vacaciones y luego vemos si se queda alguno.

—Te veo diferente.

—¿Diferente?

—Sí, tienes un brillo especial. Estás más guapa que de costumbre.

—Gracias por el piropo.

—No es un piropo, es la realidad.

Se acerca más de lo debido entre empleado y jefa. Sé que no lo puede evitar, que está enamorado de mí desde el día que nos conocimos en secundaria, pero siempre le he dejado bien claro que entre nosotros no puede existir nada. Él lo sabe, es un gran amigo, aunque hay veces que no puede controlar lo que siente.

—Rafa...

—¿Por qué no me das una oportunidad? Sé que te haría la mujer más feliz del mundo.

—Porque no siento por ti lo que debería sentir para mantener una relación. Es más, estoy segura de que muy pronto encontrarás a la mujer indicada y entonces te darás cuenta de que lo que sientes por mí no es amor.

—Lo dudo, pero no insisto. Voy a seguir trabajando. Por cierto, me da mucha envidia ese hombre que te hace brillar tanto.

—No hay ningún...

No sigo hablando porque sé que me he quedado sola. Estoy segura de que sería muy feliz junto a Rafa, pero no puedo obligarme a sentir algo que nunca sentiré por nadie.

Le doy una voz a Pili para que entre, tenemos que hablar con la empresa que nos suministra las cestas de Navidad para saber a qué hora las traerán hoy y también preparar el aguinaldo de los trabajadores. Aunque tienen las pagas prorrateadas, son muy buenos en su trabajo y me gusta compensarlos.

—Dime, Helena.

—¿A qué hora llegan las cestas?

—Acabo de hablar con ellos y están en camino.

—Perfecto. Toma este dinero y haz como todos los años. Esta vez serán quinientos los jefes de taller, trescientos los mecánicos y doscientos los ayudantes. Y, para mi secretaria guapa..., quinientos también.

—Es mucho dinero, Helena.

—¿Y? ¿No tenías que comprar muebles para tu flamante piso nuevo?

—Muchas gracias.

Pili me abraza. Es una de mis mejores amigas, pero también una gran empleada. Supo adaptarse a las mil maravillas a las circunstancias hace cuatro

años, cuando nuestras vidas cambiaron drásticamente.

—Bueno, ahora me voy de compras. Nos vemos a las dos en la Venta Esteban.

—¿Te lleva Puri?

—Sí, claro.

Salimos a la par del despacho, extendiendo mi bastón y me dirijo a la zona de taller, donde me esperan mi hermana, Rafa y Jacky.

Nos despedimos de todos hasta un rato después y nos subimos a su coche, que ya está en perfectas condiciones.

Nuestra próxima parada será el parque comercial que está junto al hospital, lo que hace recuerde a Fernando. Hoy le esperaba un día de locos y la noche de ayer no tuvo que ser nada fácil para él. Espero que se solucione lo de la deuda y el matrimonio de sus padres, porque, a pesar de ser el mismo que conocí el domingo, le faltaba un poco de chispa cuando hablamos por teléfono.

Nunca había tenido sexo telefónico con nadie, y he de reconocer que me lo pasé genial. Fue una experiencia diferente.

Aparcamos cerca de la tienda de mascotas y aprovecho para comprar los reyes de Jacky. Como Puri tiene una alergia descomunal a la mayoría de los animales, quedamos en vernos en media hora en la puerta.

En cuanto se va, saco el móvil y le mando un audio a Fernando. Podría llamarlo, pero ya lo hice anoche y no quiero que piense cosas que no son.

***Buenos días, Gurú del Sexo. Espero que hayas descansado y tu día no esté siendo demasiado infernal. Yo estoy de compras con mi hermana después de trabajar un rato esta mañana. Me preguntaba... ¿quieres que te espere desnuda o con lo que pretendo comprar ahora?*

Espero que no lo escuche delante de nadie ni en el manos libres del coche. Me moriría de vergüenza si estuviera presente su madre y si viera mi nombre en la pantalla.

Estoy guardando el teléfono en el bolsillo del abrigo cuando en el auricular me suena un nuevo mensaje. Abro la aplicación, toco en el primer chat y doy al *play*. Es él.

***Buenos días, Reina Picante. Nuestra conversación de anoche consiguió que durmiera muy bien. Espérame con lo que compres. Eso sí, que no sea muy caro porque te lo pienso arrancar.*

Solo con escuchar ese acento medio asturiano medio andaluz siento que me humedezco. Me encanta que sea tan salvaje en la cama, es justo lo que más me

gusta, como más disfruto el sexo. Alguien me está llamando.

—¿Sí?

—¿Y tú cómo has dormido? —Sonrío como una boba al escuchar su voz.

—Tan bien como tú. ¿Cómo llevas la mañana?

—Bien. Mi madre ya ha transferido el dinero a la cuenta de mi padre y hemos hablado con el banco para que se lo tengan disponible antes de cerrar. ¡Qué ganas tengo de que acabe esta pesadilla!

—Normal.

—¿Has ido sola de compras? ¿Necesitas que te recoja?

—No, he venido con Puri. Estoy en la puerta de la tienda de mascotas esperando que venga a recogerme. Le estaba comprando su regalito de Reyes a Jacky.

—Día de chicas entonces, ¿no?

—Solo mañana de chicas. A las dos tengo la comida de empresa y esta noche he quedado para follar.

—Suena muy interesante ese último plan. ¿En qué trabajas?

—Tengo un taller mecánico que era de mi padre. Soy la jefa suprema.

—Ahora entiendo por qué me dijiste lo del embrague. ¿Podría llevarlo a su taller para que le echen un vistazo?

—No me importaría, pero tu coche tiene menos de un año y aún está en garantía, así que sería mejor que lo llevaras a la casa oficial. Tengo una buena amiga trabajando allí, puedo hablar con ella para que te cuelen.

—Una mujer influyente... Eso me pone mucho.

—Bueno, tú también la conoces. Es Elísabet.

—Lo llevaré el martes, hoy ya es viernes y el lunes es fiesta y estoy saliente de guardia.

—¿Trabajas el día veinticuatro?

—Sí, y no lo puedo cambiar porque es un favor que le estoy haciendo a un compañero. No esperaba tener aquí a mis padres.

—Ni te preocupes, conociendo a mi madre, los invitará a pasar la noche con nosotros.

—Te tengo que dejar, mi madre ya viene camino del coche.

—Y Puri no tarda en llegar. Nos vemos luego.

—Hasta luego, mi Reina Picante.

Guardo el teléfono y los auriculares en el bolso. Ya he hablado con él y no espero ninguna llamada más. Puedo oler a mi hermana, está a unos pasos de

mí.

—¿Y esa sonrisita?

—¿Qué?

—Que tienes una sonrisita tonta que... Has hablado con Fernando, ¿verdad?

—Sí, pero no es por lo que tú te piensas, que eres Manolita la Fantástica. Solo hemos quedado esta noche para tener una sesión de sexo brutal que nos deje sin fuerzas.

—¡Helena!

—¡Qué acertada estuvo mamá con tu nombre! Anda, ayúdame a buscar un conjunto sexi que no sea muy caro, que me lo va a arrancar en cuanto llegue.

Y ahí va relatando mientras yo me parto de la risa. Paso de seguir escuchando sus cuentos de princesas y príncipes encantados. Lo que hay entre Fernando y yo es simple: Sexo, sexo y más sexo.



Eran casi las dos cuando Puri me dejó en el restaurante donde hemos tenido la comida de empresa. Pasamos por casa para arreglarme y dejar a Jacky, estando Rafa y Pili a mi lado no tengo ningún problema para moverme por cualquier sitio.

La comida estaba riquísima, como siempre, es un restaurante que nunca falla y en el que me encanta comer de vez en cuando. Ahora nos dirigimos a uno de los locales de moda para tomar alguna copa. Yo no quiero recogerme muy tarde porque no me gusta dejar tanto tiempo solo a Jacky, y porque me apetece descansar un rato antes de que llegue Fernando a casa, pero necesito pasar momentos así con ellos.

La verdad es que lo estamos pasando muy bien, tanto que me duelen los pies de bailar y hasta estoy un poquito achispada, aunque no tanto como el resto, que mañana tendrán una gran resaca.

—¿Quieres tomar algo, jefa? —me pregunta Pili.

—¿Qué hora es?

—Las ocho. En breve nos vamos a cenar.

—Yo creo que me voy ya para casa.

—¿Ya? Pero si lo estamos pasando genial

—Lo sé, pero pretendo pasarlo aún mejor. He quedado con Fernando.

—¿He escuchado bien? ¿Va a pasar por segunda vez por tu cama?

—Por tercera. Ayer por la tarde también estuvimos juntos.

—¡Qué perra! ¿Y no me has dicho nada? Bueno, eso tiene fácil solución. Te llevo a casa y me cuentas por el camino.

—¡Ay, no, amiga! Ni loca me subo yo a un coche contigo ni con ninguno de vosotros. Estáis borrachos a más no poder. Cojo un taxi que va a ser más seguro.

—Está bien, pero yo te acompaño a la parada.

—Eso sí te lo permito.

Se pone el abrigo y salimos de bar. Rafa está fumando en la puerta, puedo oler su mezcla de olor a colonia, tabaco y alcohol. Espero que no le dé por intentar nada de nuevo.

—¿Adónde van mis dos chicas favoritas? —Se cuela entre las dos y nos abraza por el cuello.

—Yo a casa y ella me acompaña a la parada de taxi.

—¿Ya se nos va la jefa, Pili? ¿Ya podemos desmadrarnos?

—¿Perdona? ¿Más de lo que ya estáis? Solo os falta follar en comuna.

—Pues no es mala idea —suelta la prudente de Pili.

—Pili, me dejas perplejo. ¿Eso ha salido de tu boca?

—Pues, oye, os podríais plantear vosotros dos resolver esa tensión sexual que tenéis desde hace años.

—¿Nosotros? —lo dicen indignados al unísono, pero saben que acabo de decir una verdad como un templo.

Rafa siempre me ha mirado como algo más que a una amiga, pero también sé que Pili le atrae desde que éramos adolescentes. Lo mismo la borrachera de esta noche les sirve para dar un paso más y se da cuenta de que lo que siente por mí no es amor.

Me subo al taxi y los dejo con la palabra en la boca. No tardamos más de diez minutos en llegar. Entro en casa y pongo la calefacción para que se vaya calentando.

Cuando vuelvo de dar un paseo a Jacky, ceno, me pongo lo que me he comprado, que en un rato estará para tirar, y me siento en el sofá a escuchar un audiolibro.

Espero que Fernando no tarde mucho en llegar porque el alcohol está haciendo que me entre un poco de sueño. Parece que me haya escuchado, el telefonillo está sonando. Es él. Pulso el botón que le dará acceso y me voy directa a la puerta.

Llama al timbre y abro sin preguntar porque puedo sentir su olor.

—¿Cuánto vas a tardar en romperme la ropa?

—¡Qué cachondo me pones!

Cierro la puerta y me dispongo a disfrutar de una más que magnífica noche de sexo.

9

Me despierto sobresaltado por unos gritos que no sé de dónde vienen. Abro los ojos y me siento desubicado. Esta no es mi habitación, no sé qué hora es. Me giro en la cama y Helena está a mi lado sudando y muy alterada. Está sufriendo una pesadilla. No sé qué hacer, cómo actuar, si despertarla o no.

Con mucho cuidado la abrazo intentando calmarla, pero no para de murmurar hasta que al fin abre los ojos y se abraza a mí.

—Helena, tranquila, ha sido una pesadilla. Estoy aquí contigo.

—Lo siento.

Llora sin consuelo y eso hace que se forme un nudo en mi garganta. No sé con qué demonios estaba soñando, pero ha tenido que ser terrible para que esté en tal estado de nervios.

—¿Quieres que te traiga agua, una pastilla...?

—Agua, por favor.

Corro a lo que imagino que será la cocina y lleno un vaso con un poco de agua de la botella que veo en la encimera. Vuelvo a la habitación intentando que no se derrame y la encuentro sentada en la cama abrazada a sus rodillas, balanceándose como si estuviera en una mecedora.

—Toma, aquí tienes. —Le tomo una de sus temblorosas manos, le pongo el vaso y la ayudo a beber.

—Gracias. No debiste quedarte a dormir, te hubieras ahorrado este mal rato.

—No seas tonta. —Le quito el vaso de las manos y lo dejo en la mesita de noche—. Ven aquí. —La abrazo, le acaricio la espalda y hago que se tumbe dejando caer su cabeza sobre mi pecho.

—Ya estoy bien, solo ha sido un mal sueño. Si quieres irte...

—¿Irme? No tenía intención, pero si es lo que quieres...

—No te estoy echando. Solo digo que entendería que te quisieras ir.

—¿Y perderme un polvo mañanero? —La hago reír consiguiendo tranquilizarme yo también—. Ni loco me pierdo yo eso.

—¡Qué tonto eres! —Me da un beso a la altura del corazón que me hace sentir que ha traspasado la piel—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por quedarte y no salir huyendo.

—Duérmete, ya me lo compensarás.

—¿Cómo quieres que te lo compense? —Se incorpora y deja sus labios a escasos milímetros de los míos. Tomo su mano y la llevo hasta mi verga que ya está dando saltos de alegría, aunque sé que no es momento de jugar.

—Sabes muy bien cómo, pero ahora tienes que descansar. Ya habrá tiempo cuando despiertes.

—Tu polla no opina lo mismo.

—Duérmete. Te lo ordena un médico.

—Está bien, doctor Ramos.

Deposita un suave beso en mis labios y se vuelve a tumbar. Me da la espalda, la abrazo y no tarda más de un par de minutos en volver a quedarse dormida.

A pesar del grado de excitación que tengo en este momento, sentir el calor que emana su cuerpo consigue que el sueño me empiece a vencer.



Huele a café. Abro los ojos y Helena no está a mi lado. Me levanto, voy al baño pensando en lo bien que me vendría ahora tener un cepillo de dientes a mano y sonrío al ver reflejado en el espejo que estoy por la casa como mi madre me trajo al mundo.

Voy a la cocina y la veo cuchillo en mano untando mantequilla en una rebanada de pan de molde. Me acerco a ella que ya está sonriendo, sabe que estoy aquí.

—Buenos días, dormilón.

Le doy un buche al café que hay sobre la encimera y está perfecto, justo como a mí me gusta. Lo dejo en su sitio, le quito la tostada y el cuchillo de las manos, la cojo en brazos haciendo que enrosque sus piernas en mis caderas y la beso mientras hago que sienta mi erección.

—Buenos días.

—Veo que te ha sentado bien dormir.

—Si no fuera porque he quedado con mis padres en un par de horas para comer, me pasaría el día aquí contigo, haciéndote disfrutar.

—Fóllame.

—No. Fóllame tú a mí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Tú lo has querido.

Me encanta que piense que le doy el mando. Lo que ella no sabe es que en el último momento acabaré dándole la vuelta a la tortilla, que me pedirá por favor que sea yo quien esté encima de ella.

La llevo enganchada hasta la habitación, la dejo en el suelo y me tumbo en la cama con las manos debajo de la nuca.

Se quita las braguitas y la camiseta que viste y se dirige a la mesita de noche. Saca unas esposas y me sorprende. Se ha tomado al pie de la letra que va a llevar las riendas y yo me dejo, ya suplicaré.

Me esposa a los barrotes del cabecero y me tapa los ojos con un pañuelo.

—Quiero que sientas el sexo como yo lo siento. —Quisiera contestarle, pero me ha dejado sin palabras. Sí, la voy a dejar hacer, voy a permitirle que me enseñe esta parte de su mundo—. ¿Estás dispuesto a dejarme hacer lo que quiera contigo?

—Por supuesto que sí.

—¡Vas a flipar!

La escucho trastear en la mesita de noche e imagino que estará cogiendo un condón. Me relajo y me dispongo a disfrutar de todo el placer que me quiera dar.

Siento su lengua recorrer mi falo de abajo arriba, juega con el glande como hizo el jueves en la ducha. Eso siempre me vuelve loco y me da que lo sabe. Con una de sus manos masajea mis testículos mientras su boca se apodera de mi erección.

Sus babas y mis gotas de líquido preseminal ruedan y estoy seguro de que vamos a poner la cama perdida, pero eso ahora es lo que menos me importa, ya tendré tiempo luego de cambiar las sábanas.

Un dedo se escapa y va a parar a un sitio que no debe. No puedo evitar contraer los músculos ante una posible invasión.

—Relájate y disfruta. —Sus palabras acompañadas de suave cachete en el culo hacen que gruña—. Me dijiste que podía hacer lo que quisiera para darte placer.

Maldigo el momento en que le cedí el control. Tiene razón, tengo que dejarle hacer lo que quiera conmigo, aunque sé que haga lo que haga me dará el placer que espero de ella.

Escucho cómo destapa un bote y sale un chorro de él. Siento el frío del lubricante en la entrada de mi ano e intento quejarme, pero se introduce en la boca mi polla, de esa forma brutal que hace que toque con ella su campanilla,

y lo único que puedo hacer es gemir.

Un dedo entra en mi ano sin encontrar resistencia y creo que estoy a punto de correrme. Estoy a cien desde que despertó con la pesadilla en la madrugada, a este paso no voy a durar un suspiro.

Otro dedo se une al primero y comienza a abrir y cerrar ambos. Está tocando mi punto G y es más de lo que puedo soportar, o al menos eso creo.

—¿Estás disfrutando?

—¡Joder, Helena! No voy a tardar nada en correrme.

—Pues todavía queda lo mejor.

Sus dedos abandonan mi ano y siento algo que es más duro, pero llegados a este punto ya me da totalmente igual lo que haga conmigo. Me acaba de meter un vibrador y ha pulsado un botón que hace que se mueva como un condenado demonio.

Lo mete y lo saca a la vez que su boca le da placer a mi polla. No puedo más, voy a estallar.

—Me corro, Helena.

Y lo hago como nunca lo hecho, y lo disfruto como nunca lo he disfrutado, y siento que abandono mi cuerpo entrando en un estado de éxtasis difícil de describir.

Saca el vibrador, me quita el pañuelo de los ojos y abre las esposas. Sé que podría haber parado lo que acabamos de hacer, son esposas sin llave, pero no he querido hacerlo. Es la primera vez que he necesitado ser dominado por una mujer.

Se tumba de lado en la cama. La miro de reojo y se me encoge el corazón al ver su mirada sin vida. Recobro el aliento y me giro para tenerla cara a cara. Es preciosa, fuerte, independiente, una luchadora y en la cama es más de lo que nunca había encontrado en nadie. Tiene todo lo que me gusta en una mujer y empiezo a ser consciente de que no va a llegar ese día en que me canse de ella. Aparto estos estúpidos pensamientos de mi cabeza y sigo disfrutando de las vistas.

—¿Estás bien?

—Estupendamente. Ha sido...

—¿Lo habías hecho antes?

—No, y ha sido increíble.

—Si me lo hubieras dicho, yo no...

—¿Me has visto quejarme?

—No, pero... a todos los hombres no les gusta que les hagan eso.

—A mí me gusta el sexo, no me importa en la forma mientras disfrute. Y, créeme, contigo disfruto como con nadie. Eres muy buena en la cama.

—Gracias. Quería que fuera algo especial por... Bueno, por la mala noche que te he hecho pasar.

—¿Qué soñaste?

—No quiero hablar de eso.

—No es la primera vez, ¿verdad?

—Fernando...

—No voy a obligarte a que me lo cuentes, pero deberías hablarlo con alguien. Imagino que sé de dónde viene y...

—No se van. Desde que desperté del coma hace cuatro años me persiguen. Al principio eran a diario, después fueron disminuyendo, pero desde el hace unos días han vuelto y son peores que nunca.

—¿Me la quieres contar?

—No... No tiene mucho que contar. El accidente se repite una y otra vez. Escucho cómo dicen que no han podido hacer nada por mi padre, no puedo ver, todo está oscuro...

—Necesitas ayuda, Helena. Esto no va a parar sin más.

—Pasará. Estas fechas suelen ser complicadas.

—No sé por qué creo que me ocultas algo.

—No te oculto nada, y quiero que dejemos de hablar de esto. Mi estómago pide a gritos el desayuno que me has quitado de las manos.

—Está bien, pero tenemos una conversación pendiente.

La beso, nos calentamos y me cuelo entre sus piernas. Gime al sentir mi falo rozar su sexo. Por primera vez desde Nuria, una mujer consigue que quiera entregarme sin barreras, pero sé que no está bien, que, si traspaso esa línea, las cosas se complicarán y no estoy dispuesto a ello. Es un paso demasiado decisivo y no sé si debemos darlo.

Me retiro con la intención de parar, pero no me lo permite. Enrosca las piernas alrededor de mis caderas y sé que lo desea tanto como yo.

—No podemos, Helena.

—Quiero hacerlo.

—Pero...

—Tomo anticonceptivos.

—Lo sé, Helena, he tenido tu expediente en mis manos, sé qué medicación

tomas... Pero no puedo hacerlo.

Baja las piernas y sé que no le ha sentado bien lo que acaba de pasar. Me retiro con la intención de bajarme de la cama cuando la veo estirar el brazo hasta la mesita de noche. Saca un condón, lo abre, me lo coloca y sonrío. No, no le ha sentado mal.

—Veo que en el fondo eres un romántico. Cuando te decidas, te vas a arrepentir de no haberlo hecho antes.

No digo nada, simplemente la embisto y la beso. No quiero escuchar nada más porque sé que cederé, porque lo cierto es que me muero por sentirla sin barreras. Ella no da el mismo sentido que yo a los límites, pero los míos están muy claros. Me cuesta centrarme en lo que estoy haciendo, aunque vuelvo en mí cuando la escucho decir que necesita más.

Se lo doy, esto es algo que sí le puedo dar. La llevo con rapidez al orgasmo, yo también lo alcanzo, aunque esta vez tiene un sabor agrisado que no entiendo. No sé si es por lo que ha estado a punto de suceder o porque me ha decepcionado saber que para ella es algo que no tiene importancia. Quizás ella tiene más claro que yo que lo que hay entre nosotros solo es sexo, porque yo empiezo a tener mis dudas.

Necesito irme, salir corriendo, echar fuera de mí estas dudas, estos miedos que empiezo a sentir. En mis planes no está sentir algo más que...

—Voy a preparar el desayuno.

—Yo voy a darme una ducha.

—Si quieres, te acompaño.

—Necesito hacerlo solo.

—Está bien. Te espero en el salón.

Me meto en el baño, abro el grifo. Apoyo las manos en los azulejos, agacho la cabeza y dejo que el agua caiga sobre mi nuca.

«¿¡Qué demonios me está pasando!?!», me digo a mí mismo. Me niego a pensar que despierta en mí sentimientos que van más allá de un buen polvo.

—Sí, claro, eso es. Simplemente me tiene impresionado lo increíblemente buena que es en la cama. Nunca me he topado con una mujer así —digo en voz alta para creerme lo que estoy diciendo.

Salgo de la ducha con una sonrisa pintada en la cara y voy a buscarla a la cocina. Está poniéndole comida y agua a Jacky en sus cuencos y está vestida. Tiene la nariz colorada, ha sacado a dar un paseo al perro y me da que en la calle hace un frío de cojones.

La abrazo cuando se levanta y la beso de esa forma animal que tanto le gusta. Todo está en orden, todo está bien, todo va a continuar como hasta ahora.

—Mmm. Desnudo, mojado, oliendo a mí y bien dispuesto. ¿Te queda energía para hacerme entrar en calor?

—No sé cuándo te volveré a ver, claro que me quedan energías.

—Esta noche.

—¿Esta noche? No quiero pasar otra guardia como la del lunes.

—Prometo ser buena, te dejaré dormir.

—O no. Pasaría mil guardias como aquella por pasar la noche contigo.

Le beso el cuello, empiezo a desnudarla y decido no pensar en otra cosa que darle a la mujer que tengo delante el mismo placer que recibo a cambio.

10

Hace un par de horas que Fernando se ha ido y el mismo tiempo que llevo sentada en el sofá escuchando música. Todavía no logro entender cómo he sido capaz de proponerle follar sin condón, cómo me he dejado llevar por el momento. Me da miedo de que se me esté escapando de las manos esta situación. Entre otras cosas porque sentí que me daban una patada en el corazón cuando él se negó.

Al menos él tiene claro qué es lo que debe haber entre nosotros...

—Y yo también, ¡qué demonios!

Me levanto del sofá enfadada conmigo misma. No entiendo por qué me planteo tonterías como esta. Si no me apetece usar preservativo es porque el sexo con Fernando es muy intenso, y frenar para enfundársela es un cortapunto. Pero, bueno, tendré que respetar que él no quiera hacerlo.

Preparo a Jacky y nos bajamos a dar un paseo. Es hora de comer y yo no tengo ganas de calentar la comida que mi madre me ha traído antes de irse a comer con los compañeros de trabajo. Puri está en casa de sus suegros, así que tampoco me puedo ir a comer con ella. Pues nada, me voy al bar y cuando vuelva a casa meteré las lentejas en el congelador.

Me siento en la terraza y, mientras espero a que me traigan la comida, suena mi teléfono. Descuelgo y sonrío al saber quién me llama.

—Muy buenas, preciosa.

—¡Cuánto tiempo, Steven! ¿Qué tripa se te ha roto para que tenga el honor de escuchar tu voz?

—A mí ninguna, pero... Te necesito, Helena. Hay algo que nos falla y no sabemos qué es.

—¿Motor?

—Sí.

—¿Me lo traéis a España?

—Estaremos de entrenamientos en Valencia la semana que viene.

—¿Qué días? Te recuerdo que es Navidad y es más complicado cuadrar fechas.

—De jueves a domingo.

—Vale. Cuenta conmigo. Eso sí, me debes una cena.

—¿Una cena? Si me solucionas el problema, te deberé la vida.

—Con una cena y unas entradas, me conformo.

—Lo de las entradas sabes que no es problema. Esta es tu casa y siempre lo será.

—Lo sé... Sobre todo, porque os sigo sacando las castañas del fuego.

—No seas mala. Sabes que te queremos y que no queríamos que nos dejaras.

—Ese ya no era mi lugar, Steven.

—Bueno, ya me dirás cuándo llegas para ir a recogerte.

—No es necesario. Elisabet está de vacaciones y creo que se apuntará a venir conmigo. Ya sabes que es tan flipada como yo con estas cosas.

—¿Mi chica Audi va a venir?

—Sí, petardo.

—¿Sigue soltera?

—A vosotros no hay quien os entienda. Sí, sigue soltera.

—Bien, porque yo también.

—Steven, siempre va a ser así. Ni tú vas a tener una relación con nadie ni ella tampoco. Estáis locos el uno por el otro, aunque no lo queráis reconocer.

—Bueno, te dejo que tengo muchas cosas que hacer.

—Eso, en cuanto no te gusta la conversación, lo rápido que desapareces.

—No es eso y lo sabes. Ella no...

—Steven, me acabas de decir que estás soltero. Eso quiere decir que ya tienes el divorcio y que lo que os separaba ha desaparecido. La cuestión ahora es si tú estás dispuesto a embarcarte de nuevo en una relación y si ella no se ha cansado de esperarte, y ya no te ve como algo más.

—No quiero pensar en eso ahora. Tú tráemela y ya veremos qué pasa.

—¡Eres tremendo!

Nos despedimos entre risas y quedamos en vernos el jueves por la noche. Pensaba ir el viernes, pero así estaré lista a primera hora para poder trabajar tranquila.

Le he dicho que no era necesario que me pagara el viaje, pero es imposible discutir con él. Así que, lo he dado por imposible y hemos quedado en que nos manda los billetes de tren. Él nos esperará cuando lleguemos a Valencia, nos llevará al hotel y pondrá un coche a nuestra disposición.

Miles de recuerdos de tiempos pasados acuden a mí cada vez que hablo con uno de ellos. Momentos de una vida pasada, de la vida que me hacía feliz — que no quiere decir que no lo sea ahora, pero es diferente—, del trabajo que era mi pasión, de cómo todo se fue al traste el día del accidente. Sí, podría haber seguido trabajando con ellos, pero no sería en lo que más me gusta.

Estaría haciendo lo mismo que hago aquí y tendría lejos a los míos.

Dani llega con la comida y la bebida. Me lleva las manos al plato para que sitúe donde está y me desea que tenga buen provecho. Nos conocemos de toda la vida y conoce perfectamente los procedimientos cuando vengo a comer. La carne ya está troceada y colocada en la misma posición de siempre.

Escucho una voz que me hace recordar a Fernando, conozco ese acento.

—Pues ahora mismo no hay ninguna mesa libre, tendrían que esperar un poco.

—Está bien. Mi mujer y mi hijo están aparcando.

—Dani, no me importa compartir mesa... Si a usted no le importa.

—A mí no, y creo que ellos tampoco.

—Pues listo, tome asiento.

—Ahora mismo les pongo el servicio. —El hombre se sienta a mi lado y acaricia a Jacky.

—Mi nombre es Helena.

—Encantado. Yo soy Gabriel. Muchas gracias por dejar que nos sentemos con usted. Es la primera vez que vengo a Jerez y tienen razón al decir que son muy hospitalarios.

—No es nada, así no como sola. Por su acento, deduzco que es asturiano. ¿Me equivoco?

—No se equivoca...

—Papá, ¿qué haces sentado con Helena?

La voz de Fernando me toma por sorpresa. ¿Cómo no me dio por imaginar que podría ser su padre? Era demasiada casualidad que un asturiano viniera a comer a este bar. Debe haber sido cosa de su madre.

—¿Os conocéis?

—Sí, ella es la hija pequeña de Isabel.

—¿La nueva amiga de tu madre?

—La misma, Gabriel. No sabía que era tu padre, no quedaban mesas libres y a mí no me importa compartirla.

—Por mí no hay problema, por mi madre tampoco y a la vista está que por mi padre mucho menos.

—¿Y tu madre? —le pregunto extrañada al ver que no ha hablado.

—Hablando con la tuya por teléfono.

Fernando se sienta a mi otro lado dejando el sitio que tengo frente a mí a su madre. No esperaba verlo hasta por la noche, pero no voy a negar que no me

importa nada que me haga compañía mientras como.

Marina se une a la mesa y pasamos una comida bastante entretenida. Como era de esperar, mamá los ha obligado a pasar la Nochebuena con nosotros. Hablamos de todo un poco y Gabriel me cuenta que es compositor de letras para varios artistas, su trabajo es muy inestable, pero gana bastante dinero con cada una de sus letras. Les hablo sobre mi trabajo en el taller, que no sobre mi anterior vida. Es algo sobre lo que todavía me duele hablar y con lo que suelo echarme a llorar.

Terminamos el café y los padres de Fernando se levantan con la intención de ir a pagar la cuenta. Eso nos deja una corta fracción de tiempo a solas, aunque no mucha. Dani sabe que quien se sienta a comer en mi mesa, no paga.

—Voy a llevarlos a Chiclana, paso por casa a darme una ducha, y coger algo de ropa, y vuelvo.

—No.

—¿No?

—Solo a coger ropa. La ducha te la das conmigo.

—Me gusta ese plan.

—Podemos aprovechar lo que resta de tarde jugando y así podrás descansar por la noche.

—¿Y si no quiero descansar por la noche?

—Mañana te espera un día muy largo y la noche será terrible.

—En eso tienes razón... Me va a dar mucho coraje no poder felicitarte la Navidad como Dios manda...

—Bueno, tortolitos, siento interrumpiros, pero es hora de que nos lleves a tu madre y a mí a Chiclana.

—¿Tortolitos? —dice Fernando. A mí se me ha cambiado la cara.

—A ver, hijo, yo no sé si tu madre se habrá dado cuenta, pero yo lo he visto claro desde la primera palabra que cruzasteis.

—No digas tonterías, papá. Helena es la hija de la amiga de mamá y es mi paciente.

—No será la primera vez que sales con una de tus...

La frase se queda en el aire y yo quisiera tener un boquete en el que esconderme ahora mismo. Me recompongo lo mejor que puedo para que no noten que me ha afectado lo que acaba de decir, pero lo cierto es que se me ha formado un nudo en la garganta que casi no me deja respirar.

—Papá, eres un poquito imprudente. Y si fuera verdad que entre nosotros

hubiera algo, acabarías de buscarme una buena bronca.

—No, Gabriel. Entre su hijo y yo no hay nada y no creo que nunca lo haya. Solo somos médico y paciente —consigo decir sin que me tiemble la voz por las ganas que tengo de llorar—. Y su hijo tiene razón, si hubiera algo entre nosotros, ahora mismo tendría un grave problema.

—Lo siento, lo he dicho sin pensar, últimamente no ando muy centrado. Helena, ha sido un placer conocerte y por lo que sé mañana nos vemos.

—¿Nos vamos? —Marina llega hasta nosotros después de haber entrado en el servicio—. Helena, muchas gracias por la invitación. Te debemos una.

Nos levantamos todos y emprendemos el camino. Marina se adelanta con Gabriel y Fernando se queda a mi altura. Solo tengo ganas de estrangularlo, pero no puedo hacer nada.

—Nos vemos en un rato —me dice demasiado cerca de mí.

—Ni se te ocurra venir a mi casa. Lo que había entre nosotros ha llegado a su fin.

—Helena...

Me adelanto para despedirme de sus padres dejándolo con la palabra en la boca y emprendo mi camino a casa. Ahora mismo solo tengo ganas de gritar y golpear el saco de boxeo para sacar la rabia que estoy sintiendo.

Entro en mi piso, le quito el arnés a Jacky, me desvisto y entro en la habitación de los recuerdos, donde tengo todos esos trofeos y diplomas que ya no puedo ver, que ya no significan nada. Cojo los guantes de boxeo, me los pongo y empiezo a dar golpes al saco. No quiero pensar, no quiero sentir lo que estoy sintiendo, porque eso solo significa que Fernando se ha convertido en algo más que sexo. Y no me lo puedo permitir.

Escucho el teléfono sonar en la lejanía, no sé qué hora es, pero me da igual, no pienso hacerle caso, estoy segura de que es él.

Sigo dando puñetazos con rabia hasta que las fuerzas empiezan a fallarme. Me quito los guantes y hago algo que no se debe hacer: golpear sin ellos.

No sé cuántas veces he aporreado el saco hasta que suena el timbre de mi casa. Si no han llamado al telefonillo, significa que serán mi madre o mi hermana. Si no abro, abrirán ellas.

Me pongo una bata para ocultar mi desnudez y abro sin preguntar. Entonces su olor me llega e intento cerrarla, pero no me deja. Fernando entra y cierra tras él. Se acerca a mí haciendo que retroceda.

—Helena, por favor, escúchame.

—Creo que antes he sido bastante clara.

—Y yo creo que merezco que me escuches, me dejaste con la palabra en la boca.

—Ya estaba todo dicho. Los dos sabíamos que esto tarde o temprano pasaría. Es más, esto debería haber pasado cuando el lunes por la mañana saliste por la puerta de mi casa.

—Pero ninguno de los dos lo quisimos.

—Ya te puedes ir a buscar a otra paciente con la que pasar el rato.

—¡Quién le mandaría a mi padre a decir eso! Además, ¿no eres tú la que dijo que entre nosotros solo había sexo? ¿Qué te importa con quién me haya acostado antes de ti?

—Ese es el problema. No debería importarme, pero...

—Te ha dolido, ¿verdad? —asiento porque soy incapaz de articular palabra —. A mí también.

—¿A ti? ¿Por qué debería dolerte a ti?

—¡Joder, Helena! Me ha dolido porque sé que te han hecho daño.

—¿Eso es todo? Pues tranquilo, podré recuperarme. Ahora, vete, por favor.

—No. Ni me pienso ir ni eso es todo.

—¿Qué más hay?

—También me ha dolido porque...

—Dilo ya y vete.

—Porque me haces sentir cosas que no sé por qué siento.

—Ahora sí que te tienes que ir.

No puedo seguir escuchando sus palabras. He sido una estúpida al permitir que nos siguiéramos viendo. Fernando no se puede colgar de mí porque yo nunca le daré lo que necesita. Me niego a volver a pasar por lo mismo, me niego a enamorarme, me niego a volver a sentir el dolor del abandono cuando se cansa de una mujer incompleta, que jamás volverá a ver las cosas y los momentos importantes. Una mujer que tuvo que abandonar todo lo que le importaba y que nunca lo volverá a tener.

Con lágrimas en los ojos me dirijo a la puerta, pero él se interpone en mi camino. Agacho la cabeza e intento zafarme de sus manos. No lo consigo y tampoco me resisto a que me levante la cara tomando mi barbilla entre sus dedos y me bese.

Esto no va a traer nada bueno, pero soy incapaz de rechazar esos labios que tanto deseo.

11

Me niego a irme sin que me escuche, sin que le explique cómo pasaron las cosas, aunque no hay mucho que explicar. Es cierto que tuve un lío con una paciente, pero ha sido la única y fue algo más que eso.

Está respondiendo a mi beso y eso me da un halo de esperanza. En cualquier otra situación, habría aceptado que hubiera terminado y ya estaría buscando a otra, sin embargo, creí que me desmayaría cuando pronunció aquellas palabras camino del coche.

No puedo seguir negándome que Helena es algo más que sexo, que se me acelera el pulso cada vez que recibo uno de sus deslenguados mensajes, cuando sé que voy a verla, al recordar nuestros momentos en la cama, su sonrisa, su sarcasmo...

Tampoco voy a negar que me da miedo, pero no puedo evitar volver una y otra vez a esta mujer que me vuelve loco.

Me separo de ella, le acaricio la cara y no sé qué palabras decir. Ella tampoco. Simplemente me vuelve a besar y me pierdo en sus labios.

La tomo de la mano para irnos al único sitio donde nos rendimos el uno al otro, pero al rozarla se queja. La miro y veo que tiene los nudillos rojos. Eso solo puede significar que ha estado golpeando a alguien o algo, porque tiene las dos manos igual.

—¿Me despisto un rato y te metes en una pelea?

—No. He estado liberando estrés y se me ha ido de las manos.

—¿Tienes hielo en el congelador?

—Hay bolsas de guisantes, suelo darme muchos golpes.

La dejo sentada en el sofá y me dirijo a la cocina. En uno de los cajones del congelador veo varias bolsas y cojo una. Vuelvo al salón y la veo con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre sus manos.

Me siento a su lado y se gira para quedar frente a mí. Le pongo la bolsa de hielo y nos sumimos en un incómodo silencio. Creo que es el momento de que le cuente mi historia con Nuria.

—Se llama Nuria y es una de mis mejores amigas...

—Fernando, no quiero...

—Escúchame, por favor.

—No vas a desistir hasta que lo haga, ¿verdad?

—No, no voy a desistir.

—Adelante.

—El día que la conocí estaba ingresada en el hospital. Había sufrido un accidente de tráfico. —Noto cómo estas últimas palabras la ponen nerviosa.

—Ella también...

—No, solo había tenido un derrame por el impacto del airbag y no tardó mucho en volver a ver. La cuestión es que llamó mucho mi atención. Tenía la cara amoratada, hinchada, pero aun así era preciosa. Su sonrisa y su jovialidad me cautivaron desde ese primer día. Más o menos como me pasó contigo cuando nos chocamos el domingo. Fue la primera y única vez que le tiré la caña a una paciente.

—¿Única? Creo que ya van dos.

—No. A ti te la tiré antes de saber que serías mi paciente.

—En eso tienes razón.

—Helena, no voy ligando con toda mujer que entra en mi consulta. Nuria fue un caso especial. Los dos sabíamos que lo nuestro tenía una fecha de caducidad muy corta, que solo sería una relación pasajera. Poco tiempo después de conocerla yo me embarcaría en una aventura única que me muero por repetir algún día.

—¿Cómo?

—Me fui dos años a África con Médicos Sin Fronteras y he vuelto hace un par de meses.

—Es cierto, algo me había comentado mi madre.

—A lo que iba. Ella acababa de tener un momento complicado en su relación con el hombre que a día de hoy es su marido. Es más, el día que me fui de aquí, volvieron a retomar la relación y hoy son padres de tres preciosas niñas. En esos dos años solo vine una vez a España y fue para su boda... No te voy a negar que se me fue de las manos, que me hizo sentir muchas cosas, que hasta llegué a pensar que estaba enamorado de ella, pero no fue así. Simplemente, pasamos un tiempo maravilloso juntos en el que nos quisimos, pero no era amor. Por eso no me da miedo sentir cosas por ti —miento como un bellaco porque la verdad es que lo que Helena me hace sentir es muy diferente a lo que sentía con Nuria.

—Pero a mí sí me da miedo. No quiero enamorarme de nadie ni que se enamoren de mí. El amor solo ha traído dolor a mi vida y a la de mi familia...

Su teléfono suena cortando la conversación. Lo coge y me pide que le

reproduzca el audio que acaba de recibir. Es de Elísabet.

—Está bien, loqui. Desde las tres de la tarde estoy de vacaciones hasta después de reyes. Dile a Steven que me mande los billetes y nos organizamos para ir hasta Sevilla a coger el AVE.

Coge el teléfono de mis manos y me alucina ver el control que tiene de la pantalla. No necesita teclas para saber dónde está el punto exacto de la grabación de audios.

—De acuerdo, toto. Le digo a Steven que te los pase por correo.

Suelta el teléfono y en mi cabeza se empiezan a formular preguntas que no me atrevo a hacer, pero me lee el pensamiento.

—El jueves voy a Valencia con Elísabet. Mis antiguos compañeros necesitan que les eche un cable con el motor de uno de los coches de la escudería.

—¿Escudería?

—Ven conmigo. Quiero que conozcas mi pasado.

Se levanta del sofá, me toma de la mano y me lleva hasta una habitación que siempre tiene la puerta cerrada. La abre con una llave que saca del bolsillo de la bata y cuando entro me quedo con la boca abierta.

Trofeos, diplomas, miniaturas de coches, cascos, un saco de boxeo, un mono de piloto de Fórmula 1...

—¡Joder!

—Antes del accidente... —Traga saliva y toma aire antes de continuar—. Antes del accidente, era piloto de pruebas de la escudería London Motor.

Veo las lágrimas rodar por su cara sin control. Me acerco a ella y la abrazo. Tuvo que ser un golpe muy duro dejar atrás todo esto por culpa del accidente que le robo la vista.

Siento impotencia y rabia al saber que sus sueños se truncaron, que nunca volverá a hacer algo que la apasiona, que era su vida. Lloro sin consuelo y me duele no estar viendo ahora a la mujer con energía de estos días atrás.

La cargo en brazos y se abraza a mi cuello. No quiero seguir aquí, no quiero que siga sufriendo por los recuerdos del ayer que nunca volverán.

Volvemos al salón y me siento en el sofá con ella sobre mi regazo. La acuno, la acaricio y le intento dar un consuelo que no sé si estará recibiendo.

Por primera vez, desde que nos conocimos hace unos días, no quiero jugar, solo quiero estar a su lado, que sienta que estoy con ella, que para mí esto se ha convertido en algo más que un juego. Sí, tengo un miedo terrible a sentir todo esto, pero también tengo claro que estaría dispuesto a arriesgarme.

Se levanta de mi regazo, se limpia las lágrimas y vuelvo a ver a la mujer decidida y un poco fría que es fuera de la cama.

—Creo que ahora sí deberías irte. Es lo mejor...

—No me voy a ir.

—Fernando, no lo compliques más. Sabes que esto se nos está yendo de las manos y no quiero que nos hagamos daño.

—Estoy dispuesto a asumir ese riesgo.

—Pero yo no, otra vez no.

—Helena, yo no sé qué demonios es lo que te pasó ni cuánto daño te hicieron, pero sabes tan bien como yo que no podemos parar lo que nos está pasando.

—Pues hay que pararlo antes de que sea más tarde.

—Es que no quiero pararlo.

Y no dejo que siga hablando. Me lanzo a besar sus labios, pero la única respuesta por su parte es apartarme y una bofetada.

—¡Te odio!

Me empuja haciendo que caiga sentado en el sofá, se sube a horcajadas sobre mí y me besa con una pasión desmedida que me deja sin respiración. Separa su boca de la mía para coger el aire que a ella también le falta y le pregunto:

—¿Por qué me odias?

—Porque soy incapaz de apartarte de mi lado.

Me levanto del sofá con ella en brazos y me dirijo a su dormitorio entre besos, pero se separa de mí intentando decirme algo.

—Tengo que ducharme.

—Ni que llevaras una semana sin hacerlo. —La tumbo sobre la cama y le hago cosquillas mientras deshago el nudo de la bata—. ¿Estabas dando puñetazos en bolas? —asiente entre risas—. Eso yo tengo que verlo.

La beso y aprieto mi polla, todavía cubierta por los pantalones, contra ella. Un gemido brota de su garganta y abandono sus labios con el único propósito de llevarla al orgasmo con mi lengua, pero antes me bajo de la cama para quitarme la ropa.

Una sonrisa pícaro se dibuja en su cara y un dedo juguetón comienza a jugar con su clítoris. Lo que iba a hacerle puede esperar, me excita muchísimo más ver cómo se da placer, cómo lo disfruta ante mi atenta mirada.

Vuelvo a subirme a la cama, a colocarme entre sus piernas y para el juego.

—No pares, quiero ver cómo te corres.

—Dame algo que vibre del segundo cajón de la mesita de noche, que tengo los dedos como para darles mucha fiesta.

—Tienes razón. No te preocupes que ya me encargo yo.

—De eso ni hablar. Ahora te esperas.

Sonríó ante su respuesta y hago lo que me pide. Abro el cajón y alucino con la cantidad de cosas que encuentro dentro. Saco una mariposa con mando a distancia por cable y se la doy.

—Tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien con ese cajón.

Se coloca la mariposa, aprieta el botón y va cambiando la intensidad. Me pone tan cachondo verla que creo que me voy a correr antes de entrar en ella, así que va a ser mejor que deje de masturbarme. Con este espectáculo no lo necesito.

Cada vez gime más alto, encoge más las piernas y arquea la espalda. Está a punto de explotar y yo me muero de ganas por ver ese momento.

No tarda en llegar y cuando lo hace, deja el mando sobre la cama, le quito la mariposa, la beso y la penetro sin encontrar resistencia. Su cálida y húmeda vagina hacen que me dé cuenta de que no me he puesto el condón, pero después de todo lo hablado hace un rato, me da igual. Necesito sentirla y que me sienta.

No pienso permitir que nuestros miedos sean la barrera que nos impida seguir adelante. No sé adónde nos llevará todo esto, no sé si será la definitiva, no sé si sufriré más o menos... Lo único que sé es que quiero que pase lo que tenga que pasar.

—Fernando, no te has...

—Shhh.

Uno mis labios con los suyos para que no siga hablando. No quiero escuchar nada que no sean los gemidos que provocan el placer que nos estamos dando, la entrega que estamos viviendo.

Nos fundimos en un lento y placentero baile. Ahora mismo no somos los dos leones buscando devorar a su presa, solo somos dos personas compartiendo un momento íntimo de placer y entrega.

Quedo suspendido sobre ella con una sola mano mientras los dedos de la otra juegan con su clítoris. Sé que no voy a durar mucho y quiero que ella se corra conmigo, que disfrutemos este orgasmo juntos.

—Fernando, me estás matando de placer. No puedo aguantar más, me corro.

Sus palabras hacen que mi dedo y mi polla aumenten el ritmo. Se corre y no aguanto más el orgasmo que puja por salir. Me derramo dentro de ella y siento una sensación de felicidad y calma que nunca antes había sentido en ningún aspecto de mi vida.

Salgo de ella, me tumbo a su lado, la abrazo mientras nos bajamos de la nube en la que estamos y me doy cuenta de que me estoy enamorando de ella.

12

Son algo más de la seis y media de la mañana y el despertador hace cinco minutos que ha sonado. Fernando se ha ido a la ducha y estoy de camino para acompañarlo. Muchos pensamientos se agolpan en mi cabeza y sentimientos que no quiero en mi corazón.

Después de la pelea y de follar de esa manera tan especial que lo hicimos, pedimos una pizza, cenamos y, contra todo pronóstico, nos fuimos a dormir.

Esta noche he dormido como hacía mucho tiempo no lo hago, a pesar de que la maldita pesadilla ha vuelto a atormentarme una vez más. Al menos, esta vez no lo he despertado.

Entro en el baño, abro la mampara de la ducha y me meto dentro. Acaricio su espalda llena de jabón y se gira.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días, dormilón. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente. Me he levantado perfecto para afrontar la guardia, y mira quién más se ha despertado con alegría. —Lleva mi mano a su más que dispuesta polla.

—Creo que alguien necesita alivio antes de ir a trabajar.

—No estaría mal...

—Pues nos tenemos que duchar rápido. —Le tomo la mano y la llevo a mi sexo que ya ha empezado a humedecerse de solo pensar en tenerlo dentro—. Aquí hay alguien que tiene ganas de guerra.

Creo que en mi vida me he duchado tan rápida. Todavía mojados, llegamos a la cama, lo empujo y me subo a horcajadas sobre él. Que haya enjabonado y enjuagado mis partes bajas a la vez que frotaba mi clítoris, me ha proporcionado la humedad suficiente para conseguir que entre en mí sin resistencia y de una sola estocada. Un gemido ronco brota de su garganta al sentirme y un jadeo sale de mi boca.

Juega con mis pezones con una mano mientras la otra busca mi botón del placer. Cabalgo sobre él tan excitada que no veo venir el momento en que él decide tomar el control. Nos gira sobre la cama saliendo de mí y me hace sentir vacía.

—Date la vuelta.

Le hago caso sin pensármelo dos veces y abro las piernas para darle acceso. Me penetra con tanta fuerza que estoy a punto de perder el equilibrio y me

pide que me toque mientras me folla. Me encanta que me hable así cuando lo estamos haciendo, me excita aún más.

Uno de sus dedos se adentra en mi ano y eso me hace gemir. El sexo anal es algo que me provoca muchísimo placer y no entiendo por qué todavía no lo hemos hecho.

—Fóllame el culo, Fernando.

—Nada me gustaría más, pero es algo que me gusta hacer con calma y ya voy justo de tiempo. Por hoy nos vamos a tener a conformar con esto, eso sí, mañana no te libra nadie.

Introduce un segundo dedo y no puedo seguir hablando. El placer que provocan sus dedos y su verga dentro de mí me deja sin aliento y solo puedo disfrutarlo.

No tardo mucho en correrme y un orgasmo brutal me deja casi sin fuerzas para mantener la postura. Por suerte, pocas embestidas después, Fernando se queda parado y siento cómo se corre pronunciando mi nombre.

Nos tumbamos exhaustos. Así da gusto empezar el largo día que se me avecina. Hoy es Nochebuena y hay muchas cosas que preparar para la cena.

—¡Cómo me gusta follar contigo!

—Y a mí, pero ahora me voy al baño que te has corrido con ganas y voy a poner la cama perdida.

—No hemos follado en toda la noche, ¿qué esperabas?

—No lo hemos hecho porque tú no quisiste, yo estaba más que dispuesta.

—Tienes razón, pero tenía que descansar. —Caminamos abrazados y me gira antes de soltarme—. Por cierto, felicidades.

—¿Felicidades?

—Me he vuelto un romántico y acabo de darme cuenta de que hoy hace una semana que estamos juntos.

—Lástima que no podamos seguir celebrándolo. —Lo beso con lujuria y entro en el baño.

—Voy a prepararme un café, ¿quieres uno?

—Sííí.

Escucho sus pasos alejarse y agradezco este par de minutos a solas. Solo hace una semana que estamos juntos y siento que fueran meses. Nunca un rollo de este tipo me había hecho sentir tan intensamente y me da pánico que me pueda volver a enamorar, pero tampoco soy capaz de ponerle fin.

Salgo y me voy directa a la cocina. Fernando me pone la taza en las manos y

me guía hasta el sofá del salón. Enciende la tele y pone las noticias. Si cualquiera nos viera, pensaría que somos una pareja normal y corriente disfrutando del primer café de la mañana..., y unos depravados que van en bolas por la casa.

Es extraño, con él no me importa estar desnuda, que vea las quemaduras y cicatrices que me dejó el accidente. Eso es algo que no he hecho con ningún hombre fuera de la cama.

—Bueno, preciosa, ya es hora de que me vista y me vaya a trabajar.

—Pues sí. Yo también voy a vestirme para sacar a Jacky antes de que mi madre venga a buscarme para ir a desayunar. Hoy tenemos muchas cosas que hacer, así que vendrá temprano...

El ruido de la cerradura al abrirse hace que el corazón se me acelere. Solo hay dos personas en el mundo que tienen las llaves de mi casa y estoy casi segura de que una de ellas todavía debe estar durmiendo.

Nos levantamos del sofá de un salto y Fernando coge un cojín para tapar sus partes nobles. Ya nos han pillado, pero no creo que le apetezca enseñarle más de la cuenta a mi madre.

—Buenos días, hija. Creí que todavía estarías... Vale... Vuelvo en un rato mejor. Buenos días, Fernando.

—Buenos días, Isabel.

—Helenita, hija, ¡qué buen gusto tienes!

Sale del piso y nos deja sumidos en un profundo silencio que no sabemos romper. Descomunal bronca le espera dentro de un rato a mi progenitora, sabe perfectamente que hay que llamar dos veces antes de entrar. Menuda mañana me espera de explicaciones y tremendo cuento se tiene que estar montando ahora mismo en la cabeza.

—Voy... Voy a vestirme.

—Lo siento, Fernando. No esperaba...

—No pasa nada. Si nos vamos a seguir viendo, en algún momento se enteraría. Lo único es que tendré que contárselo a mis padres, quiero que lo sepan de mi boca.

—Si lo entiendo, pero no ha sido la mejor forma.

—Ya está hecho. —Suelta el cojín y me besa—. Además, me he ganado un piropo de buena mañana. —Me hace reír y le doy un suave golpe en el pecho.

—¡Serás creído!

Entre risas nos vamos al dormitorio y nos vestimos rápidamente. Ya va con

el tiempo más que justo para ir a trabajar y a mí me está esperando mi madre.

Nos despedimos en la puerta de mi piso. Él baja por las escaleras y yo subo en el ascensor las dos plantas que me separan del de mi madre.

No necesito llamar al timbre. La puerta se abre y mi madre tira de mí y de Jacky para que entremos.

—Cuéntamelo todo ahora mismo.

—Buenos días, mamá. ¿Qué hay de la norma de llamar dos veces antes de entrar en mi casa?

—¡Ay, hija! Creí que estarías durmiendo... o no... Vamos, que pensé que estabas en tu cuarto y yo me había quedado sin cápsulas de café.

—Está bien, no importa.

—Ahora cuéntame. Es el mismo Fernando del domingo por la noche, ¿no? Estaba yo en lo cierto, ¿verdad?

—Sí, mamá, estabas en lo cierto. Te tengo que pedir un favor, ahora que ya lo sabes: no le vayas a decir nada a Marina, quiere ser Fernando quien se lo cuente.

—Claro que no, corazón.

—Y, una cosita más, no te vayas a montar películas. Solo quedamos para follar.

—Helena, desde que... Hace mucho tiempo que tú no quedas para follar con un hombre después de que haya pasado una noche en tu cama.

—Ya lo sé, mamá, pero hazme caso. No hay nada más.

—Vale. Si tú lo dices, te creeré.

—¿Nos vamos a desayunar?

—Sí, claro... ¡Menudo cuerpazo tiene el muchacho!

—Mamá...

Salimos de su piso y me obliga a contarle las veces que nos hemos visto, durante cuánto tiempo, cómo es en la cama, fuera de ella, si me trata bien, si, si, si. Espero que traigan pronto el desayuno y empiece a comer para que se calle un poquito. Me está poniendo la cabeza como un bombo y el día no ha hecho más que empezar.



Como era de esperar, tanto la mañana como la tarde han sido una auténtica locura, pero al fin ya está todo listo para recibir a nuestros invitados.

No he tenido tiempo de llamar a Fernando en todo el día, y no sé si le habrá

contado algo a los padres. Así que, voy a aprovechar acabo de salir de la ducha y voy a preguntarle antes de volver a casa de mi madre.

Al tercer tono corto la llamada. Temo que esté con un paciente y lo esté molestando, pero diez segundos después, mi teléfono está sonando.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal el día? ¿Cómo te fue con tu madre?

—Hola, precioso. El día una auténtica locura... ¡Tres veces hemos ido a Carrefour! Y con mi madre todo bien. Le dije que ni se le ocurriera decirle nada a tus padres y que no se monte películas. Si por ella fuera, ya no estaría organizando la boda.

—Tu madre es única. Los míos acaban de estar aquí para desearme una buena noche y ya se lo he contado. No te extrañe que mi padre te pida disculpas por soltar la lengua ayer.

—No son necesarias. Forma parte de tu pasado y...

—¿Y?

—Precisamente por eso, no tengo derecho a reprochártelo.

—Aun así, no puede hablar así delante de nadie. No me deja en muy buen lugar.

—Bueno, creo que te voy a tener que dejar y volver arriba.

—Disfruta de la cena, yo tengo una fabulosa bandeja de hospital que comeré... Espera un segundo... Dime, Andrés. Vale, pásamelo. Te tengo que dejar, tengo un paciente.

Cuelga el teléfono y me quedo pensando que es muy triste que vaya a cenar una insípida comida de hospital en la noche de Nochebuena. Me medio visto a toda velocidad y salgo pitando para casa de mi madre.

Llamo al timbre como si me estuvieran matando y cuando entro, aparto a Pedro y voy directa a la cocina tirando de mi hermana.

—Necesito que me pongas comida en alguna fiambarrera, termo o lo que sea.

—¿Que qué?

—Pues que nosotros vamos a tener una cena fabulosa y Fernando una bandeja de hospital. No hemos pensado en llevarle nada.

—Vale. Tienes razón. Dile a Pedro que baje a por las llaves del coche...

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre mientras entra en la cocina.

—Voy a llevarle la cena a Fernando.

—Me parece una idea estupenda, hija. Es más, Puri, pon comida para dos.

—Mi madre pasa un brazo por mi cintura—. Así no comerá solo, ¿no crees?

—¿No te importa?

—Claro que no. Después vienes y nos tomamos juntos cuatro cubatas.

—¡Mamá!

—Puri... —decimos mi madre y yo a la vez.

Pedro y yo salimos por la puerta del edificio justo cuando están llegando los padres de Fernando. Puedo sentir cómo Marina se emociona al saber que voy a llevarle la cena a su hijo y que no comerá solo.

Nos subimos al coche y agradezco que no haya tráfico y la ruta sea rápida. En menos de cinco minutos mi cuñado para el coche en la puerta de urgencias.

Me bajo y me dirijo al mostrador de recepción. Cierro el bastón y saco la tarjeta sanitaria del bolso. Me invento la excusa de que me duele un ojo; que menos que pueda disfrutar con él de un tiempo seguro. Si hay más pacientes, le dejaré la comida y me volveré a casa.

El chico de recepción llama a un tal Andrés, que al parecer es el enfermero encargado de clasificación. Me hace esperar unos segundos y me acompaña a la consulta de oftalmología.

—Fernando, tienes una paciente. Toma la documentación y ¿la hago pasar?

—Sí, claro.

El enfermero me ayuda con las bolsas y se lo agradezco con una sonrisa. Espero a que se cierre la puerta y me extraña que Fernando no me diga nada, por un instante temo que no sea él el médico que me vaya a ver.

—Deme un segundo que estoy terminando un informe.

—Tranquilo, doctor Ramos.

—¡Helena! Pero ¿qué haces aquí?

—Pensé que esta comida te gustaría más que tu fabulosa bandeja de hospital.

—Ahora mismo te haría un monumento.

Se acerca, me besa y me alegra sobremanera haber venido, a pesar de que por primera vez no vaya a pasar la cena con mi familia.

—¿Un monumento? Pues deja que sepas cuál es el postre.

—Como me digas que es un flan de turrón, me corro de gusto.

—De eso se trata, de que te corras... —Acercó mis labios a su oído y le susurro—: No llevo ropa interior. —Mete la mano por debajo de mi falda y lo comprueba.

—¡Helena, por Dios!

En este momento la comida ha quedado en segundo plano. Creo que vamos a empezar la cena por el postre.

13

Creí que nunca llegaría el momento de salir por la puerta del hospital. Desde que Helena se fue a eso de las doce de la noche, esto se convirtió en una auténtica locura.

Por suerte, pude disfrutar del postre, la cena y repetir postre. Así, en ese orden.

Ahora debería ir camino de mi casa, sin embargo, voy camino de la suya. No he quedado con mis padres hasta la hora de comer y tengo que descansar, pero me dejé convencer para dormir un rato con ella.

La única pega es que, probablemente, todavía esté durmiendo, así que pararé en el bar de la esquina para disfrutar de un buen desayuno y después llamaré al telefonillo. Espero que para entonces ya esté despierta.

Me bajo del coche en el parking, me dispongo a guardar las llaves en el bolsillo destinado para ello de la maleta y me encuentro con unas que no son mías. El llavero de Talleres Sambruno me dice todo lo que necesito saber. No sé en qué momento las guardó en la maleta, pero estoy seguro de que son las llaves de su casa. Una nota me lo confirma.

Estaré durmiendo cuando llegues y tengo muy mal despertar cuando suena el timbre. Te espero en la cama.

Imagino que esta no será su letra, dudo mucho que escribe tan perfectamente sin ver, aunque no me extrañaría viniendo de ella.

Llego a la entrada del edificio, meto la llave en la cerradura y antes de girarla se abre, encontrándome de frente con Puri e Isabel.

—¿Vas para casa de mi hermana?

—Sí... —Me acabo de quedar un poco desconcertado. No veo a Isabel desde que me encontró como mi madre me trajo al mundo, tapado tan solo por un cojín.

—Me parece estupendo, pero antes vamos a desayunar.

—Es que...

—Ni es que ni no es que. Cuando la suegra habla, se la obedece.

No me apetece nada pasar por este momento, pero sé que no tengo escapatoria. Es más, juraría que estaban esperando detrás de la puerta a que apareciera. Una encerrona en toda regla.

Las sigo en silencio hasta el bar de la esquina y nos sentamos en el interior porque hace muchísimo frío en esta mañana de Navidad.

El camarero nos trae los desayunos y yo sigo sin articular palabra, necesito dar un sorbo al humeante para entrar en calor y no quedarme dormido mientras desayunamos.

—¿Estás cansado? —me pregunta Isabel.

—La noche ha sido criminal. Tenéis la planta de trauma sin camas y con gente esperando para que la suban de Observación.

—Vamos, que esta tarde no voy a tener tiempo de respirar.

—Eso me temo.

—Si te quieres ir a descansar, lo entiendo, pero tenemos que hablar de Helena cuanto antes. Creo que hay cosas que deberías saber y ella no te va a contar.

—Pero debería ser ella quien me las cuente, ¿no crees?

—Fernando, desde que nos conocimos el domingo, sé que lo que sientes por mi hermana es algo más que una simple atracción y lo que ella siente por ti también.

—¿Y?

—Que no queremos que tú también la hagas sufrir.

—¿También?

—Sí, corazón, también. —Isabel me toma de la mano antes de seguir hablando—. Después del accidente, Helena tuvo una adaptación muy mala a su nueva condición, a su nueva vida. Todos sus sueños se habían truncado y su mayor apoyo había muerto. Durante seis meses, estuvo encerrada en casa, sin hablar con nadie, y cuando lo hacía, solo era para gritarnos, insultarnos y decir que prefería haber muerto. A los seis meses... —Isabel para de hablar con un nudo en la garganta.

—¿Qué pasó a los seis meses?

—Mi hermana intentó quitarse la vida.

—¡Oh, Dios mío!

Escuchar esas palabras hace que el corazón se me acelere y me falte el aire. Me levanto a toda velocidad de la mesa y salgo a la calle intentando encontrar el oxígeno que necesito.

Isabel y Puri salen unos segundos después y me encuentran llorando apoyado en un coche. Pensar que podría estar muerta, que no la habría conocido, que no formaría parte de mi vida, me hace sentir tanto dolor que no puedo evitar llorar como un niño chico.

—Sé que eres médico y el valor que le das a la vida, pero tu reacción me ha

parecido desmedida. Eso me hace pensar que Puri tenía razón al decir que sientes por mi hija algo más que una simple atracción. Por eso tienes que saber por todo lo que ha pasado, para que entiendas sus miedos. ¿Entramos?

—Sí, pero pedidme una tila.

Volvemos a entrar en el bar y Dani me sirve la infusión que tanto necesito en este momento. No puedo llegar a su casa con este estado de nervios.

—Después de ese intento frustrado en el que arrasó con todas las pastillas que tenía en el botiquín, empezó a ir a terapia, pero nada de ello servía. Seguía con la misma actitud y pasábamos las veinticuatro horas del día pendientes de que no volviera a cometer otra locura. Todo cambió el día que me detectaron un tumor en la mama derecha. Saber que perderme era una posibilidad, hizo que saliera del pozo. Por suerte, el tumor no era maligno, pero al menos sirvió para que ella volviera en sí.

—¿Temes que, si algo malo sucediera entre nosotros, volviera a intentarlo?

—No, hijo, eso ya está más que superado.

—¿Entonces?

—Te sigo contando. Siguió con las terapias y empezó a ir a una asociación de ciegos que hay aquí. Allí aprendió a valerse por sí misma y por eso ahora es la mujer que es. Volvió a salir de nuevo con sus amigas, a conocer gente... Y conoció a Lucas. La relación entre ellos era como la que tenéis ahora. Quedaban de vez en cuando, pasaban la noche juntos, iban de viaje algunos fines de semana... Hasta que Helena le propuso dar un paso más.

—¿Qué le hizo?

—La dejó porque es ciega. Le dijo que lo que había entre ellos estaba bien para pasar el rato, pero que no se veía soportando esa carga.

—¡Será hijo de puta!

No entiendo cómo un hombre en su sano juicio puede decir eso de Helena. Es una mujer maravillosa, totalmente independiente, lista, divertida, inteligente, brillante...

—Desde ese día, mi hija decidió que ningún hombre pasaría en su cama más de una noche, y eso sí que no lo tiene superado. Pero ahora has llegado tú y es innegable que lo que hay entre vosotros no es un rollo de un día. Por eso voy a ser muy sincera contigo: Si piensas que esto va a tener un fin, te exijo que lo pongas ya, porque como le hagas daño a mi hija, te va a faltar hospital para correr.

—Helena, si lo nuestro acaba, no va a ser porque sea ciega, eso te lo puedo

asegurar. Solo tienes que ver mi profesión, para mí no es algo que tenga que ser un impedimento. Es más, me parece una mujer muy valiente, otra persona en su lugar no sería ni la mitad de independiente de lo que lo es ella. ¡Joder, que el jueves se va a Valencia! Que la escudería para la que trabajaba la sigue valorando por su capacidad.

—¿Te lo ha contado? —me dice Puri sorprendida.

—Sí, ¿por qué?

—Porque no lo ha hecho con nadie, ni siquiera con Lucas.

Y entonces me doy cuenta de que tampoco soy una simple atracción para ella, de que, si me ha contado su máspreciado secreto, es porque confía en mí, porque hay mucho más detrás de esa pose fría y desentendida que muestra. Ahora lo tengo más claro que en ninguno de los días de esta última semana. Si nuestro destino es estar juntos, no seré yo quien se niegue a ello, y espero que ella tampoco.

Isabel tenía razón al decirme que era importante que conociera su historia, así no meteré la pata y no la haré sufrir. Eso sí, el día que me eche a la cara al tal Lucas, le voy a dar una hostia que no se le va a olvidar en la vida.

Terminamos el desayuno y nos dirigimos al edificio. Estoy completamente agotado y voy a caer en un profundo sueño en cuanto me tumbe en la cama, pero antes tengo que hacer una llamada.

—¿Luis?

—Sí, soy yo. Vaya nohecita has tenido, ¿no?

—Sí, la noche ha sido una auténtica locura... Oye, ¿te interesa hacerme la guardia del jueves y te hago la de Reyes?

—Eso no se pregunta. Creo que la diferencia entre pasar el día entre pacientes o con mis niños decanta la balanza.

—Sabía que te iba a encantar la idea, y yo creo que me voy a ir unos días a Valencia.

Les guiño un ojo Puri e Isabel que ponen cara de sorpresa y sonrían al escuchar mis palabras. Me despido de Luis y continuamos nuestro camino.

Son casi las diez cuando entro en el piso de Helena y ya está despierta. Viene a buscarme al salón con el café en la mano y una sonrisa pintada en la cara.

—Pensé que no vendrías.

—He desayunado con tu madre y con tu hermana antes de subir.

—Ufff.

—Tranquila, nada que no haya sabido manejar con mis encantos.

—¡Qué poca vergüenza tienes! ¿Qué te pasa? Te noto extraño.

—Llevo veinticuatro horas trabajando, ¿qué crees que me puede pasar?

—Y encima te obligan a desayunar antes de irte a descansar.

—Hemos pasado un rato de lo más entretenido, ha merecido la pena.

Me niego a contarle de qué hemos hablado, estoy seguro de que eso provocaría una gran pelea entre ella y su familia, y a mí me podría perjudicar también. Pongo la mano en el fuego y no me quemó si pienso que su relación fallida con Lucas es su punto más débil, ese que no quiere mostrar a nadie. Si lo toco, saldré de su vida en menos de lo que canta un gallo.

—Venga, a descansar se ha dicho.

—Voy a darme una ducha antes. No me gusta acostarme recién llegado del hospital.

—Pues tienes razón. ¿Quieres que te lave la espalda?

—¿Solo la espalda?

—Pero ¿tú no estabas cansado?

—Para ti nunca lo estoy.

Le quito la taza de café, suelto la bolsa de la ropa, tomo su cara entre mis manos y uno sus labios con los míos, volcando en ese beso algo que tengo miedo de catalogar.

—Sabes a... ¿tila?

—Ehhh, sí. Me he tomado una para poder dormir tranquilo, la noche ha sido de locos —lo suelto de carrerilla y me mira extrañada. Me he puesto nervioso al recordar el motivo por el que me he tomado la infusión.

—Anda, vete a la ducha que el cansancio te tiene de lo más raro. Ya jugaremos más tarde, petardo.

Le doy un suave beso y me dirijo al baño. Me quito la ropa y me doy una ducha rápida. Estoy deseando llegar a la cama, dormir hasta la hora de comer y no pensar en todo lo que he descubierto hace tan solo un rato. Tengo que serenarme y mantener a raya mis nervios o terminará por descubrirlo todo.

Salgo unos minutos después con la ropa en una bolsa, vuelvo al salón y me estoy terminando de poner el pantalón de chándal que he sacado de la mochila, cuando Helena vuelve de la cocina.

—¿Qué andas haciendo?

—Poniéndome algo de ropa.

—En mi cama no lo necesitas.

—Pero si le da a tu madre por volver a aparecer... Ya ha visto bastante, ¿no crees?

Los dos nos reímos al recordar la situación. En aquel momento quise que la tierra me tragara, pasé una vergüenza terrible, pero tengo que reconocer que la situación fue muy graciosa.

Helena me acompaña hasta el dormitorio sin agarrarse a mí, sin tocar paredes, sin tropezar. Es una mujer increíble, que ha sabido superar las circunstancias por las que se ha visto rodeada, que fue capaz de salir del pozo en el que cayó cuando su vida cambió de una forma tan radical.

«¿Cómo fue capaz ese cabrón de hacerle tanto daño?», pienso al meterme en la cama junto a ella y me sumo en un profundo sueño mientras me acaricia el pelo.

14

A Fernando le ha pasado algo que no me quiere contar y estoy segura de que ha sido por el desayuno que ha tenido con mi hermana y mi madre. Soy ciega, pero no tonta, y sé que desayunar con las dos puede ser una bomba de relojería.

Lo dejo durmiendo, voy al armario y leo con los dedos las etiquetas de la ropa para saber qué me pongo. Mi cuerpo pide a gritos una buena tostada y espero que Dani me cuente algo de lo que ha pasado allí hace un rato, que arroje un poco de luz a la actitud de Fernando.

Doy un paseo con Jacky y nos sentamos en la terraza del bar. Rápidamente, me sirven el desayuno y le ponen a mi perro su cuenco con agua.

—¿Qué tal va la mañana, Dani?

—Hemos tenido mucho lío, pero ahora está la cosa más tranquila. Ya sabes, volvían todos de fiesta y de las seis a las ocho ha sido una locura.

—¿Ha venido mi madre ya?

—Sí, estuvo aquí con tu hermana y con el chico que comió en tu mesa hace un par de días. Fernando, ¿no?

—Sí, Fernando. ¿Sabes si le ocurrió algo?

—No sé exactamente qué fue lo que le pasó, creo que se agobió un poco porque había mucha gente dentro y se tuvo que salir. ¿Estáis saliendo?

—Algo así.

—Al principio se le veía un poco incómodo con ellas, pero después no. Al entrar nuevamente, se tomó una tila, terminaron los desayunos y se fueron. Te dejo que me reclaman dentro.

—Gracias, Dani.

Sabía que algo le había pasado. Fernando nunca me ha comentado nada de que se agobie cuando hay mucha gente a su alrededor y lo de la tila para descansar mejor, nunca me lo ha referido. Aquí hay algo más y tarde o temprano lo averiguaré.

Termino de desayunar rápidamente y vuelvo a mi edificio, que no a mi piso. Subo al ascensor y me paro en la planta de mi madre, pensaba hacerlo en la de Puri, pero Pedro debe estar durmiendo y no quiero molestar.

Llamo al timbre y tarda unos segundos en abrir la puerta. Jacky y yo entramos y le quito el arnés para que se mueva con libertad.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Acabo de desayunar y Fernando está durmiendo.

—Hoy ha desayunado con Puri y conmigo. Nos lo encontramos cuando estábamos saliendo del edificio y nos ha acompañado. Es un sol este chico.

—¿Qué ha pasado durante el desayuno?

—¿Cómo?

—Mamá, Dani me ha dicho que Fernando se tuvo que salir del bar.

—Solo se agobió porque había mucha gente y hacía mucho calor dentro.

—No te creo.

—¿Por qué te iba mentir?

—No necesito verte para saber que estás nerviosa. ¿Qué me estás ocultando?

—Él mismo te lo puede confirmar. Venía de una noche de infarto en el hospital, la gente, el calor, el cansancio... Al pobre solo le dio un poco de ansiedad.

—Y por eso se ha inventado una trola y me ha dicho que toma tila para descansar mejor.

—No habrá querido preocuparte, hija, tampoco ha sido algo tan grave.

—Te creeré, pero aquí hay algo que sigue oliendo raro.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Pensaba sentarme tranquilamente en el sofá y escuchar un libro. Todavía ando un poco resacosa de los *gin-tonics* de anoche.

—Pues haces bien. ¿Vais a comer aquí?

—Imagino que Fernando querrá comer con sus padres. Mañana ya se van.

—Entonces coméis aquí. Marina y Gabriel llegarán en un rato.

—Vale. Avísame cuando lleguen para ir despertando a Fernando.

Mi madre se ríe mientras le pone el arnés a Jacky y nos acompaña a la puerta. Sabe perfectamente cómo voy a ir despertando al hombre que duerme en mi cama, justo como ella lo haría en mi misma situación.

Vuelvo a casa, me tumbo en el sofá, me pongo los cascos y empiezo a escuchar *Mi Isla* de Elisabet Benavent, aunque los *gin-tonics* de anoche hacen que la resaca me suma en un profundo sueño del que me despierta una ristra de besos en el cuello.

—¿Qué hora es? Me he quedado dormida.

—La una y media.

—¿Tan tarde? ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien. Tu cama es muy cómoda. Tengo que decirle a mi casero que me cambie el colchón.

—¿Y cómo estás de la crisis de ansiedad que has tenido esta mañana?

—Esto...

—¿Pensabas que no me iba a enterar? Fernando, ¿qué te pasa? Esta mañana estabas muy raro y, cuando he llegado al bar, Dani me ha dicho lo que ha pasado. Mi madre me ha dicho que te agobiaste, pero no la creo.

—Pues sí, fue eso. No dormí en toda la guardia, había mucha gente, hacía mucho calor, no me había quitado el chaquetón... Y me empezó a faltar el aire. Pero estoy bien, de verdad.

—Está bien. Tus padres están al llegar, así que deberíamos...

Sus labios sellan los míos impidiendo que siga hablando y yo me dejo. Me levanta del sofá entre sus brazos, enrosco mis piernas en sus caderas y entre besos llegamos a mi dormitorio.

Me baja y nos quitamos la ropa con prisa. Me lleva hasta la cama, se tumba y de sus labios sale esa palabra que es música para mis sentidos.

—Fóllame.

Saco lubricante del segundo cajón de la mesita de noche, embadurno su erecta verga, porque mi vagina todavía no ha alcanzado un buen nivel de humedad y podemos hacernos daño, me subo sobre él y me dejo caer haciendo que entre en mí con suma facilidad.

Los dedos de una de sus manos juegan con uno de mis pezones, mientras los de la otra vuelan a mi clítoris. Empiezo a cabalgar sobre él, al principio lento, después aumentando el ritmo, hasta alcanzar un baile de locura que nos llevará a un orgasmo brutal.

Los músculos de las piernas empiezan a pincharme del esfuerzo, pero no me importa. Él quiere que sea yo quien lleve la voz cantante y lo seré, al menos, hasta que me corra, después me costará un poco.

Ese momento no tarda mucho en llegar porque sus dedos son un engendro del mal. Él lo siente cuando me quedo quieta haciendo que se hunda hasta lo más profundo mi ser y es cuando sus manos vuelan a mis caderas para continuar lo que yo no puedo en este momento de éxtasis. Unos segundos después, o quizá son minutos, me aprieta contra sus caderas y siento cada espasmo de su placer.

Me tumbo exhausta a su lado, recobrando poco a poco el aliento y me abraza. Un abrazo que huele a él, a mí y a sexo. Escucho su corazón acelerado y su soniquete me hace sentir bien entre sus brazos. Soy más consciente que nunca de que esto no va a acabar bien, de que probablemente vuelva a pasar por lo mismo que con Lucas y de que no me siento capaz de pararlo ahora que

todavía estamos a tiempo.

Su teléfono suena e imagino que será su madre para avisar de que ya están aquí. Alarga el brazo, se ríe y descuelga.

—¡Muy buenas! Ya creí que no querías saber nada de mí... No, no estoy en el gimnasio, estaba follando... —Doy un brinco porque no esperaba que esas palabras salieran de su boca—. ¿Esta noche? Pues en principio nada. Mis padres se van esta tarde para Sevilla que quieren cenar con Gonzalo... Espera, que le pregunto... ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—No, ¿por qué?

—Nuria y Pablo nos invitan a cenar en su casa.

—Ehhh...

—Ahora te llamo y te digo, Nuria.

Cuelga el teléfono y sé que está esperando mi respuesta, pero lo cierto es que me he quedado en blanco. Nuria es la mujer con la que mantuvo una relación antes de irse a África, la que fue su paciente y provocó la discusión de hace unos días, y lo que menos me apetece es estar con ella. «¡Mierda! Estoy sintiendo celos», pienso mientras espero a que él hable.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Siento haberte puesto en esa tesitura. Debí colgar y hablarlo contigo sin que ella estuviera al otro lado del teléfono.

—No es eso... Es que... No sé.

—¿Tienes celos?

—Nooo.

—¡Tienes celos!

—¿Por qué debería tener celos? Lo que hay entre nosotros...

—No lo digas porque sabes perfectamente que lo que hay entre nosotros no es solo sexo.

—¡Joder, Fernando! No son celos, solo creo que puede ser un momento incómodo —miento descaradamente.

—Bueno, pues le digo que no vamos.

—Tampoco es eso. No quiero ser yo quien te prive de pasar un rato con ellos. Ve tú solo.

—Si lo de la cena es porque Nuria y Pablo quieren conocer a la mujer con la que estaba follando antes de que sonara el teléfono.

—No sé... Yo...

—Además, tengo muchas ganas de ver a las tres diablillas que tienen por hijas. Ya están dando sus primeros pasos.

—Está bien, vamos. Pero si me siento incómoda, me cojo un taxi, me vengo y tú sigues disfrutando de la noche, ¿vale?

—Estoy seguro de que te lo pasarás muy bien. Luego la llamo para decírselo. Ahora vamos a vestirnos que mis padres tienen que estar al llegar.

Me meto en la ducha antes de subir a casa de mi madre y pienso largo y tendido sobre los sentimientos que ha despertado en mí la cena de esta noche. Me jode mucho que esto esté pasando, pero yo soy la única que tiene la culpa. No debí ceder, no debí volver a quedar con él ni permitir que entrara en mi vida de la forma que lo ha hecho, aunque ya no sirve de nada lamentarse. El día que esto acabe, volveré a lamerme las heridas, a jurarme una y otra vez que no me volverá a pasar...

«¿A quién pretendo engañar? Sobre estas cosas no se manda y si tiene que suceder de nuevo, sucederá.»

Vuelvo rápidamente al dormitorio y me voy directa al armario mientras Fernando se está vistiendo. Siento que se acerca y observa curioso.

—¿Qué estás haciendo?

—Toda mi ropa está etiquetada en braile. Así nunca llevo los calcetines cada uno de un color ni ropa que no pegue entre sí. ¿Cómo crees que voy siempre monísima de la muerte?

—No sé, pensé que te ayudaban tu madre o Puri.

—Lo hacen, pero poniendo las etiquetas. De elegir la ropa y vestirme, me encargo yo solita.

—Me encanta que seas tan independiente.

—No siempre fue así... Bueno, termina de vestirme que nos tenemos que ir.

—Yo preferiría no hacerlo, pero si no queda más remedio... —Me abraza por detrás y me hace sentir la erección que empieza a despuntar debajo de sus pantalones.

—¡Fernando! No tienes hartura... —Una carcajada brota de su garganta—. Y me encanta...

Me da un apasionado beso antes de separarse de mí, provocando que quiera tumbarlo de nuevo en la cama, pero si seguimos así, nunca subiremos a comer y doña Isabel volverá a entrar y a pillarnos en faena.

Salimos de mi casa rumbo a la de mi madre y en el ascensor nos cruzamos con Marina y Gabriel. Me parece de lo más surrealista que esté pasando las

navidades con los padres de un hombre al que solo conozco desde hace una semana, aunque más todavía que esté encantada de que sea así.

La comida ha sido de lo más entretenida, sobre todo, cuando Pedro se ha atragantado con un trozo pan y Fernando le ha tenido que hacer la maniobra Heimlich. Hemos pasado un susto de muerte, aunque después nos hemos reído cuando hemos visto que todo estaba en orden.

Después del café, Fernando y sus padres se han ido. Él a su casa para poner lavadoras y prepararse para la cena de esta noche, Marina y Gabriel para Sevilla porque van a cenar con un amigo de Fernando que se llama Gonzalo, y que al parecer tiene un restaurante. Digo al parecer porque no estaba demasiado pendiente de la conversación.

Ahora estoy esperando a que llegue para irnos a casa de Nuria y Pablo. Estoy muy nerviosa, más de lo que creí que podría estar, y no me gusta nada sentirme así, solo espero que la situación no sea demasiado incómoda. Si no, me veré toda la noche en un rincón acariciando a Jacky.

15

Después de despedirme de mis padres, que ya partían para Sevilla, fui a casa a darme una ducha y cambiarme de ropa. Al entrar, una sensación extraña me invadió, sentí que aquel no era mi lugar.

Bien cierto es que ninguno lo ha sido nunca desde que conseguí aprobar la especialidad, pero esta vez es diferente.

No quise hacerle mucho caso al hecho de que el único sitio en el que me apetecía estar era en casa de Helena. Así que, me tumbé en la cama para intentar descansar un rato antes de ir a verla. Todo lo que me había contado su madre por la mañana, el cansancio por haber dormido solo unas horas, la revolución de sentimientos que se me acumulan en el corazón y la mente cada vez que follamos... Es demasiado para alguien como yo, que no quiere ataduras, que ya está planeando cuándo pedirá la siguiente excedencia para volver a África.

Pensé que sería imposible que conciliara el sueño, pero recordé la paz del rostro de Helena cuando dormía y Morfeo hizo acto de presencia.

Un par de horas después, desperté sobresaltado. No había puesto la alarma y temía haberme quedado traspuesto, pero no fue así. Tenía el tiempo justo para no llegar tarde, aunque no me podía dormir en los laureles.

Ahora estoy saliendo de mi casa rumbo a la de Helena. Solo de pensar en verla, cierta parte de mi cuerpo empieza a alegrarse. Tengo que hacérmelo mirar, esto no es normal.

Mi teléfono suena y me libera de mis pensamientos. Miro la pantalla del coche y veo que es Nuria.

—Hola, ¿qué tal?

—¿A qué hora llegáis?

—Pues voy de camino para Helena. Lo mismo son veinte minutos que una hora. Ya sabes cómo...

—Seguro que está lista, ¡qué mala fama dais los hombres a las mujeres!

—No me refería a eso precisamente...

—Valeee. Ya lo he pillado. Conociéndote como te conozco, llegarás en una hora.

—¡Qué fama!

—No es fama. Te recuerdo que tú y yo hemos follado como si no hubiera un mañana.

—¡Eres tremenda! Hablando de otra cosa: Gracias por permitir que el perro vaya, te prometo que no va a hacer nada.

—Porque eres tú, sabes que me da miedo por las niñas.

—Te puedo asegurar que se quedará en una esquina o en la cocina y no se moverá de ahí.

—Está bien, pero no entiendo el empeño de esta chica por traer a su perro.

—Luego lo entenderás.

Me despido de Nuria hasta dentro de un rato mientras aparco. No he querido decirle que Helena es ciega, le he hablado mucho de ella, pero lo he ocultado porque para mí no es ningún impedimento que lo sea.

Me bajo del coche con una bolsa de ropa en la mano, porque sé que esta noche dormiré aquí; se está convirtiendo en una costumbre y, lejos de incomodarme la idea, me hace sentir bien. Al igual que hace un rato sentía que mi piso no era mi lugar, en casa de Helena siento todo lo contrario, y me da un pánico tremendo.

Entro con la llave que me dio y por un momento pienso que quizá debí llamar primero, pero una sonriente Helena me saluda con un efusivo beso. Me separo de ella y le pregunto divertido:

—¿Y si llego a ser tu madre?

—Tu olor no es el de mi madre.

—*Touchè.*

—¿Cómo vamos de tiempo? —Su mano vuela a mi entrepierna que ya viene contenta desde que me subí al coche.

—Le acabo de decir a Nuria que llegaremos en una hora.

Meto las manos por debajo de la camiseta que lleva puesta y levanta los brazos para que se la quite. No tiene sujetador y mi mano vuela a su sexo que tampoco está vestido.

—Te estaba esperando. —Se muerde el labio inferior mientras sonrío y sé que ya estoy perdido.

Le subo la falda, hago que se apoye contra el respaldo del sofá dándome la espalda y torturo su clítoris haciéndola gritar de placer. Introduzco un dedo pulgar en ella un par de minutos después de iniciar el juego y compruebo que ya está más que dispuesta para recibirme.

Me bajo el pantalón y la ropa interior, acaricio mi verga, tanteo con el glande la entrada de su vagina y la penetro con fuerza, justo como sé que le gusta.

Sigo jugando con su clítoris mientras entro y salgo de ella a un ritmo frenético que nos va a hacer explotar más rápido de lo que quisiera, pero que vamos a disfrutar de igual manera.

Un último jadeo, seguido de la falta de respiración y la contracción que están ejerciendo sus músculos sobre mi dura erección, me indican que ella ya ha alcanzado el orgasmo. Sigo penetrándola sin descanso hasta que me corro llenándola de mí. Follar sin condón con Helena es alcanzar la Gloria.

—Nunca me cansaré de follar contigo.

La beso con una mezcla de pasión y ternura para decirle sin palabras que no era eso lo que realmente le quería decir. No sé por qué no puedo verbalizar que de lo que nunca me cansaré es de tenerla a mi lado.

Veinte minutos después, tras pasar los dos por el baño y terminar de vestirse Helena, salimos los tres en dirección a mi coche.

Jacky se adueña del asiento trasero mientras Helena se sube en el lugar del copiloto. Esta situación me recuerda a la vivida unos días atrás, cuando todo empezó entre nosotros.

—Gracias por acompañarme a esta cena.

—No te voy a negar que no me siento muy cómoda, pero bueno...

—Estamos a tiempo de...

—No, quiero ir. Además, mi fiel escudero me acompaña —dice mientras señala a Jacky con el pulgar y sonrío.

—Quería comentarte algo...

—Cuéntame.

—Verás...

—No des más rodeos, Fernando.

—Es que... El jueves tenía que trabajar, pero lo he cambiado con un compañero y no vuelvo al hospital hasta el día uno...

—¿Y eso?

—Había pensado que ya que no tengo nada que hacer hasta el lunes...

—¿Te vas a venir conmigo y con Elisabet a Valencia?

—Solo si te apetece.

—¡Claro que sí! —tira de mí y me besa.

—Helena, que estoy...

—Estamos en un semáforo, no soy tan imprudente.

—Me alucina cómo lo controlas todo.

—Voy a llamar a Steven para decirle que cambie la reserva del hotel. Me

niego a compartir habitación con mi amiga estando tú en otra.

—Tampoco quiero...

—Calla.

Saca el teléfono del bolso, lo desbloquea y activa Siri, que en unos segundos ya está llamando al tal Steven a través del manos libres del coche.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? —Una voz con acento de yo no sé dónde suena en todo el coche y no me hace ni pizca de gracia que la llame por ese apelativo.

—Hola, Steven. Necesito que me hagas un favor. Un amigo nos va a acompañar a Elisabet y a mí a Valencia. ¿Te importaría cambiar la reserva del hotel y comprar un billete más para el AVE? Yo me hago cargo de los gastos extras.

—¿Un amigo? ¿De Elisabet? Porque dudo mucho que tú traigas a un amigo. ¿Está con otro? —Ese hombre está loquito por Elisabet, no tengo por qué temer nada de él.

—¡Steven! Guárdate los celos un rato. Es un amigo mío y ahora mismo te está escuchando.

—¡Uy!

—Hola, Steven, soy Fernando, el amiguito de Helena.

—¿Amiguito a qué nivel? Porque como le hagas daño como el hijo de...

—¡Steven! Para, por favor, que no soy una niña de doce años.

Helena ha cortado la conversación rápidamente, estoy seguro de que pensaba que Steven iba a hablar de Lucas. Creo que lo mejor será que ignore lo que acaba de pesar. Bastante incómoda se siente en este momento por ir a la cena conmigo, y no quiero que se sienta más nerviosa.

Terminan de hablar y Steven cuelga tras despedirse de los dos. Tengo que reconocer que me daba cierto miedo plantearle el tema de ir con ellas a Valencia, no quería que pensara que le estaba pidiendo más. Así que, su reacción ha hecho que de saltitos de alegría internos.

Llegamos a la calle donde viven Nuria y Pablo y aparco en la puerta. Ayudo a bajar a Jacky mientras Helena se baja sola y extiende su bastón. Llevo al perro con una mano y le doy el otro brazo para hacerle de guía. Llamo al telefonillo y al momento se abre la puerta sin que nadie haya preguntado. Es lo bueno de los aparatos que tiene cámara incorporada y que a Nuria le salvaron en más de una ocasión de ser pillada por los hijos de Pablo cuando empezaron su relación.

Cruzamos el jardín y, estamos subiendo el tercer escalón del porche, cuando la puerta de la casa se abre y Nuria aparece con una niña en brazos. Al ver a Helena, no puede ocultar su cara de sorpresa. El bastón, el perro y su mirada perdida no dejan mucho a la imaginación. Nos hace pasar y dentro nos recibe Pablo con las otras dos niñas en brazos.

—Nuria, Pablo, ella es Helena —Nuria es la primera en acercarse a ella con una sonrisa en los labios que no logro descifrar.

—Encantada, Helena. Estás en tu casa. Y este precioso labrador, ¿cómo se llama?

—Jacky. Es mi perro guía.

—¿Necesita agua o algo?

—Bueno, antes de que mi mujer te secuestre solo para ella. Yo soy Pablo y no te doy dos besos porque tengo a dos niñas encima.

—No te preocupes, Pablo. Si le puedes poner un cuenco con agua a Jacky, te lo agradezco, Nuria.

Nuria deja a la niña dormida en uno de los parques-cuna y se va hacia la cocina con Helena y con Jacky. En este momento compadezco a la mujer que me trae loco porque sé que la va a someter a un tercer grado, pero si lo hace es porque le ha caído en gracia. Algo muy importante porque suele tener buen ojo para estas cosas.

Pablo me da a una niña mientras acuesta a la otra y después me la quita para dejarla en su cuna también. Nos sirve una copa de vino y nos sentamos en el sofá esperando el regreso de Nuria y Helena, aunque creo que eso todavía va a tardar un poco.

—Y... ¿desde cuándo tienes novia? Me quedé de piedra cuando me lo dijo Nuria.

—A ver, no es mi novia... Solo estamos juntos, pero no es nada formal.

—Fernando, quien no te conozca que te compre, que a mí no me das coba. Ni tan siquiera a mi mujer la mirabas como a ella.

—Ya lo sé, pero... no sé cómo manejar todo esto. Ella ni tan siquiera quería volver a quedar después de la primera noche y ahora prácticamente vivimos juntos, nuestros padres tienen una relación de amistad, el jueves me voy con ella a Valencia y... Yo qué sé Pablo. Yo tampoco quería nada así. Sabes que el día que llegué de África ya estaba planeando cuándo me volvería a ir. Soy un alma libre, no quiero ataduras... Y, de repente, llega ella y me siento incapaz de pensar en nada que no sea verla a todas horas.

—Yo no sé cuánto tiempo lleváis juntos, aunque no debe ser mucho porque no hace tanto que volviste, pero estás enamorado de esa mujer hasta los huesos.

—Pero... ¿cómo voy a estar enamorado de ella? Ocho días, Pablo, hace ocho días que nos conocimos. Es imposible.

—Nuria y yo también éramos un imposible y tenemos tres niñas.

—Es diferente. Vosotros estabais enamorados, pero nosotros no.

—El día que quieras ver que estás enamorado, me darás la razón.

La conversación se corta de manera radical cuando, la mujer de la que dice Pablo que estoy enamorado y la mujer de la que una vez creí estarlo, vuelven de la cocina riendo con complicidad. Algo que no sé si es bueno o no, pero que me hace sentir muy bien, como cada vez que veo a Helena reír.

—Bueno, chicos, ¿ponéis vosotros la mesa mientras le enseño a Helena dónde está cada estancia de la casa y charlamos un rato de cosas de mujeres?

«¡Ay, Señor! ¡Todavía no la ha interrogado!», pienso mientras me dirijo a la cocina temblando como un flan. Espero que no quiera salir huyendo cuando termine la conversación que van a tener y que Nuria se corte un poco, aunque de Helena no me extraña ya nada y puede ser mi amiga la que salga escandalizada.

16

Si estaba nerviosa por venir a cenar, ahora estoy como temblando como una gelatina. Esa charla de mujeres a la que acaba de hacer alusión me ha dejado desconcertada y no sé por qué derroteros irá, aunque lo cierto es que he tenido una muy buena impresión de ella.

Me toma la mano y la pone en su codo. Sabe cómo guiar a una persona ciega, y entonces recuerdo que Fernando me dijo que perdió la visión durante un tiempo.

Avanzamos por un pasillo largo y vamos pasando por cada una de las estancias. Grabo en mi mente la que más me interesa, que es el baño, y llegamos al dormitorio principal. Al contrario de con las demás habitaciones, entramos y sé que aquí es donde vamos a hablar.

—Y ¿desde cuándo conoces a Fernando?

—Desde el domingo de la semana pasada.

—Ese día no tuvo guardia, ¿no?

—No. —Eso me hace sentir un poco molesta al recordar lo que dijo su padre—. No nos conocimos en el hospital. Tropezó conmigo en el Tabanco San Pablo. —Recordar ese momento hace que la sonrisa vuelva a mi rostro.

—Es verdad, salió con Antonio y David... —Se hace un silencio y sé que me quiere preguntar por lo que hubo entre ellos, pero no sabe si yo estoy al tanto o no.

—Sé lo que hubo entre vosotros.

—Dicen que yo soy directa, pero tú me ganas. ¿Te lo contó él?

—No le quedó de otra, a su padre se le escapó antes de saber que estábamos juntos.

—¿Sus padres lo saben? Gabriel es bastante imprudente.

—Es que mi madre nos pilló en faena y como son amigos...

—Espera, espera, que me estoy perdiendo. ¿Quiénes son amigos?

—Te cuento cómo han pasado las cosas y terminamos antes, porque esta semana ha sido una locura de casualidades que, si no las hubiera vivido, no las creería.

—¡Cuéntamelo, todo!

—Nos conocimos el domingo, pasamos la noche juntos, me dejó su número grabado en mi teléfono, no lo llamé porque por mi cama solo se pasa una vez, el miércoles tuve revisión en el hospital, conocimos a la madre del médico

antes de entrar, la mía hizo amistad con ella, el médico resultó ser Fernando, cedí a vernos de nuevo y el domingo por la mañana, mi madre entró en mi casa sin llamar y nos pilló en el salón como vinimos al mundo.

—¡Madre mía! —Nuria se ríe a carcajadas y no es para menos.

—La cuestión es que el sábado conocí a su padre sin que supiera que lo era. Yo estaba comiendo en el bar de la esquina de mi calle y Gabriel llegó pidiendo mesa mientras su hijo y su mujer aparcaban, como no había ninguna libre, le dije que se podían sentar conmigo y después llegaron Marina y Fernando. Y ahí fue donde se le escapó lo que hubo entre vosotros, no sabían que estábamos juntos. Pero ahí no se queda la cosa: Han cenado con nosotros en Nochebuena y hoy han comido también. Así que, cuando mi madre nos pilló, a Fernando no le quedó de otra, tuvo contárselo a sus padres.

—Lo vuestro da para una novela... Sé de cierto médico que se va a llevar un buen rapapolvo por no contarme nada.

—No se lo tengas en cuenta, ha sido todo demasiado raro y rápido.

—Entonces, lo vuestro va en serio. —Escuchar esas palabras de su boca me vuelven a poner nerviosa.

—¿Cómo? No, simplemente estamos juntos. Lo nuestro tiene fecha de caducidad.

—Helena, lo nuestro sí tenía fecha de caducidad porque yo nunca dejé de estar enamorada de Pablo.

—Pero yo no estoy enamorada de Fernando.

—Ni yo creía que lo estuviera de mi marido, y también pensaba que lo nuestro acabaría, pero mira en qué punto de la vida estamos: casados, con tres niñas y no concibo mi vida sin él.

—No es lo mismo, Nuria. Yo... Bueno, mi condición...

—No te cierres a lo que pueda pasar. A Fernando no le importa tu ceguera. Si está contigo, es porque le gustas, porque despiertas algo más en él. Te puedo asegurar que, de no ser así, nosotras no estaríamos aquí charlando ahora mismo.

—No te voy a negar que me hace sentir cosas. Si no fuera así, no nos hubiéramos vuelto a ver, pero yo no quiero nada más serio. Ya lo pasé bastante mal en su momento...

—Yo solo te pido que dejes fluir las cosas, que no te niegues a avanzar. Lo que tenga que ser, será. Y, ahora, dispara. ¿Qué quieres saber de lo que hubo entre nosotros?

—¿Qué sientes por él en este momento?

—Lo quiero con locura. Fernando es un buen hombre, un buen amigo, que me ayudó mucho en un momento muy complicado de mi vida y que fue capaz de escaparse de África para venir a mi boda. Tanto él como Gonzalo son mis mejores amigos.

—Voy a decir algo que negaré haber dicho: tuve celos de ti cuando supe de tu existencia, pero ahora me doy cuenta de que fue una tontería sentirlos. —Las palabras que acabo de pronunciar me dejan más claro que nunca que esto se me ha ido de las manos.

—Pues si sentiste celos, déjame decirte que la fecha de caducidad está confusa, reina.

—No, verás, fue por cómo os conocisteis...

—Vale, no te sigo atormentando más. Vamos a volver al salón que Nandito tiene que estar temblando. ¿Puedo hacerte una pregunta más?

—Sí, claro.

—¿Sigue siendo un dios del sexo?

—¡Oh, Dios mío! Es la horma de mi zapato. Es tan...

—Dilo. Fernando es bruto.

—Tanto o más que yo.

—Lo dicho, sois tal para cual.

Entre risas volvemos al salón, donde nuestros chicos nos esperan con la mesa puesta y la cena servida. Fernando me guía a mi sitio, me explica la posición de la comida en el plato y se sienta a mi lado.

Nuria es una gran cocinera. La carne está en su punto justo, ni demasiado hecha ni sangrante. Me hace ilusión que Fernando me pele las gambas; aunque sé hacerlo perfectamente, por una vez permito que lo haga por mí.

Tras dar buena cuenta de la comida, y disfrutar de un tiramisú que ni en Italia había probado igual, nos sentamos en el sofá para disfrutar de un *gin-tonic*. Me insisten para que tome un segundo, pero el recuerdo del mal cuerpo que me dejaron los de la noche anterior, y que Fernando no esté bebiendo, hacen que decline la invitación.

Son casi las dos de la mañana cuando llegamos a mi casa. Durante el trayecto, he pensado en decirle a Fernando que hoy quiero estar sola, son muchos los sentimientos que ha removido la conversación que he tenido con Nuria y siento la necesidad pensar, pero un solo beso de Fernando ha hecho que, la idea de no pasar la noche con él, se esfume de un plumazo.

Entramos en mi piso y corro al baño porque mi vejiga quiere explotar. Orino y un característico olor hace acto de presencia. Me está empezando a bajar la regla. Lo único bueno que le veo es que para el viaje voy a estar libre, pero hasta entonces voy a estar a palo seco teniendo cerca un hombre como Fernando. Va a ser una auténtica tortura.

Vuelvo al salón y me siento a su lado en el sofá.

—Tengo dos noticias que darte. Una buena y una mala. ¿Por cuál quieres que empiece?

—Por la buena, las malas no me gustan.

—Para el viaje a Valencia no voy a estar mala con la regla.

—¿Y la mala?

—Que me está bajando.

—Para mí eso no es una mala noticia y para ti tampoco debería serlo. Con la revolución de hormonas que tenéis las mujeres esos días, vas a disfrutar más que Peppa Pig en un charco.

—Pero...

—¿De verdad crees que un poco de sangre me va a detener?

Me sube a horcajadas sobre él, me hace sentir su polla anhelante y me besa con una pasión desmedida que hace perder la razón. Me lleva hasta el dormitorio, me quita la ropa, me tumba en la cama, escucho el *click* del bote de lubricante y lo siento llegar hasta mí.

—Espera, tengo un *tampax*...

Siento cómo lo saca, me pone las piernas sobre sus hombros, se inclina sobre mí haciendo que forme con mi cuerpo un ángulo de noventa grados y me penetra con su lubricado falo.

Una mezcla de dolor por la postura y placer se apoderan de mí haciéndome gemir y gritar. A pesar de que no han sido pocos los hombres que han pasado por mi cama, nunca lo había hecho ni de esta forma ni en este momento del mes. Tenía razón al decir que iba a disfrutar como nunca lo había hecho antes, como con todo lo que él me da, y ninguno de los dos vamos a tardar mucho en corrernos. Él por la estrechez que tiene ahora mismo mi vagina, siento cómo le cuesta entrar y salir de mí, y yo por la excesiva excitación que tengo.

—Helena, no voy a aguantar mucho más.

—Ni yo...

Sus palabras son bálsamo para mis sentidos y me corro como nunca antes lo había hecho. Cuando creía que nada podría superar ninguno de los orgasmos

que he tenido con él, me sorprende haciendo que casi pierda el conocimiento con este.

Siento cómo me llena y acto seguido se tumba a mi lado exhausto, sin poder articular palabra y con la respiración entrecortada.

—Ha sido el mejor orgasmo de mi vida.

—Te lo dije.

—Creo que debería darme una ducha y cambiar las sábanas.

—No se han manchado.

—Pero cuando me mueva...

—Eso tiene fácil solución.

Se levanta rápidamente de la cama, la rodea y me carga en brazos como en las películas lo hacen los recién casados para cruzar el umbral de la puerta.

Me baja en el cuarto de baño y se mete conmigo en la ducha. El agua caliente le hace soltar un suspiro cargado de agotamiento. Algo lógico después de una larga guardia seguido de un largo día.

Salimos unos minutos después y me deja allí mientras él vuelve a la habitación. Dudo en si ponerme de nuevo un *tampax* o la copa menstrual, pero mi duda va a ser resuelta en breve. Me acerco a la puerta de la habitación y le pregunto:

—¿Vamos a seguir follando?

—Me encantaría, pero dudo mucho que esté despierto cuando vuelvas a la cama. ¿Por qué?

—Entonces me pongo la copa menstrual.

Regreso al baño y en menos de dos minutos estoy de vuelta en la habitación. Sigue despierto esperando a que me meta en la cama. Una vez lo hago, nos tapa y me abraza.

Me giro para tenerlo frente a mí y acaricio su rostro. Siento rabia porque sé que es tremendamente guapo y nunca podré verlo.

—¿De qué color son tus ojos?

—Verdes. —Respiro hondo para aliviar el nudo que tengo en la garganta—. No te tortures de esa manera. Ves de mí más de lo que nunca ha visto nadie. ¿Qué te han parecido Nuria y Pablo? —Da la conversación por zanjada y se lo agradezco, porque solo me estaba haciendo mucho daño.

—Son una pareja encantadora. Nuria es... Entiendo que estuvieras con ella.

—¿Ha sido muy duro el interrogatorio?

—¡Qué cotilla eres! Esa conversación se queda entre nosotras.

—Es que Nuria es bastante directa y me daba miedo que te sintieras intimidada.

—¡Anda ya! Solo me ha preguntado cómo nos habíamos conocido y qué había entre nosotros...

—¿Y cuál ha sido tu respuesta?

—Que estamos juntos. Por cierto, también me ha preguntado si sigues siendo un dios del sexo.

—¿Te ha preguntado eso?!

—Sí, y yo le he respondido que había encontrado a la horma de mi zapato.

—Y eso significa...

—Que sí, que eres lo mejor que ha pasado por mi cama y que eres el único que ha conseguido darme todo lo que quiero.

Le doy un beso en los labios para que no siga preguntando y yo no seguir diciendo cosas que no debo. Temo que piense que con mis últimas palabras he querido dar a entender cosas que pienso, pero que no quiero que él sepa.

—Si no estuviera tan cansado... —Me aprieta contra él y siento su erección.

—Descansa, que cuando despiertes, nadie te va a librar de un buen polvo mañanera.

Suelta una carcajada, apoyo mi cabeza sobre su pecho y acaricio sus abdominales hasta que siento cómo su respiración se vuelve más pausada. Me giro dándole la espalda y sé que la noche va a ser larga: las pesadillas me acompañarán.

Desperto en mi cama y me siento raro. Esta noche no he dormido con Helena, cosa que sería lo más normal del mundo, lo raro es que no somos nada y duerma con ella cada noche desde la semana pasada.

El lunes después de la cena y caer rendido, me desperté sobresaltado cuando volvió a tener la pesadilla que la sigue atormentando. Le dije que debería ir a terapia, a un psicólogo, pero se niega. Tengo que hacer algo y sé de alguien que me puede ayudar: Gonzalo.

Termino de preparar la maleta, porque en unas horas nos vamos para Sevilla y después para Valencia, y cojo el teléfono.

—¡A la paz de Dios, don Fernando!

—No me seas petardo que tú tampoco has llamado.

—Tienes razón. ¿Qué tal? ¿Cómo estás? Aunque ya me ha chivado Nuria que muy bien.

—Pues estoy estupendamente y precisamente por eso te llamo.

—Cuéntame.

—Nuria te habrá dicho que tengo algo con una chica que es ciega.

—Sí, eso me ha dicho.

—Bien. Resulta que perdió la visión en un accidente de tráfico y las pocas noches que he dormido con ella, ha sufrido pesadillas recordando el momento. Al parecer, hace tiempo que no las sufría, pero se están volviendo un constante. Le he dicho que tiene que verla un psicólogo o ir a terapia, pero se cierra en banda. Y no sé qué hacer.

—¿Estáis juntos o tenéis una relación?

—Si te soy sincero, no lo sé.

—¿Está enamorada de ti?

—Se supone que ninguno de los dos lo estamos, pero lo cierto es que sentimos cosas que no cuadran con no estarlo.

—¿Perdió a alguien importante en ese accidente?

—Sí, a su padre.

—Bien. Tendría que tratarla más de cerca, pero creo que sé lo que ocurre. Se supone que tú no estás enamorado de ella, lo cual dudo, pero tengo la impresión de que ella sí. ¿Por qué? Porque si las pesadillas han vuelto desde que empezasteis a salir, puede significar que tiene miedo de volver a perder a alguien importante para ella.

—¿Y qué hago?

—Lo primero, tienes que saber si la quieres para algo más que un entretenimiento. Si no es así, deberías dejarla porque puedes hacerlo muchísimo más daño. Lo segundo, si es el amor de tu vida, deberías hacer que sienta que no la vas a abandonar.

—Gonzalo, yo no sé nada sobre relaciones, yo no he estado enamorado nunca. ¿Cómo voy a saber si lo estoy o no?

—¡Ay, amigo! Eso es algo que solo tú puedes saber. A ver, si ella pusiera fin a la relación, ¿cómo te sentirías? —Solo de pensarlo, una sensación de ahogo me invade.

—Ufff. Estoy empezando a hiperventilar solo de pensarlo.

—Pues ahí empieza la respuesta a tu pregunta. Si solo fuera sexo lo que tenéis, no estarías así.

—Tengo un lío en la cabeza que me trae loco. Yo sé que no solo es sexo, pero me da miedo porque siento cosas que ni con Nuria sentí. Y sabes que soy un alma libre, que quiero volver a África, aunque tampoco quiero estar lejos de ella y...

—Para, que me estás agobiando hasta a mí y yo estoy muy bien con Nadia. Que mucho trabajito me costó conseguir que diera el paso, y eso que le dejé en su día bastante claro que no la abandonaré.

—Bueno, a ver si me voy aclarando. Hoy pasamos por Sevilla, pero vamos directos a Santa Justa a coger un AVE.

—Esas cosas se avisan, hombre.

—Ya iremos otro día a verte con más tiempo.

—Está bien. Y recuerda que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias, Gonzalo.

—Las gracias a los curas.

Nos despedimos entre risas y me llevo las manos a la cabeza cuando cuelgo. Esto no me puede estar pasando a mí, mis sospechas de que me estaba enamorando de ella no pueden ser ciertas. Eso cambiaría todos los planes que tenía y no sé si estoy preparado para ello.

Espero que en este viaje pueda aclarar todo esto que me atormenta. Si Gonzalo tiene razón, y sus pesadillas son porque se está enamorando de mí, no sería justo que yo no pusiera orden en mi cabeza y le hiciera más daño.

Recojo la maleta y bajo al coche. No sé si ir ya para su casa, dar una vuelta o... Mi teléfono suena cortando mis dudas. Es ella.

—Buenos días, bombón. ¿Cómo has dormido?
—Buenos días. Bien, he dormido bien.
—¿Te ocurre algo?
—No, nada. ¿Por qué?
—Estás raro. —Soy incapaz de mentirle, me coge siempre.
—No es nada. Es que voy saliendo de casa con la maleta y hablando contigo a la vez. —Es lo único que se me ha ocurrido para despistarla.
—¿Ya vienes?
—No. Voy a parar a comprar unas cosas antes de ir. ¿Quieres que lleve la comida?
—Pues no estaría mal.
—¿Qué quieres que compre?
—Mmm. KFC, por favor.
—Hecho. Ahora te dejo que se va a cortar en el ascensor.
—Perfecto. ¿Te espero desnuda?
—¿Lo dudas?

No entiendo cómo es posible que, con una simple conversación de unos segundos, sea capaz de impedirme pensar en todo lo que estaba rondando por mi cabeza. Lo único que tengo claro es que me apetece estar con ella, aunque sepa que eso no es suficiente.

No sé qué hacer, no sé adónde ir. Daré una vuelta por el parque comercial antes de comprar la comida, todavía es temprano.

Me subo al coche y, en menos de cinco minutos, ya estoy aparcado y dando un paseo. Entro en la librería, compro un par de libros y vuelvo a andar sin rumbo. Paso por una tienda de lencería y, al ver uno de los modelitos en el escaparate, imagino en lo bien que le quedaría a ella. Así que, no lo pienso y entro.

Al instante, una chica muy mona se acerca hasta mí. En otro punto de mi vida, le habría lanzado la caña, pero desde que estoy con Helena... «¡Mierda! Esto cada vez pinta peor», me digo a mí mismo un poco cabreado.

—¿Puedo ayudarle en algo?
—Sí, quería el modelo que tenéis en el escaparate.
—Sí, claro. ¿En qué talla?
—Pues... —Observo a la chica de arriba abajo, pero no tiene ni por asomo la perfecta sintonía de curvas de Helena, así que miro a la otra dependienta y esa sí—. ¿Qué talla tiene ella?

—Noelia, ¿puedes atender al señor? —La mirada lasciva que me ha echado cuando observaba su cuerpo, se ha convertido en decepción.

—Sí, claro. ¿En qué puedo ayudarle? ¿¡Fernando!?

—¡Noelia! ¡Qué casualidad! ¿Cómo estás? ¿Y PJ?

—Pues estamos muy bien. ¿Y tú?

—Bien. Aquí comprando algo para una...

—¿Follamiga?

—Más o menos.

Me subo al coche tras salir de la tienda con un par de bolsas, y después de charlar un rato con Noelia. Desde que estuve con Nuria, no he vuelto a verla y me ha dado mucha alegría encontrármela.

Paso por el autoservicio de KFC, compro un par de combos y en menos de diez minutos ya estoy entrando por la puerta del edificio. Helena insistió en que me quedara las llaves, aunque he llamado al telefonillo para que supiera que ya estaba subiendo.

Abro la puerta y la escucho trastear en la cocina. Dejo las bolsas en la mesa y me acerco a buscarla.

Mi verga salta como un resorte cuando la veo sentada en la encimera, completamente desnuda, abierta de piernas y tocándose. Es más de lo que mi raciocinio puede soportar. Así que, me desabrocho el pantalón y lo bajo lo suficiente para dejar libre erecto miembro.

Me acerco a ella, hago que enrosque sus piernas en mi cintura, la bajo de la encimera, la tumbo sobre la mesa y la empalo de una sola embestida.

—¡Joder, Fernando!

—Me estabas esperando bien preparada.

—Llevo toda la mañana deseando tenerte dentro.

La penetro con fuerza una y otra vez mientras se sigue masturbando, hasta que se corre arrastrándome con ella. Creo que no hemos durado ni un minuto, pero el orgasmo ha sido tan intenso como todos los que tenemos.

Limpio con una servilleta los restos de semen de mi falo y pongo la mesa. Unos minutos después aparece en ropa interior y sé que vamos a tener otro asalto antes de irnos a recoger a Elisabet. Sabe cómo provocarme, aunque si soy sincero, hasta vestida con el pijama más feo del universo, la desearía de la misma forma.

—Traigo un regalito para ti.

—¿Un regalo?

—Sí, y quiero que te lo pongas esta noche, cuando estemos en el hotel.
—¿Qué me has comprado?
—Un modelito de ropa interior con el que me vas a volver loco.
—¿Color?
—Rojo.
—El rojo siempre me ha hecho sentir poderosa. Creo que voy a tener que echar lubricante y algún juguetito en la maleta.
—Vamos a comer, porque solo de pensarlo... —Una carcajada brota de su garganta haciéndome sonreír.



Tras comer como si no lo hubiéramos hecho en días, y follar de la misma manera, recogimos a Elísabet y ahora estamos entrando en la estación de Santa Justa.

El camino ha sido de lo más entretenido. Elísabet me ha puesto al tanto de su historia con Steven, la persona que nos va a recoger cuando lleguemos a Valencia. La chica ha sufrido bastante, sobre todo, porque se suponía que dos años atrás iba a dejar a su mujer y, al parecer, hasta que hace un par meses no le puso punto final a lo que se traían entre manos, él no ha dado el paso definitivo. Dice que no piensa volver a su lado, que él se encargó de matar el amor que sentía, pero dudo mucho que un amor como el de ellos haya desaparecido de su vida de la noche a la mañana.

Escucho cómo alguien pronuncia mi nombre, pero no busco la voz que me llama. Es cierto que me resulta familiar, aunque hay muchos Fernandos en el mundo y no creo que sea a mí a quien busca.

—*Miarma*, ¿estás sordo?
—¿Gonzalo? Pero ¿qué haces aquí?
—¿De verdad pensabas que no me iba a acercar a verte? —Nos fundimos en un abrazo ante la asombrada mirada de Elísabet y la cara de expectación de Helena.

—Ven, que te voy a presentar. Ella es Helena, mi... Bueno, ya sabes. Y ella es Elísabet, una amiga.

—Encantado. Yo soy Gonzalo, amigo de Fernando.
—Pues ya estaba yo intrigada por conocerte —dice Helena dejándome fuera de juego—. No hago más que oír hablar de ti a Fernando, a sus padres, a Nuria...

—¿Conoces a Nuria?

—Sí, es un encanto.

—¿Os puedo robar un segundito a Fernando?

—Todo tuyo —le suelta Helena cogiendo a su amiga del codo y dirigiéndose a la zona de tiendas.

Las vemos alejarse y sé que me queda por delante un gran interrogatorio. Lo bueno es que solo tenemos diez minutos para hablar.

—¿Cómo es eso de que conoce a tus padres y a Nuria?

—Es una historia bastante larga, Gonzalo, otro día te lo cuento con más calma.

—Está bien, pero que conozca a todas las personas importantes de tu vida, me deja muy claro lo que sientes por ella. Ahora solo tienes que verlo tú.

—Bueno, a ver, que mis padres lo saben porque su madre nos pilló en faena. Y, claro, al ser su madre amiga de la mía...

—¿Cómo?

—Te prometo que cuando vuelva de Valencia, te llamo y te lo cuento todo con más calma.

—Sí, mejor, porque no me estoy enterando de nada. Aun así, piensa en todo lo que hemos hablado... —Se ríe y no veo dónde está la gracia—. Solo hay que ver la cara de tonto que tienes... —Le doy un puñetazo en el hombro mientras sonrío y a él le falta la respiración por la risa.

Un par de minutos después, llegan hasta nosotros Helena y Elisabet. Nos despedimos de Gonzalo y nos dirigimos al andén del que saldrá nuestro AVE.

Subimos al tren y Elisabet nos deja el asiento que ella tenía en un primer momento para que pueda ir al lado de Helena. Por un lado, me encanta la idea, pero, por otro, tengo mucho en lo que pensar y, teniéndola junto a mí, lo veo misión imposible.

18

El viaje ha sido muy tranquilo. Fernando ha estado más callado de lo habitual y eso es algo que me extraña bastante, tengo la impresión de que hay algo que le atormenta y no me quiere contar.

Elísabet, aunque no me lo haya dicho, está bastante nerviosa. Algo lógico porque va a reencontrarse con Steven. Ella dice que ya no le interesa, que el momento de ellos pasó, pero sé que lo dice de boca para afuera. Se aman desde el día que cruzaron la primera mirada y eso es imposible de olvidar.

Fernando se encarga de llevar mi maleta y la de él mientras mi amiga lleva la suya y voy cogida de su brazo. Jacky no me ha acompañado en este viaje; para él sería tedioso y voy a estar rodeada de gente en todo momento, así que no será imprescindible.

Llegamos a la puerta principal, donde Steven nos estará esperando con uno de los coches del equipo para recogerlos y llevarnos al hotel. Escucho unos pasos acelerados muy familiares y noto como Elísabet se tensa e incluso reduce la velocidad del paso.

Alguien me abraza y me alza en el aire. Su olor es inconfundible. Usa el mismo perfume que Fernando, pero huele de forma completamente diferente.

—¡Qué ganas tenía de verte, preciosa!

—¡Steven! Que me vas a romper las costillas...

—¡Perdón, perdón! —Me deja en el suelo y se hace un tenso silencio.

—Te voy a presentar. Él es Fernando, mi amigo.

—Yo soy Steven. Un placer conocer al causante del brillo en el rostro de Helena. —Sus palabras me dejan helada y siento cómo los músculos del brazo de Fernando se tensan debajo de mis dedos.

—Encantado, Steven.

—Hola, Elísabet.

—Hola... —Mi amiga emprende el camino al coche sin decir nada más.

—¿Dónde nos alojamos?

—La escudería ha reservado el hotel Caro para estos días.

—¡Qué nivel!

Nos dirigimos al coche entre risas y emprendemos el camino. Ni Elísabet ni Fernando pronuncian palabra en todo el trayecto, aunque lo cierto es que Steven y yo hemos hablado sin dar pie a que nadie entrara en la conversación.

Una vez en el hotel, nos asignan las habitaciones. Fernando y yo

compartimos una y Elisabet estará en otra sola... Si es que no soluciona las cosas con Steven; cosa que espero que ocurra.

Estoy muerta de hambre, pero a la hora que es, dudo mucho que el restaurante del hotel esté en funcionamiento, así que pido unas pizzas mientras caminamos a nuestra habitación y les pido a Steven y Elisabet que nos acompañen.

Mi amiga no estaba muy por la labor, pero si yo tengo hambre, estoy segura de que ella devoraría una vaca; por lo que finalmente ha cedido y me ha dejado claro que no espere que le dé mucha vidilla a la noche, que en cuanto cene, se vuelve a su habitación.

Lo primero que hago al entrar es tumbarme en la cama. Estoy agotada y el maratón de sexo que tenía previsto con Fernando va a tener que esperar a mañana.

Lo escucho sacar cosas de la maleta en silencio y dirigirse al baño. No entiendo qué le está pasando, quiero pensar que está cansado del viaje. Lleva así desde esta mañana, aunque ahora está todavía más raro.

—Fernando...

—Dime.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —Su tono al formular la pregunta dice todo lo contrario, la ha lanzado como si fuera un puñal, como si estuviera enfadado conmigo.

—Por nada. —Paso de decirle nada más. Si tiene algún problema, que lo diga. No voy a ir detrás de él para que lo haga.

El teléfono de la habitación suena cuando estoy levantándome. No llevo el bastón y me doy un golpe en la espinilla con la esquina de la cama.

—¡Me cago en la puta! —Rápidamente siento sus brazos rodeando mi cintura.

—¿Estás bien?

—Sí, déjame. Coge el teléfono, las pizzas habrán llegado.

Si piensa que puede enfadarse, y al segundo cambiar de actitud como si nada, la lleva clara conmigo. «Si está enfadado, está enfadado, que no me venga con tonterías», me miento a mí misma porque me encanta que haya venido a auxiliarme, pero no se lo voy a poner fácil. Hasta que no me diga qué le pasa, mi actitud con él seguirá siendo esta.

—Ya las están subiendo.

—Perfecto. Dame el teléfono que voy a avisar a Elisabet y Steven. —Cojo

el bolso, saco la cartera y le doy un billete de cincuenta euros—. Págalas mientras hablo con ellos.

Sin mediar palabra, me da el teléfono y no coge el billete. Se dirige a la puerta y yo aviso a nuestros compañeros de cena.

Deja la puerta abierta y lo escucho colocar la comida en la mesa que hay en la habitación y que está rodeada por dos pequeños sofás. Sigue sin dirigirme la palabra y me está empezando a cabrear la situación. Me dan ganas de encararlo, pero siento los pasos de Steven entrando en la habitación.

—¡Cómo huelen esas pizzas! ¡Qué hambre! ¿Ocurre algo?

—No, estábamos esperándoos. ¿Me guías a la mesa? Ya me he dado con el pico de la cama.

—Claro que sí.

Nos sentamos cada uno en un sofá y dejamos hueco a nuestro lado para los que faltan. Fernando coge una de las sillas de la habitación, la coloca en uno de los lados de la mesa que no está ocupado por los asientos y se sienta. Por momentos, menos entiendo qué demonios está pasando.

Escucho que la puerta se cierra y Elisabet hace la misma operación que antes ha hecho él. De ella lo esperaba, pero de Fernando no.

—Así estaremos más cómodos —dice con tono austero.

Si pensaba que no me iba a divertir en la cena, la llevaba clara. He pasado todo el tiempo hablando con Steven sobre la escudería, los problemas que está dando el motor, sobre su divorcio, cosa que ha hecho que Elisabet se levantara en un par de ocasiones y fuera al baño, sobre su vida en los últimos meses, sobre la mía, sobre mi madre, mi hermana, Jacky y todo lo que nos ha venido a la mente para ponernos al día.

Hace un par de minutos que nuestros compañeros de comida han salido de nuestra habitación y yo me he encerrado en el baño. La vejiga me iba a explotar y mi estómago amenaza también con hacerlo y darme la noche. No hemos dejado ni un triste bode de pizza y doy gracias por haber sido lista y meter en la maleta unos sobres de Almax.

Voy tanteando con el bastón hasta llegar a mi maleta. La abro, sostengo el pijama con una mano y con la otra busco a mi fiel compañero de fatigas.

—¿Necesitas ayuda? —susurra con un tono bastante más dulce del que ha tenido desde que hemos pisado Valencia.

—No, gracias. Puedo sola.

El silencio se vuelve a hacer entre nosotros y desaparezo de su vista una

vez más. Ni tan siquiera pensaba usar el jodido pijama, pero vista la situación, no voy a dar pie a nada. Además, necesito descansar, mañana tengo que estar concentrada.

—No debí haber venido. —Sus palabras me hielan la sangre, aunque no pienso dar mi brazo a torcer.

—No te puse un puñal en el pecho para que lo hicieras. Fue decisión tuya.

Cierro la puerta del baño y me trago las lágrimas mientras me cambio de ropa. No entiendo qué está pasando, por qué su cambio repentino de actitud, por qué... ¿Se habrá dado cuenta de que no quiere a alguien como yo en su vida? ¿Se estará repitiendo otra vez la misma historia?

Al salir de mi encierro, escucho cómo cierra la cremallera de la maleta y la pone en pie.

—Me voy.

—¿Cómo?

—Que me voy. Igual que fue decisión mía venir, lo es irme.

—Si es lo que quieres, adelante. Pero si lo haces, no vuelvas a buscarme nunca más.

—No me voy por lo que piensas.

—Pues explícame qué narices está pasando porque no entiendo nada, Fernando. —Me siento en la cama abatida y ya no puedo seguir tragándome las lágrimas—. Llevas todo el día tenso, distante, pero más aún desde que llegamos..., y no sé por qué.

—Me siento fuera de lugar. No sé, desde que has llegado, solo has tenido palabras para Steven, todo ha girado en torno a tu vida antes de mí, y he sentido que estoy de más.

—El día que volviste de África, ¿cuánto tiempo estuviste hablando con Nuria? —Un suspiro me dice que tengo razón—. Pues es lo mismo. Hace casi un año que no veo a Steven, una de las personas más importantes de mi vida anterior. ¿Entiendes que tengamos muchas cosas de las que hablar? Yo sé que te debes haber sentido desplazado, pero entiéndeme.

Siento cómo se sienta a mi lado en la cama, me toma la mano y la besa. La aparto rápidamente, necesito poner distancia, es la segunda vez que lloro por él y es algo que no puedo permitir. Si lo hago, es porque hay sentimientos que no quiero tener.

—Lo siento. —Y solo con esas dos palabras hace que mi pose de mujer dura y fría empiece a derrumbarse—. Reconozco que he sido muy egoísta, y

bueno... —Sabía que algo más había—. He tenido un día complicado, intentando poner orden en asuntos pendientes, y creo que también lo he pagado contigo.

—¿Qué te pasa, Fernando? Puedes contármelo.

—No es nada, de verdad. —Se pone de rodillas delante de mí, me toma la cara entre sus manos, limpia mis lágrimas con sus pulgares y sé que ya no voy a poder resistirme a él—. Perdóname, por favor.

—Prométeme que...

—Yo te prometo lo que tú quieras, pero no llores más. No puedo soportarlo. —Su voz se quiebra y tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad porque me pueden las ganas de besarlo.

—Prométeme que, cuando necesites hablar sobre lo que te está pasando, lo harás conmigo. Y... que vas a disfrutar conmigo de estos días.

—Te lo prometo.

—Pues ponte el pijama y ven conmigo a la cama. Anoche te extrañé.

—Yo había pensado en quitártelo a ti.

—Mañana tengo que estar muy concentrada y, por tanto, tengo que descansar.

—Es temprano...

—Uno y a dormir —le digo, levantando el dedo índice.

—Pues prepárate a disfrutar.

Las últimas palabras van seguidas de un beso que me deja sin aliento. Se levanta del suelo y comienza a desnudarse mientras yo hago lo mismo. Hoy no voy a pelear con él por tener el mando de la situación. Simplemente, voy a dejar que me haga disfrutar como solo él sabe.

Se cuele entre mis piernas y puedo sentir su mirada acariciando mi cuerpo. Acaricio sus brazos, sus hombros, su cuello y enredo mis dedos en su pelo atrayendo sus labios hasta los míos.

—Eres preciosa y jamás he deseado a nadie como te deseo a ti.

Me besa sin darme opción a réplica. Yo tampoco he deseado a nadie de esta manera, nunca he tenido esta imperiosa necesidad de tener cerca un hombre, ni siquiera a Lucas, y mucho me temo que esto no es simple deseo, que nuevamente estoy cayendo en las garras de eso que no me atrevo a pronunciar, y mucho más de lo que lo he hecho nunca. Esa palabra de cuatro letras que tengo vetada en mi vida, que solo me ha traído dolor, que me juré no volver a sentir y lo estaba cumpliendo. Hasta que llegó él y puso mi mundo patas arriba.

Hoy, más que nunca, tengo la absoluta certeza de que nos vamos a hacer muchísimo daño, pero también de que no soy capaz de frenarlo.

—¿Estás bien? Si estás cansada, lo dejamos.

—Estoy bien. Y no, ni se te ocurra parar. Necesito sentirme tuya.

No hacen falta más palabras. Me entrego a él de una manera tan incondicional que duele. Y, por primera vez, desde que esto dio comienzo, siento que Fernando y yo no follamos sin más. Al menos, para mí, esto se llama hacer el amor con todas sus letras.

19

Hace un par de horas que llegamos al circuito y es la cosa más impresionante que he visto en mi vida. Elisabet me ha hecho una ruta por las instalaciones, que ya conoce a las mil maravillas porque ha estado aquí en más de una ocasión.

Ahora estoy solo. Mi compañera de tour ha sido eclipsada por Steven con el pretexto de consultarle algo relativo a un componente electrónico del vehículo. No tenía ni idea de que Elisabet fuera ingeniera electrónica, nunca se me habría pasado por la mente.

Ella sigue teniendo con él la misma actitud distante y él sigue intentando acercarse a ella a como dé lugar. No sé exactamente cuál es la historia que ha habido entre ellos, pero se nota a leguas que están hechos el uno para el otro.

Apoyado sobre la barandilla de la tribuna de boxes, observo a Helena con los cascos puestos. Está concentrada en lo que escucha, el coche da vueltas una y otra vez por el circuito, cada vez que ella lo pide. Da instrucciones a unos y otros y me tiene embelesado, igual que anoche.

El día de ayer fue un vaivén de sentimientos que no supe manejar. Todo lo que Gonzalo me había hecho ver, y sentir que estoy de más en su vida, que su mundo es muy diferente al mío, me hizo enfadar. Nunca se me ha salido nada de control, todo mi mundo tenía una perfecta sintonía, hasta que llegó ella y le dio la vuelta a todo.

Tengo que reconocer que sentí celos de Steven, a pesar de saber que solo tiene ojos para Elisabet, pero ver la complicidad que tiene con ella me superó hasta el punto de querer gritarle que Helena es mía, que no voy a permitir que nadie me la quite, y eso me enfadó también. Nunca he sido un hombre celoso, sin embargo, la sola idea de imaginarla con otro, hace que enfurezca y aparezcan mis más oscuros instintos. Cuando la abrazó en la estación, y le dijo preciosa, quise matarlo con mis propias manos.

En fin, un cúmulo de cosas sin sentido que le hicieron daño, justo lo que no quiero que sufra. La hice llorar, sentirse mal, culpable y todo por mis dudas, por mis miedos, por negarme a ver que la quiero, que me estoy enamorando sin remedio..., aunque ella no sienta lo mismo.

Al menos, tengo claro que no quiero que Helena sea un simple rollo, que quiero algo más, no sé qué, pero algo más. Ahora tengo que averiguar si ella quiere lo mismo y, si no es así, tengo que hacer todo lo posible para que lo

quiera. Si esto no sale adelante, no será porque yo no lo vaya a intentar.

La veo entrar en el edificio del circuito y hago lo mismo. Quiero compartir estos momentos con ella, al menos en los que no sea un estorbo, que sepa que estoy aquí, que estoy disfrutando de la experiencia.

Me cruzo con Elisabet que me dice que acaba de dejar a Helena en uno de los vestuarios. Eso me extraña, pero me imagino que ahí estarán los servicios.

Recorro el pasillo y comienzo a escuchar un barullo al llegar a la puerta. La abro y no estoy preparado para lo que veo. Bueno, mi mente no está preparada, porque a mi polla le ha dado vida. Delante de mí tengo a Helena vestida de piloto de Fórmula 1, con un mono igual al que tiene en la habitación de su casa.

—¿Fernando?

—Sí, estoy aquí. No esperaba verte vestida así.

—Es que me voy a subir al coche.

—¿Al coche?

—¿Podéis dejarnos un momento a solas? —le dice al resto de personas que están con ella—. Voy a conducir.

Por un momento pienso que es una broma por el día de los Santos Inocentes, pero ese día fue ayer. Entonces, la miro y la seguridad que desprende su expresión hace que me eche a temblar y tenga que sentarme.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—Claro que estoy hablando en serio.

—¿Estás loca? ¿Cómo vas a conducir? —Enfurezco por momentos ante la tranquilidad más absoluta de ella.

—No es la primera vez que lo hago y nunca me ha pasado nada.

—Pero...

—Es solo la recta de meta. ¿Cómo voy a conducir por todo el circuito si no veo nada?

—Aun así..., es muy peligroso... —Se acerca a mí, me abre las piernas con las rodillas, se coloca entre ellas, toma mi cara con sus manos y hace que la mire.

—Confía en mí. Tú eres bueno en tu trabajo, pero yo en el mío también. Además, es lo único que me hace sentir viva, aunque solo sea por unos segundos.

—Vas a hacerlo diga lo que diga, ¿verdad?

—Sí.

—Ten mucho cuidado, ¿vale?

—Vale. Súbete a la tribuna, lo verás mejor.

Me dan ganas de decirle que no sé si quiero verlo, pero no quiero que se sienta mal por lo que va a hacer. Aguantaré como un campeón esos segundos e intentaré mirar, aunque dudo mucho de que pueda hacerlo.

La veo salir con el casco debajo de uno de sus brazos y el bastón en la otra. Inmortalizo lo que veo con el móvil porque dudo mucho que me cruce en la vida con una instantánea tan impresionante como esta.

Subo a la tribuna y me encuentro allí con Elisabet. Me hace un gesto para que me ponga a su lado y no dudo en hacerlo. Se agarra a mi brazo y apoya su cabeza sobre mi hombro. Sabe que estoy nervioso y quiere infundirme tranquilidad.

—Vas a flipar con ella.

—¿A flipar? Estoy acojonado.

—Tranquilo, no le va a pasar nada. Si la hubieras visto correr antes del accidente... Siempre le dije que debía luchar por ser uno de los pilotos principales, pero a ella le encantaba ser piloto de pruebas, mejorar los motores.

—Tuvo que ser un infierno...

—Lo fue. No te puedes hacer una idea de cuánto.

—Sé por todo lo que pasó.

—¿Todo? Es imposible.

—Créeme que lo sé.

—Eso no está en su historial clínico...

—Me lo contó Isabel, y lo de Lucas también.

—¿Ella lo sabe?

—No. Me pidieron que no le refiriera nada y así lo he hecho. Además, creo que es algo que me debería contar ella si lo cree oportuno.

—Si te ha hablado de su vida antes del accidente, tarde o temprano, te lo contará. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Hasta dónde piensas llegar con ella?

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que no quiero que esto sea un simple rollo.

—Sabes que va a ser difícil que ella ceda a eso, ¿verdad?

—¿Tanto como que tú cedas con Steven?

—Más...

—¿Qué me he perdido?

—Puede ser muy persuasivo.

—Se ve a distancia que os queréis con locura.

—Me lo hizo pasar muy mal, y una tiene su orgullo.

—Se ha divorciado.

—Después de dos años prometiéndomelo.

Decido no seguir con la conversación porque entiendo que no debe haber sido fácil para ella hablar de todo lo que ha pasado en esos dos años.

Dirijo la mirada a la pista y un coche a toda velocidad pasa por delante de mis narices haciendo que el corazón me dé un vuelco. Llega al final recta y frena en seco coronando el frenado con un trompo. Dos componentes del equipo dirigen el vehículo y lo encaran de nuevo. Arranca y vuelve a hacer lo mismo.

«Yo no soy capaz de tener ese control del vehículo», pienso cuando lo vuelve a hacer por quinta vez.

Un coche de seguridad se dirige a la recta en la que está corriendo Helena y eso es algo que me pone nervioso. Me pregunto angustiado si le estará pasando algo al vehículo y está en peligro. Busco el coche de carreras y lo veo avanzar muy lentamente hasta la línea de meta, donde para.

Helena saca el volante, se pone de pie y uno de los chicos que ha estado en los extremos de la recta para dar la vuelta al vehículo la ayuda a salir y a subir en el coche de seguridad.

—¿Bajamos? —me pregunta Elisabet haciéndome despertar del sueño que ha sido verla correr.

—Sí, vamos.

Nos apresuramos para llegar a la zona de boxes donde está la escudería. Steven está ayudando a Helena a quitarse el casco y el protector del cuello. Si siempre me ha parecido preciosa, con ese mono me vuelve loco. Nos acercamos y escucho atentamente lo que le está diciendo a Steven.

—Me ha faltado un poco de velocidad para comprobarlo bien, pero creo que tenéis que regular la entrada de carburante al motor.

—Ya lo hicimos para que le llegara más.

—El problema es que ahora entra demasiado.

—Y eso hace que el motor...

Steven se va murmurando y la deja junto a nosotros. Se desabrocha un poco

el mono y un chico le da su bastón sin abrir. Me acerco a ella la abrazo y le digo:

—Siempre he pensado que eres una mujer increíble, pero lo de hoy ha sido fascinante.

Me besa y escucho los vítores de los miembros del equipo que nos rodean. Me ha costado mucho trabajo no pronunciar un «Te quiero» que está loco por salir de mis labios.

Nos separamos y Elisabet se la lleva rápidamente al vestuario para quitarse el mono y darse una ducha.

Algunos componentes del equipo me llevan a una zona donde tienen dispuesto un catering y en este momento valoro más que nunca los veranos que mis padres me obligaron a pasar en Londres estudiando inglés. Creo que Steven y un par de ellos más son los únicos que hablan castellano.

Mi teléfono vibra una vez en el bolsillo del pantalón. Lo saco y en la pantalla veo que tengo un mensaje de Nuria preguntándome qué tal lo voy pasando. Estoy a punto de llamarla cuando veo aparecer a Helena del brazo de Elisabet y le contesto rápidamente con un mensaje que pone:

***De puta madre. Luego te llamo.*

La cara de felicidad de Helena hace que sienta una plenitud que no logro entender. Ojalá nunca desapareciera de su rostro, ojalá desbancara a la de la mujer que ha construido un muro en todos los aspectos de su vida.

Llegan hasta mí y Elisabet nos deja solos mientras va a buscar un vaso de agua. La abrazo durante unos segundos que ya quisiera yo que fueran eternos y me pregunta:

—¿Qué te pasa? Hoy estás de un cariñoso que no te reconozco.

—No sé. Iré a ponerme con la regla. —Mis palabras le arrancan una carcajada que hace que todos nos miren.

—¡Eres tremendo! —Acerca su boca a mi cuello y me susurra—: ¿Nos vamos al hotel?

—¿No prefieres quedarte un rato más?

—Tengo un subidón tan grande que lo único que me apetece es follar contigo sin descanso.

—A ver cómo cojones hago para que no se me note la erección que me acabas de provocar.

—Vamos a pedirle a Steven la llave de uno de los coches del equipo, a ellos todavía les queda aquí un rato.

Toma mi brazo y avanzamos hasta que Elisabet se cruza en nuestro camino. Helena se bebe el vaso de agua y le pregunta a su amiga qué va a hacer porque nosotros nos vamos. Ella le responde que se queda porque está ayudando a los ingenieros con un problema del coche.

Llegamos al box donde está Steven con los mecánicos y los deja trabajando mientras vamos a buscar las llaves del coche.

—Elisabet se queda. ¿Te encargas de que llegue sana y salva al hotel después? —Una sonrisa pícaro se dibuja en la cara de Helena.

—Si ella quiere, no tendré ningún problema, aunque lo dudo. Aquí tienes la llave.

Salimos del circuito, llegamos al parking y pulsa el botón que abre las puertas para localizar el coche. Se la quito de las manos y le digo divertido:

—Conduzco yo, ¿vale?

—Como lo haga yo, mal vamos, Fernandito. ¡Mal vamos!

Nos subimos al coche, arrancamos y llego al hotel con una erección imposible de disimular por culpa de su mano inquieta.

20

La tarde ha sido maravillosa. Sin duda alguna, Fernando es el mejor amante que ha pasado por mi vida. No solo por cómo folla, que también, sino por la sensibilidad con la que me trata a pesar de ser tan duro y tan bruto cuando lo hacemos. Quiero creer que es por eso por lo que me cuesta apartarlo de mi lado, me niego a ceder al pensamiento de que me estoy enamorando perdidamente de él, si no lo he hecho ya.

Acabamos de llegar a un restaurante al que el equipo suele ir a cenar cuando hacen aquí los entrenamientos. Como era de esperar, nos han obligado a salir de la habitación para acompañarlos, aunque de buena gana hubiera rechazado la invitación. Nosotros teníamos nuestra fiesta particular en la que el conjunto que me regaló ayer ha terminado hecho jirones.

Nos sentamos a la mesa y disfrutamos de la exquisita comida que nos sirven. Me parece increíble lo muchísimo que come Fernando, aunque con la cantidad de ejercicio que hemos hecho esta tarde, no sé de qué me extraño, tiene que estar tan famélico como yo.

Tras una cena maravillosa, nos dirigimos a un local de copas bastante exclusivo, en el que se está muy tranquilo, ideal tanto para conversar como para bailar.

Fernando y Elisabet se van a pedir porque Steven quiere hablar conmigo a solas. Espero que no insista con la retahíla de que vuelva al equipo, porque eso ya es caso cerrado.

—Cuéntame, ¿qué te pasa?

—Necesito que me busques un piso de alquiler en Jerez para dentro de dos semanas.

—¿Vas a venir de vacaciones a mi tierra?

—No. Voy a poner toda la carne en el asador.

—¿Con respecto a Elisabet?

—Sí... Dejo el equipo, Helena. En un par de semanas empiezo a trabajar como jefe de taller en la Mercedes de Jerez.

—¿Estás loco? ¿Cómo...?

—Yo amo a esa mujer, y si tengo que dejarlo todo por ir tras ella, lo haré.

—Pero ella no querría que hicieras eso, Steven.

—Helena, si quiero que vuelva a mi lado, tengo que estar presente, tengo que conquistarla, y hacerlo a miles de kilómetros es muy complicado. Lo sabes.

—Pero... ¿Tanto la amas?

—Llevo meses llorando cada noche por haber sido un estúpido y haberla perdido. Voy a hacer lo imposible porque todo se solucione y, si no lo consigo, volveré al equipo.

—Está bien. Intentaré ayudarte en todo lo que pueda. Sé que tú eres la felicidad de mi amiga, pero han pasado muchas cosas entre vosotros y no estoy segura de que puedas conseguirlo.

—Lo tengo que intentar. No le cuentes nada de lo que hemos hablado, quiero que lo sepa cuando ya esté allí.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Fernando y Elísabet vuelven hasta nosotros con las copas y Steven se levanta para que mi amiga no se sienta incómoda, aunque ella nos deja a solas y se va a bailar con dos de las ingenieras del equipo.

Unos minutos después, Andrew se acerca a nuestra mesa, me toma de la mano y le dice a Fernando:

—Te la robo.

Me lleva a la pista de baile, me quita el bastón y empiezan a sonar las primeras notas de *Sarandonga* de Lolita Flores. Suelto una carcajada y hago lo que todos están esperando: me marco el baile loco de siempre.

Vuelvo a la mesa abrazada a Fernando y me bebo el *gin- tonic* casi de un trago. Hace mucho tiempo que no bailo de esa forma esperpéntica y estoy baja de forma.

—¿Qué hora es? —le pregunto a Fernando cuando recobro el aliento.

—Casi las dos.

—Deberíamos irnos, en unas horas tenemos que estar en la estación.

—Podemos ir de empalme.

—¡Uy, no! Que soy insoportable cuando no descanso.

Nos despedimos del equipo y Steven nos lleva al hotel a los tres. En recepción nos dan las llaves de las habitaciones y lo escucho discutir con Elísabet. Se hace el silencio y justo después suena una cachetada que me duele hasta a mí, para luego escuchar unos pasos acelerados.

—¿Me cuentas lo que ha pasado?

—Steven ha besado a Elísabet, ella le ha dado una bofetada, él la ha vuelto a besa, se han separado, tu amiga le ha cogido de la mano y han salido corriendo juntos hacia las habitaciones.

—Y yo pensando que le iba a costar la misma vida volver con ella. Toma mi

móvil y mándale un mensaje diciéndole que nos vemos aquí a las seis y media.

Nos subimos a la habitación, dejamos las maletas casi listas, nos ponemos el pijama y nos echamos a dormir. La ración de sexo de esta noche va a tener que esperar a mañana.

Abrazada a él no creo que tarde mucho en...



La alarma está sonando y me dan ganas de estampar el teléfono contra el suelo. Se está tan bien entre sus brazos que no quiero que se acabe este momento.

—Es hora de levantarse, dormilona.

—No quiero...

—Pero nos tenemos que ir.

—Vale...

Me levanto de la cama y voy directa al baño. Creo que ese ha sido el único motivo por el que he puesto los pies en el frío suelo.

Después de cinco minutos, vuelvo a la habitación con la cara lavada, peinada y el pijama sobre el brazo. Fernando lo coge, lo dobla y lo mete en mi maleta junto al neceser. Si lo hubieran hecho mi hermana o mi madre, les habría caído la bronca, pero me hace sentir bien que él tenga esos detalles conmigo.

Salimos de la habitación a diez minutos de que den las seis y media. Espero que Elisabet sea puntual porque no me gusta llegar con el tiempo justo a la estación. En cualquier otra ocasión, dudo mucho que hubiera mucha gente para coger el tren, pero mañana es fin de año, y puede ser una locura.

Llegamos a la recepción del hotel y estamos haciendo el *check out* cuando aparece mi amiga; su olor también es inconfundible, al igual que el de Steven que viene junto a ella.

Esta noche debe de haber sido mágica para los dos, aunque noto cierta tensión en el ambiente y eso no puede significar nada bueno.

Llegamos a la estación con tiempo suficiente de comprar unos cafés antes de subir al tren. Steven se despide de nosotros en la puerta y escucho de mi amiga unas palabras que me han dolido sin formar parte de esa extraña relación:

—Adiós, Steven. Espero que te vaya bien.

Después de sus palabras, escucho un beso en los labios y el más absoluto de los silencios. Steven se acerca a mí, me abraza y lo escucho llorar; sus

lágrimas impregnan mi rostro cuando se separa y me da dos besos.

—Me niego a creer que esta noche sea un adiós. Pienso luchar por ella.

—Steven...

—Nos vemos en un par de semanas.

Se despide de Fernando, entramos en la estación y Elísabet nos da al encuentro con los cafés en una mano.

El tono de su voz cuando nos dice del andén que sale nuestro tren, delata que no está bien, que ella también lo está pasando mal, incluso puedo adivinar un toque de resignación. Sé que Steven tiene claro que lo que quiere, aunque me temo que es prácticamente imposible, porque ella lo tiene más que claro, a pesar de lo mucho que lo ama.

Una vez nos subimos al AVE, le pido a Fernando que deje a Elísabet sentarse junto a mí, a lo que no pone ninguna pega. Él también es consciente de todo lo que está pasando.

—¿Estás bien?

—Claro que sí.

—¿En serio?

—A ti no te puedo mentir. No debí venir a este viaje, no debí ceder anoche... Bueno, no debí ceder hace dos años. Se acabó, Helena. Lo de anoche fue nuestra despedida.

—¿Por qué no lo intentáis una última vez? —Sé que me va a odiar cuando sepa que estaba al tanto de que Steven va a mudarse para conquistarla, pero no puedo traicionar la confianza que ha depositado en mí.

—Nuestro tiempo pasó. Además, si le fue infiel a su mujer, ¿quién dice que no pueda hacer lo mismo conmigo?

—Sabes que las cosas no son como las estás pintando. Steven ya no estaba bien con su mujer cuando lo nuestro empezó, tú fuiste su bote salvavidas.

—Pues maltrató mucho al bote y ya se ha rajado; no tiene posibilidad de arreglo alguno. Lo mejor es que cada uno siga su camino.

—¿Te vas a quedar con la duda de saber qué habría pasado si lo hubierais intentado?

—¿Cuántas veces lo hemos intentado ya? Y el resultado siempre ha sido el mismo: Volvía a casa con su mujer.

—Pero ahora está divorciado, no va a volver con ella.

—Permíteme que lo dude.

—Bueno, no voy a seguir insistiéndote, pero prométeme que al menos lo

pensarás.

—Cambiando de tema: ¿Dónde está esa amiga mía que no permitía que un hombre pasara dos veces por su cama?

—No te equivoques. Fernando está repitiendo, pero yo tengo las cosas muy claras. Lo que hay entre nosotros es sexo y punto.

—No me hagas reír, por favor. Estás loca por ese hombre por mucho que te niegas a admitirlo.

—No voy a pasar otra vez por lo mismo.

—¿Y me pides a mí que lo haga?

—Es diferente. Vosotros estáis enamorados, lo nuestro es algo pasajero.

—¿Pasajero? Yo no sé si tú te has dado cuenta o no lo quieres ver.

—¿Cómo?

—No te voy a decir que Fernando está enamorado de ti porque no lo conozco, pero que siente algo por ti lo tengo más que claro.

—Que no, Elísabet.

—Hay que ver que para lo que quieres, bien que percibes las cosas, pero, amiga, cuando no te interesa, bien que te haces la loca. ¿Me vas a negar que no te has dado cuenta?

—Pues sí, te lo voy a negar.

—No me mientas.

—Está bien. Sí, tienes razón. Ufff, ¡cómo me jode reconocer esto! Me hace sentir cosas y creo que él también las siente, pero no estoy preparada para tener una relación. Es más, no quiero tener una relación, no quiero volver a pasarlo mal, no quiero...

—¿Qué no quieres, Helena?

—Volver a perder a alguien importante y quedarme destrozada.

—Eso no tiene por qué ser así.

—Las pesadillas han vuelto... Cada noche vuelvo a revivir el accidente, pero...

—¿Pero?

—No es mi padre el que muere, es Fernando.

—Pues estás más loca por él de lo que pensaba.

—No...

—Helena, en ese accidente perdiste a la persona más importante de tu vida. Si ahora lo ves a él... Solo tienes que relacionar las cosas.

—¡Mierda! Esto se tiene que terminar...

—Helenita, que te conozco. Ni se te ocurra mandar todo a la mierda por tus miedos: supéralos y sé feliz. Te lo mereces.

—Le dijo la sartén al cazo.

—*Touchè*. Pero te digo lo mismo que me has dicho tú a mí: Prométeme que lo vas a pensar.

No continuó esta conversación que iba a estar enfocada a ella y se ha dado la vuelta hacia mí. Sí, reconozco que siento cosas por él, incluso que me estoy enamorando, pero no puede ser, no puedo volver a pasar por lo mismo. Por mucho que Elísabet diga que no, se repetirá la historia. No es fácil estar con una persona como yo, con mis limitaciones, y llegará el momento en que eso canse a cualquier hombre que esté a mi lado, sea Fernando o sea otro. Y seré yo la única que salga malherida y destrozada de ese momento en que todo acabe. Le he prometido que lo iba a pensar, y eso estoy haciendo, aunque la respuesta la tengo más que clara: Cuanto antes termine esto, menos sufriré.

Apoyo la cabeza en el cristal para que el sueño me venza y no seguir pensando en todo esto que me está volviendo loca. Con los rayos de sol que están entrando por la ventana, dudo mucho que tarde más de unos minutos en conseguirlo, aunque mucho me temo que después de esta conversación, los fantasmas del pasado no tardarán demasiado en hacer acto de presencia.

21

No me he enterado del viaje. He dormido prácticamente todo el trayecto, aunque es normal porque apenas hemos dormido cuatro horas y el día de ayer fue muy intenso.

Nos hemos bajado del tren y tanto la Helena como Elísabet están muy serias. Espero que no hayan discutido y estén enfadadas.

Llegamos al parking, guardamos las maletas en el coche y emprendemos el camino de vuelta. No sé si empezar una conversación o dejar las cosas como están, lo que menos me apetece es vivir una discusión entre dos mujeres de armas tomar en plena autopista.

El peaje está a poco más de un kilómetro y no me va a quedar de otra que hablar porque la tarjeta está en mi cartera, que he guardado en la guantera.

—Helena, ¿me puedes dar mi cartera? —Está dormida y sintiéndolo mucho, voy a tener que despertarla—. Helena, cariño, dame la cartera que estamos llegando al peaje.

—¿Qué me has dicho? —No debí decir esa palabra, espero que piense que ha sido una ensoñación.

—Que me des la cartera, que estamos llegando al peaje.

—Sí, perdona, que estaba dormida.

Me da la cartera y vuelve a cerrar los ojos. Sé que tengo que ir con cautela en este asunto, y si se llega a enterar bien de lo que he dicho, corría el riesgo de que la bronca fuera conmigo y no con su amiga.

Me da la cartera cuando paramos, saco la tarjeta, la meto en la máquina, se levanta la barrera y seguimos nuestro camino en el más absoluto de los silencios. Me alegra haber dormido en el tren, porque ahora mismo tendría tal morriña que hubiera sido peligroso conducir.

Entramos en Jerez, dejamos a Elísabet y nos dirigimos a su casa. Entre ellas no ha pasado nada y, que yo recuerde, entre nosotros tampoco, así que no entiendo qué le pasa, por qué está así.

Aparcamos, bajo nuestras maletas y hago el intento de ir hacia el portal de su edificio, pero me frena en seco. Su cara y sus lágrimas me dicen que algo muy malo va a pasar ahora mismo.

—¿Qué pasa, Helena?

—Yo... No quiero que subas.

—Vale, pero déjame acompañarte a la puerta.

—No. A ver, no quiero que subas hoy ni nunca más.

—¿Cómo? —Siento que el mundo se hunde a mis pies al escuchar sus palabras, me falta el aire, un nudo se forma en mi garganta, se me dispara el ritmo cardíaco y casi no puedo respirar.

—Se acabó, Fernando —me dice entre lágrimas y no entiendo nada de lo que está pasando. Hasta hace unas horas todo iba de maravilla entre nosotros.

—¿De qué estás hablando, Helena? ¿Cómo que se acabó?

—Es lo mejor. Esto se nos está yendo de las manos y cuanto más tardemos en zanjar este asunto, será peor.

—Pero ¿por qué?

—Porque sí, porque es así, como todo en mi vida.

—Yo no quiero que esto acabe... —Si quiero que sea verdad lo que acabo de decir, tengo gastar hasta el último cartucho, y ya no me importa reconocer lo que siento.

—Va a acabar. Llegará el día en que te des cuenta de que no te merece la pena estar junto a una persona como yo.

—Eso nunca va a pasar... ¡Joder! ¡Te quiero, Helena! Siento cosas por ti que nunca he sentido por nadie, me haces vibrar, querer seguir adelante, no imagino un día sin saber de ti, sin verte, sin tocarte, sin sentirte, sin hacerte el amor como lo hemos estado haciendo desde hace unos días... ¡Qué demonios! Creo que lo hemos hecho desde la primera noche que estuvimos juntos. Por primera vez en mi vida, siento que he encontrado mi sitio, mi lugar, mi hogar, hasta el punto de no importarme salir de mi estructurada vida, de experimentar todo contigo.

—No sigas, Fernando, no me lo pongas más difícil.

—Dime que tú no sientes que esto no es algo pasajero, que hay algo más. No puedes negarlo... Entiendo que tengas miedo, porque yo también lo tengo, pero podemos afrontarlo juntos.

—¡No! Sé que te irás y la que quedará destrozada seré yo. No es la primera vez que... —Y entonces lo entiendo todo. Teme que yo le haga lo mismo que hizo Lucas con ella.

—¡Escúchame, por favor! Yo no soy Lucas.

—¿Cómo sabes tú de Lucas? ¿Quién te crees para investigar mi vida? Te has pasado, Fernando. Ahora sí que hemos terminado y nada de lo que me digas podrá cambiar las cosas.

—Yo no he investigado nada, me lo contó tu madre.

—¿Mi madre? ¡Oh, Dios mío! La voy a matar, ahora mismo la voy a matar.

Extiende el bastón y se dispone a cruzar la calle sin pensarlo, sin pararse a escuchar. Entonces veo cómo un coche a toda velocidad se acerca haciendo una frenada de emergencia, pero no lo va conseguir.

Corro, la empujo y siento un impacto en la pierna izquierda. Vuelo por encima del coche y caigo en la calle sintiendo un fuerte golpe en la cabeza...

—Fernando, dime que estás bien, por favor. No me hagas esto.

Intento abrir los ojos, pero no puedo. Una oscuridad llena de serena calma se apodera de mí y me dejo vencer por ella.



Los párpados me pesan y solo puedo mover los ojos sin abrirlos. Un incesante pitido me indica que me tienen monitorizado y que estoy en un hospital, pero no sé por qué. Lo último que recuerdo es que Helena me dejó y no puedo evitar que las lágrimas salgan disparadas de mis ojos.

Tengo que hacer memoria y recordar qué ha pasado y por qué estoy en esta situación. Me duele todo el cuerpo y la pierna izquierda me pesa, tengo un yeso de rodilla para abajo.

Las imágenes de un coche embistiéndome llegan a mi mente. Iba a atropellar a Helena y yo lo evité, pero no recuerdo nada más.

—Enfermera, creo que a este chico le ocurre algo, se ha disparado el pitido de la máquina.

Normal que se haya disparado, ahora mismo tengo el corazón muy acelerado. Consigo abrir los ojos y veo llegar a una enfermera que conozco, estoy en mi hospital, así que no creo que la cosa haya sido demasiado grave, aunque esto es la UCI.

—Al fin despiertas, bello durmiente.

—Aitana, ¿cómo estoy?

—Pues eso lo tiene que decir el médico, corazón. Por lo pronto, que estés despierto después de tres días en coma, es buena señal.

—Me duele la garganta.

—Normal. Ayer empezaste a despertar y tu cuerpo quería respirar por sí mismo, así que esta mañana te extubaron.

—¿Has dicho tres días?

—Sí. No sabías cómo deshacerte de la guardia de Año Nuevo, ¿no?

—No me hagas reír que me duelen las costillas.

—Bueno, te doy el parte: rotura limpia de peroné, traumatismo cráneo encefálico sin derrame y dos costillas fisuradas. Pero, por lo demás, sigues tan guapo como siempre.

—¿Y la chica...?

—La hija de Isabel está bien. Un par de raspones en cadera y brazo, pero estupendamente. Le salvaste la vida, campeón.

No puedo seguir hablando. La tranquilidad de saber que Helena está bien, hace que empiece a ceder al sueño, aunque una voz que conozco muy bien hace que Morfeo no me lleve a su terreno. Eso sí, soy incapaz de abrir los ojos.

—Ahora está dormido por lo que acabo de ponerle en el gotero, pero está bien. Tienes cinco minutos hasta que llegue el médico.

—Muchas gracias.

Escucho salir a Aitana y el bastón de Helena golpeando la cama. Estoy loco por esta mujer, pero si solo ha venido para repetirme una vez más que no quiere volver a verme, preferiría que no lo hubiera hecho. Bastante mal estoy en este momento para que me siga martilleando.

Me toma la mano e intento apartarla, sin embargo, las fuerzas no me lo permiten y el calor que desprende la suya me hace sentir bien, no lo puedo negar.

La escucho llorar y quiero consolarla, aunque sé que no debería, que no es lo que ella quiere y que simplemente habrá venido a verme porque se siente culpable por lo que ha pasado.

—¿Estás despierto?

Lo estoy, pero, si no soy capaz de abrir los ojos, mucho menos de articular palabra, ni de mover los dedos.

—Aitana me ha dicho que has despertado, y hasta has hablado, pero que la medicación te tiene dormido. ¿Ves como estar conmigo es un error? Casi te cuesta la vida y yo me hubiera ido contigo. Estos días han sido un infierno y las pesadillas más vívidas que nunca... Y todo porque el miedo a perderte es tan grande que me supera. Espero que algún día puedas perdonarme por todo el daño que te he hecho...

Quiero que pare de hablar, sabía que solo había venido buscando el perdón. No entiendo cómo pude estar tan equivocado con ella, cómo pude creer que sentía por mí algo más que deseo, cómo pude enamorarme de esta manera tan brutal en tan poco tiempo.

Hago acopio de las pocas fuerzas que tengo para acabar con este calvario y

le digo:

—Vete. Si lo que venías a buscar era perdón, te lo doy, pero vete y deja de hacerme daño.

—Fernando, por favor, escúchame.

—Ya he escuchado suficiente y no quiero seguir oyendo cosas que me duelen. Por favor, sal de aquí, necesito descansar.

La escucho salir llorando y se me rompe el alma, pero no puedo seguir con esto. Ella no siente lo mismo que yo, nunca lo ha sentido y me niego a seguir siendo el juguete de la única mujer que he querido de esta manera tan ciega. Han sido los diez días más maravillosos de mi vida, nunca los olvidaré, no porque no los pueda borrar de mi mente, simplemente no quiero hacerlo, porque así, la próxima vez, no volveré a cometer el mismo error. Si lo de Nuria fue duro en su momento, esto ha sido una estocada de la que nunca me recuperaré.

Con el sueño tan profundo que me estaba dominando, ahora soy incapaz de dormir. Su olor se ha quedado impregnado en cada rincón de esta pequeña habitación y el tacto de su mano no se borra de la mía.

Escucho entrar a alguien y abro los ojos. Ante mí está Isabel y sé que quiere hablar conmigo, pero es lo que menos me apetece en este momento. Al final, no he sido yo el que ha hecho daño a su hija, ha sido ella quien me lo ha hecho a mí.

—Hola, ¿cómo estás?

—He estado mejor.

—Helena ha salido llorando y no me ha querido contar qué ha pasado.

—Isabel, ahora no me apetece hablar.

—Fernando, mi hija te quiere.

—No me quiere, solo ha venido buscando un perdón que ya le he dado.

—¿Has dejado que te diga todo lo que venía a decirte? No hace falta que me contestes, tu cara me lo dice todo.

—No quería seguir escuchando cosas que me duelen.

—Los tres días que has estado aquí, ha venido en cada pase de visita a verte, ha recibido cada parte, no ha dejado de llorar y me ha contado que las pesadillas han vuelto desde que empezó lo que quiera que tengáis, pero algo ha cambiado...

—¿Qué ha cambiado? No te calles ahora.

—No es mi marido quien muere, eres tú.

—Le he dicho en más de una ocasión que tiene que ir a terapia... Un momento, ¿yo?

—Sí, por eso quería apartarte de su lado. Y, bueno, el accidente no ha ayudado mucho. No ha dormido nada en estos días y ayer me confesó que, si te perdía, no se perdonaría nunca haber dejado escapar al único hombre que la ha hecho sentir viva.

—No sé qué pensar, Isabel. Yo estaba dispuesto a continuar con lo que teníamos, a conocernos más, a avanzar, a intentarlo... Ahora no sé si quiero, si no quiero... Lo único que quiero es descansar, salir de aquí, subir a planta y recuperarme.

—Si no quieres que te suban a trauma, lo entenderé.

—Tengo roto el peroné y dos costillas fisuradas, es donde debo estar.

Isabel se despide de mí y me deja hecho un mar de dudas. Claro que me gustaría estar con su hija, claro que la quiero, pero lo que no tengo claro es que sea verdad todo lo que ella le ha dicho a su madre. Necesito descansar, despejar mi mente, recuperarme y pensar en qué voy a hacer con mi vida. Quizá sea hora de volver a casa... O a África.

22

Hoy hace diez días que visité a Fernando por última vez en la UCI, diez días desde que un sufrimiento, comparable a la pérdida de mi vista, se apoderó de mí. No puedo reprocharle nada, porque la única culpable de todo lo que estoy sintiendo soy yo.

Sigo sin entender cómo me negué a ver las señales que mi corazón me estaba enviando, cómo no quise hacer caso a lo que todos veían que estaba sucediendo, cómo no me di cuenta antes.

Desde el día del adiós definitivo, no hay momento en que no piense en él. Creo que hemos hecho el amor en cada hora, en cada rincón de mi casa, esa que ahora está vacía y triste sin Fernando.

Lo único que me tiene un poco más distraída es el trabajo. Aquí paso las mañanas y las tardes, cosa que hacía mucho tiempo que dejé de hacer, solo aparecía un par de veces en semana, cuando Rafa no daba con el conque de algún problema mecánico o cuando había que firmar nóminas.

En estos días he tenido la impresión de que Pili y Rafa pillaron la indirecta... Bueno, no fue indirecta, más directamente no se lo pude decir a los dos aquella noche. He observado que ella pasa más tiempo en el taller que antes y que él viene más a mi despacho, pero se queda en la antesala sin entrar.

Le he preguntado a Pili qué se traen entre manos y siempre obtengo de ella evasivas y más evasivas. Solo espero que no cometan el mismo error que yo he cometido, que sepan ver a tiempo que están hechos el uno para el otro si llega ese momento.

Rafa se ha preocupado mucho por mí y, como siempre, me ha apoyado, consolado y servido de pañuelo de lágrimas, aunque sí he notado un cambio de actitud en él. Mi intuición me ha gritado que ese amor platónico que sentía por mí, se ha esfumado y ya forma parte del pasado. Otra de las cosas que me ha hecho pensar que estos dos están juntos.

Pili, Elísabet y Puri van a llevarme a comer hoy a mediodía, cosa que molaría bastante si no fuera porque mi madre también se ha apuntado al carro. Que es muy divertida, sí, pero no deja de ser mi madre. Y es muy extraño escucharla ligar, que beba más que yo o incluso se fume un porro en mis narices. Bueno, seguro que lo pasamos muy bien las cinco. Obviamente, me han obligado a darle el resto del día libre a Pili, porque sería un cortapuntos total que tuviera que venir a trabajar.

Solo espero que no terminemos muy tarde esta noche. Mañana toca madrugar para ir con Puri al aeropuerto a recoger a Steven, que viene en el primer vuelo de Madrid. Aunque quizá vendría bien que nos dieran las mil, que emborracháramos a Elisabet y mañana no me echara la bronca por no haberle dicho lo que tenía planeado mi amigo, el Británico. Así es como lo ha apodado.

—Helena, me tienes que firmar un par de cosillas.

—Pasa, Pili. ¿Qué son?

—Las liquidaciones de dos de los tres trabajadores temporales que contratamos para Navidad. El otro ha decidido Rafa que se queda. —Hasta cuando pronuncia su nombre, lo hace diferente a como lo hacía antes.

—Vale. ¿Dónde tengo que firmar? —Me coloca el boli sobre el punto exacto y rubrico mi firma.

—Helena...

—¿Necesitas algo más?

—Sí, verás... A ver cómo empiezo...

—Estás con Rafa.

—¡Hala! No era eso lo que te iba a decir, realmente te quería preguntar si entre él y tú alguna vez ha habido algo más que una amistad, y que si ahora que ya Fernando y tú no... Porque si tú piensas que Rafa y tú...

—Para el carro, Pili. Punto uno, entre Rafa y yo nunca ha habido nada y lo sabes. Punto dos, nadie va a reemplazar a Fernando, cuando ya no duela tanto, volveré a mi norma de los dos últimos años. No voy a volver a pasar por esto, no pienso tropezar por tercera vez.

—Pero ¿por qué eres así? Me dan ganas de lanzarte la grapadora a la cabeza.

—¡Qué agresiva, chica!

—Es que no puedes pensar así, Helena. Por culpa de esa mierdosa forma de ver las cosas que con respecto a los hombres, has perdido a Fernando. ¿No has aprendido nada de todo esto?

—Pues sí, he aprendido algo: Que jamás seré feliz con un hombre a mi lado, que el amor duele y que no quiero seguir sufriendo por nada ni por nadie.

—Esa no es la lección y lo sabes muy bien.

—Y según tú, ¿cuál es la lección? —le espeto con cierto tono chulesco.

—Que tu felicidad puede estar donde menos lo esperas. Y a mí no vuelvas a hablarme así, estúpida. —La he cabreado.

—Lo sientoooo... Esto está siendo demasiado duro y no puedo evitar defenderme a zarpazos.

—Hablando de zarpazos... —No sirve para estar enfadada con nadie—. ¿Estás preparada para los que te va a dar mañana Elisabet?

—Ni me lo recuerdes, estoy de los nervios. Cuando se entere que Steven está aquí por ella, y que yo estaba al tanto de todo, hasta el punto de alquilarle un piso en su mismo edificio... De esta deja de hablarme, lo puedes tener claro. Pero esos son otros dos cabezotas que están locos el uno por el otro y no paran de hacer el tonto. Por cierto, perruna, que me has desviado el tema. ¿Con Rafa qué? Y no quiero más evasivas ni mentiras. Toda la verdad a la voz de ya.

—¿Recuerdas el día de la comida?

—Sí.

—¿Que tú te fuiste y dijiste lo que dijiste?

—Sí.

—Pues no sé, me dio el bajón porque sí es cierto que Rafa me gusta mucho y sabía que a él le gustabas tú. Así que, decidí no volver a entrar e irme a casa...

—¿Y?

—Pues, que como vivo a tres calles de donde estábamos, Rafa me acompañó y casi no cruzamos palabra en el camino...

—Me tienes en ascuas, petarda.

—Lo invité a subir porque no conocía mi piso nuevo y no salió de allí hasta el domingo por la noche.

—¡Toma ya! ¡Lo sabía! Y ahora yo te pregunto: ¿por qué esa falta de alegría al contar lo que pasó?

—Porque yo sé que para él solo soy un buen rato. Siempre ha estado enamorado de ti.

—Ya no.

—No se puede dejar de amar a una persona de un día para otro.

—Es que se lo repetí hasta la saciedad a él y ahora te lo digo a ti. Rafa nunca ha estado enamorado de mí, simplemente admiraba cada paso que daba para crecer, cada obstáculo que superaba, pero eso no es amor.

—Aun así, dudo mucho que lo nuestro llegue a ningún lado.

—A ver, ¿por qué?

—No sé, quizá sea porque cuando nos vemos fuera del taller, es solo para

follar. Me siento como si fuera un puto pañuelo que usas, lo lavas y mañana lo vuelves a usar.

—Así empezamos Fernando y yo. Solo espero que vuestro final sea muy diferente al nuestro.

—¿No crees que haya solución posible?

—Han pasado diez días y no sé nada de él...

Por la megafonía del taller escuchamos cómo llaman a Pili. Probablemente, los dos mecánicos la estén esperando para recibir su finiquito y poder irse a casa. La acompaño y secuestro a Rafa cuando sé que ella ha vuelto a la oficina. Este amigo mío me va a escuchar porque me niego a que le haga daño a una persona tan buena como es ella.

—¿Me lo cuentas?

—¿Qué quieres que te cuente? —Se ha puesto nervioso y eso significa que sabe perfectamente de qué le estoy hablando.

—De mi jefe de taller y mi secretaria.

—¿Te lo ha contado ella? ¿Qué te ha dicho?

—Yo no te voy a contar lo que hablo con amiga, solo quiero saber qué es lo que opina mi amigo.

—Me gusta mucho, pero yo a ella no... A ver, que sí le gusto, aunque no de la forma en que ella me gusta a mí.

—Me estás haciendo un lío de mil demonios. ¿En qué quedamos? ¿Te gusta o no?

—Que sí, que te he dicho que me gusta mucho, pero que yo no le gusto de la misma forma... ¡Joder! Es muy fuerte lo que voy a decir: me siento su juguete sexual. Cada tarde nos vemos, follamos y hasta mañana. Y así cada día desde la comida de empresa.

—Sois dos gilipollas de manual. Me vas a perdonar que te lo diga así, pero es la verdad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ella piensa que para ti es un pañuelo que se lava y se usa al día siguiente, y tú piensas que eres su juguete sexual. Vamos a hacer una cosa, ¿vale? —No le dejo responder y sigo hablando—: Esta tarde no trabaja y tú tampoco lo vas a hacer. Así que, la vas a secuestrar para que no vaya a comer con nosotras, la vas a llevar a su casa, vas a encargarte de la comida, le vas a echar el polvo de su vida y después os vais al cine, a la bolera, de compras o adonde os salga de vuestras partes. No hagáis el gilipollas más, que tenemos una edad

y yo quiero que alguien me haga tía de una puñetera vez.

—¡Eres tremenda! —Se ríe a carcajadas y me hace sonreír, pero vuelve a ponerse serio—. Es todo tan raro... Me he pasado tanto tiempo creyendo que estaba perdidamente enamorado de ti, que ahora tengo la sensación de que te estoy siendo infiel. Sé que es una tontería, sin embargo, no sé, no lo puedo evitar.

—No seas tonto. Quizá Pili no sea ese gran amor que te espera en la vida, pero yo tampoco lo soy. Intentadlo. Si sale bien, perfecto; si no sale, pues ya te llegará.

—Deberías reflexionar sobre lo que acabas de decir.

—Como dice el refrán: Consejitos doy que para mí no quiero. Me vuelvo a la oficina que en veinte minutos me tengo que ir.

Lo dejo casi con la palabra en la boca y me voy sonriente hasta la mesa de Pili, que anda tecleando como una loca. Desde que se hizo el blog, la escucho escribir a la velocidad de la luz, y por lo que me ha dicho Puri, la historia que está contando en él es bastante entretenida. Cualquiera otro jefe pensaría que eso es una forma de perder dinero, porque no está haciendo su trabajo, pero en este caso no es así. Sé perfectamente que solo lo hace un rato antes de salir de trabajar, cuando ya ha terminado todo lo que tenía que hacer.

—Pili, baja a taller y acompaña a Rafa a la Citroën para recoger el coche de sustitución que hemos comprado. Llévatelo a casa y ya lo traes mañana.

—Lo que usted diga, jefa.

Confío en que Rafa sepa captar el mensaje que le estoy mandando y que me hagan caso ese par de... En fin, así son estas cosas. El amor algunas veces es demasiado difícil de ver.

Recojo el bolso justo cuando suena mi teléfono. Descuelgo y es Puri para decirme que ya me está esperando fuera para llevarme a casa. Lo cierto es que lo que menos me apetece en este momento es salir de fiesta con ellas, pero sé que lo hacen para que no me quede encerrada, lamentándome por algo que nunca será.

Llegamos a casa y maldigo a mi madre por no haber echado la doble vuelta de llave a la cerradura. Cuando la coja, le voy dar un tirón de orejas. Cruzo el umbral de mi puerta y no puedo creerlo. Fernando ha estado aquí.

De primera me ilusiona saberlo, pero entonces soy consciente de por qué no estaba echada la doble vuelta de llave. Estoy segura de que ha venido a dejar las que le di y al salir ha cerrado de un solo portazo.

Me dirijo al sofá y en el camino tropiezo con algo que no debería estar ahí.

23

La misma mañana que vi a Helena por última vez, y que tuve aquella conversación con Isabel, mis padres llegaron de Oviedo para pasar unos días conmigo. Solo pudieron quedarse cinco, porque mi madre tenía que trabajar y mi padre tenía terapia, pero fueron suficientes para que me dieran el alta y me acompañaran a casa.

En el tiempo que estuve ingresado, recibí la visita de Nuria, Pablo, Gonzalo, Nadia, Elisabet, Pili y Puri, además de Isabel que era mi enfermera particular cada vez que tenía turno.

Tuve varias conversaciones con ella en esos días y también con mis padres. Me han pedido que vuelva a Asturias con ellos, que ya encontraré trabajo allí, incluso mi madre ha querido ayudarme a montar mi propia consulta, pero no, aquel ya no es mi hogar.

En los últimos cuatro días le he dado vueltas a muchas cosas, aunque todas rondaban entorno a Helena. Isabel me ha hecho ver que su hija no ha sabido manejar la situación, pero que me quiere, que llora a cada momento y me piensa a cada instante.

Ayer, preparando ropa para meter en la lavadora cuando llegara Antonio de visita, encontré las llaves de su casa en el bolsillo de un pantalón. Quise correr a su piso para devolvérselas, sin embargo, mi corazón quería otra cosa muy distinta.

No sé muy bien cómo ni por qué, me vi llamando a Elisabet, diciéndole que necesitaba hablar con ella urgentemente, que me tenía que ayudar, que me había dado cuenta de que mi hogar estaba en Helena. Media hora después, apareció en mi casa.

Hicimos un Skype con Pili y con Puri e ideamos un plan. Ellas iban a obligar a Helena a salir a comer juntas, pero eso era una patraña. Solo se lo dirían para que no dejara trabajo pendiente para la tarde y poder pasarla con ella, sin que nadie nos molestara, intentando poner una solución a todo lo que estamos viviendo.

Y aquí estoy, sentado en el sofá de su salón, esperando a que llegue del taller, cosa que hará de un momento a otro porque Puri me dejó aquí y fue a recogerla. Con el peroné roto, no puedo conducir y todavía me queda un mes de reposo, al menos las costillas ya no duelen tanto, pero no puedo hacer mucho esfuerzo y tengo vendado el tórax. Vamos, que estoy para tirarme a la

basura.

Escucho la puerta y mi ritmo cardíaco se dispara. Cierra al entrar y avanza unos metros, hasta que se choca con mi silla de ruedas.

—¡Joder! ¿Qué demonios es esto?

—Es mi silla de ruedas.

Se queda petrificada durante unos segundos y avanza corriendo hasta mí. Me sigue alucinando que no se choque con nada, aunque es lógico, se sabe su casa de memoria.

Se para delante del sofá, le tomo la mano y hago que se siente a mi lado. Tenemos muchas cosas que hablar.

—¿Cómo estás?

—Quitando que tengo dos costillas fisuradas, el peroné roto, hematomas varios y postillas por partes de mi cuerpo que nunca imaginé, estoy hecho un mar de dudas. ¿Qué tal estás tú?

—Intentando seguir con mi vida. Imagino que has venido a traerme las llaves.

—No, he venido para que hablemos.

—¿De qué?

—De nosotros.

—Creí que eso lo tenías ya bastante claro.

—Lo único que tengo claro es que te quiero, pero eso ya lo sabías, te lo dije antes del accidente.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Cómo pude negarme a sentir cuando no podía evitarlo? Sé que he sido la única culpable de que lo nuestro haya terminado y no me lo perdonaré en la vida. Y créeme al decirte que entiendo perfectamente que hayas querido que se acabara, jamás podría echártelo en cara ni culparte por ello...

—Sigo sin querer que termine.

—¿Cómo?

—Por segunda, y última vez, te voy a pedir que lo intentemos. —Las lágrimas que llevan pujando por salir desde que fue consciente de que estaba aquí lo hacen sin control alguno y se lleva las manos a la cara—. A ver, no te voy a pedir un compromiso, porque todavía nos estamos conociendo y es pronto para ponerle nombre a esto, pero sí quiero que exista esa posibilidad, que nos demos esa oportunidad. Yo tengo tanto miedo o más que tú, y aun así quiero luchar, no quiero quedarme el resto de mi vida sin saber si pudo

funcionar o no.

—Pero yo...

—No busques excusas. A mí me importa una soberana mierda que seas ciega, te conocí así, me gustaste así y no es algo que pondrá límites a lo que tenga que ser. Eres tú la que tiene que darse cuenta porque yo lo tengo claro: Quiero estar contigo, seguir avanzando y que sea lo que tenga que ser.

—No sé... Yo...

—Habla. Pon palabras a todo lo que te está quemando por dentro.

—El dolor que sentí aquel día en la UCI, al ser consciente de que te había perdido para siempre, estuvo al mismo nivel que el día que supe que había perdido a mi padre. —Esas palabras hacen que la quiera más de lo que la quería hasta este momento—. Contigo me sentía viva, feliz, plena, como cuando corría con mis coches de pruebas. Te deseaba, te anhelaba e incluso te celaba. Eras una ilusión que había perdido mucho tiempo atrás y que...

—No era, Helena, lo soy. Estoy aquí, sentado en el salón de tu casa, a tu lado. —Le tomo la cara, le limpio las lágrimas con los pulgares y uno mis labios con los suyos, intentando volcar en este beso todo lo que quiero demostrarle.

—Sí, quiero que sigas siendo mi ilusión —me susurra casi sin aliento—. Necesito sentirte a mi lado, hacer el amor de esa forma bruta que lo hacemos, compartir los momentos del día a día, ser tu apoyo y que seas mi soporte. No sé adónde nos llevará esto, no sé qué nombre ponerle, lo único que sé es que quiero estar contigo y que no necesito verte para saber que eres lo único que me hace falta para ser feliz.

—¿Estás segura?

—Nunca lo había estado tanto de algo en mi vida.

—No sabes lo que daría ahora mismo por hacerte el amor.

—Nada nos lo impide.

—Bueno, a mí un peroné y dos costillas.

—Pero a mí no.

—Ayúdame a llegar a la cama y seré todo tuyo.

—Tus deseos son órdenes.

Me ayuda a levantarme, a sentarme en el carro y me empuja mientras lo dirijo. Me obliga a tumbarme después de quitarme la camiseta y bajarme los pantalones, me termina de desvestir y me hace el amor como solo ella sabe.

Helena vuelve a ser mía y yo vuelvo a ser de ella. Lucharé con todas mis

fuerzas para que esto nunca cambie, para que siempre estemos juntos, y estoy casi seguro de que lo conseguiré. No necesito ver el futuro para saber que será así.

EPÍLOGO

Aquel polvazo de reconciliación me costó un dolor de costilla que me duró horas, pero bien que mereció la pena. Ya hace tres años de aquel día y mi vida ha cambiado de una forma radical. Bueno, nos cambió a todos.

Helena y yo seguimos juntos, sin poner nombre a lo nuestro, y amándonos cada día más. Al año de empezar esta relación sin nombre, hice algo que jamás pensé que volvería a hacer al aceptar estar con una mujer más allá de la cama, regresé a África durante seis meses, aunque no fui solo: Ella vino conmigo.

Fue maravilloso verla jugar con los niños, ayudar a las familias y moverse por las aldeas como si hubiera vivido allí toda su vida, pero tuvimos que volver a casa cuando supimos que... Sí, somos padres de una niña de diez meses que se llama Alika.

Allí el tiempo pasa de forma diferente, no eres consciente de en qué día vives y, cuando nos dimos cuenta, hacía más de dos semanas que debía haber empezado el nuevo blíster de anticonceptivos, aunque mi niña es tan preciosa que me da igual todo.

A Helena le costó hacerse a la idea de la nueva situación..., hasta que sintió moverse por primera vez a la pequeña. Ese día, su instinto maternal hizo acto de presencia, y es la mejor madre del mundo.

Isabel está loca con su nieta y ha conocido a un buen hombre que la hace feliz, se lo merece por todo lo que ha peleado en la vida y por ser tan buena persona. Si ella no hubiera estado conmigo en el hospital, a día de hoy, nada de lo que ha pasado en estos tres años sería una realidad.

Puri es la madrina de la pequeña Alika. Sigue siendo la misma de siempre y también nos pilló en una ocasión en una situación bastante placentera para Helena y para mí. Me encanta ruborizarla cada vez que se habla de sexo delante de ella.

Pili y Rafa, los que se suponían que vivían un imposible, se casaron en menos de un año, un par de meses antes de que nos fuéramos a África.

Steven es el padrino de nuestra hija y ya lleva tres años viviendo en Jerez. Su vida ya está aquí, aunque hubo un momento en que pensamos que volvería a Londres.

Elísabet es muy complicada. Si conseguir que Helena cediera a seguir adelante fue complicado, Steven tiene el cielo ganado.

Os contaría la historia de estos dos, pero creo que eso les corresponde a ellos.

Y poco más tengo que... En realidad, hay una cosita más, y casi se me olvida contároslo. En unas horas...

—Hola, mi amor. Ya he dejado a la niña en casa de mi madre.

—Hola, mi reina. Todavía quedan tres horas para irnos y no creo que nos lleve tanto tiempo vestirnos.

—Tenemos media hora antes de que llegue la peluquera. ¿Qué te parece si echamos el último de solteros?

—Me parece la mejor idea del mundo. —La abrazo y acaricio su cara—. Te amo, Helena.

—Y yo a ti, Fernando.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Siempre que llego a este punto, tengo la sensación de que acabaré olvidándome de alguien importante. Espero que no sea así.

Empiezo dando las gracias a mi editor y amigo Fabián Vázquez. Cuando le dije que tenía pensado autopublicar de nuevo, no dudó ni por un instante en ofrecerme sus servicios de forma desinteresada.

Gracias a mis lectoras 0, que han sido las mismas que las de la anterior historia que escribí, y por eso sus nombres están reflejados en esta historia. Helena Sivianes, Pilar Sánchez, Puri Real y Elisabet Arranz, sois increíbles, chicas.

Gracias a Gema Tacón, mi amiga y hermana, por ayudarme en la medida de tus posibilidades. #SiempreJuntas

Gracias a mis Pasionarias, por estar siempre para aguantar mis agobios, para arrancarme una sonrisa, por apoyarme en cada locura.

Gracias a mis Purpurinas, porque sois las que dais color a mi vida.

Gracias a Marien Fernández Sabariego, por estar siempre dispuesta a ayudar.

Gracias a mis Ladronas, a mis locas del Manicomio, a mis niñas de los desayunos y a todos los lectores y escritores que me acompañáis en el día a día.

Y, como siempre, gracias a mi familia por hacer que todo sea más fácil y que siga cumpliendo mi sueño.

Y, por último, gracias a ti, que has llegado hasta aquí. Espero que hayas disfrutado de esta historia.

¡Nos vemos en la próxima!

VISITA MI PÁGINA WEB



www.nonigarcia.xyz